

700
7085

MANUEL DEL PALACIO

— DIC —

MI VIDA
EN PROSA

CRÓNICAS INTIMAS



Librería General de
VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
MADRID



MI VIDA EN PROSA

B.P. de Soria



61049715
SS 929 PAL miv

5
39
PAL
miv

R. 24.287



MANUEL DEL PALACIO



MI VIDA
EN PROSA

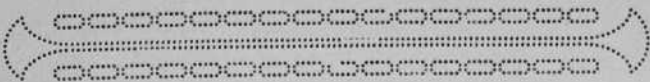
CRÓNICAS INTIMAS



Librería General de
VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
MADRID

PROPIEDAD REGISTRADA

Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



El autor a los lectores

Ni argumentos de la vanidad ni estímulos de la codicia influyen para nada en la publicación de estas Obras completas. Cariñosas excitaciones de amigos benévolo; forzados ocios, no desagradables a la materia, pero con los que se aviene poco el espíritu, y vagos presentimientos, naturales en quien casi ha olvidado ya cuándo era niño, son los móviles ocultos de este trabajo, cuyo agente menos activo ha sido, sin duda, mi voluntad.

Acometo, pues, con el doble carácter de autor y de editor, la empresa de dar a luz si no cuanto en mi larga vida literaria he producido—porque de gran parte de ello ni puedo ni quiero acordarme—algo que juzgo digno de vosotros y mucho que habéis ya sancionado con vuestro aplauso y vuestra crítica. En este punto, el poeta no tiene nada nuevo que esperar; el editor se atreve a pedirlo y a esperarlo todo. A cambio de la suscripción en vida, promete no molestaros con suscripciones después de muerto.

Una novedad os sorprenderá acaso al recorrer éstas y las sucesivas páginas, y de ella me declaro el único responsable: tal es, el predominio que concedo a la parte

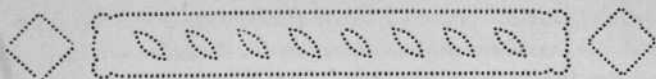
sería con detrimento de la cómica. Triste fué la musa de mis primeros años, y aunque la abandoné pronto, pues conocí me llevaba por mal camino, al volverla a encontrar—desengañada y vieja como yo—, la fuerza del sentimiento pudo más que la fuerza de la costumbre. Y he aquí la razón por qué aquel que bautizásteis escritor festivo se os presenta pidiendo le confirméis escritor grave.

De ambos elementos participan, sin embargo, mis obras, en las cuales habrá, por consiguiente, para todos los gustos; satisfaga yo el mío, que es el de concluir las ayudado por vuestra indulgencia y protección, y sirvan, ya que no de pedestal para una fama que ignoro si merezco pero me consta no ambiciono, de limpia y tersa almohada donde pueda reclinar su cabeza el día del eterno descanso,

Vuestro ya antiguo amigo,

M. DEL P.

(Proemio inédito que el autor pensó poner al frente del primer tomo de sus Obras completas, y que retiró sin duda cuando se ofreció a apadrinarlas, como lo hizo, Sánchez Moguel, el que fué ilustre y erudito preceptista, crítico y literato, con el Prólogo que figura al frente de "Melodías íntimas". Debíó ahora preceder a las "Veladas de Invierno" con que se reanudó el pasado año—el del Centenario—la publicación de esta colección; pero no habiéndose encontrado este original sino después de la aparición de aquel volumen, se inserta delante de este tomo de "Memorias" fragmentarias, que podrá completar el que leyere, para el cabal conocimiento de la vida del autor, con el "Homenaje a Manuel del Palacio", publicado por Francisco Beltrán, Príncipe, 16, no bien cerrados los actos del Centenario en 1932. N. del E.)



I

Antigüedad de mis recuerdos.—Mi primera visita a Madrid.—Cómo se viajaba en mi tiempo.

FUÉ en 1837 cuando mi padre, a quien los achaques y las heridas imposibilitaban para la guerra, pidió y obtuvo el retiro. Su primera idea había sido la de que nos estableciéramos en Astorga; pero mi madre, con un juicio superior a su edad, pues casada a los catorce apenas contaba veintidós años, logró convencerle de que enterrándose en un pueblo cerraba el porvenir a sus hijos, que éramos ya tres contando con el último, nacido en Pamplona, y nos condenaba a vivir en la miseria o poco menos, ya que el sueldo de un teniente coronel retirado no pasaba entonces de quinientos veinticinco reales al mes, según lo aseguran bajo su firma la Reina Gobernadora y don Facundo Infante. Por fin decidieron venir a Madrid, no sin consultar el caso con el maragato Cordero, paisano y gran amigo de mi padre, quien le prometió una colocación tranquila y segura en la carrera civil. En Madrid comienza por tanto la época de mis recuerdos, que conservo tan vivos y presentes como si el tiempo en vez de borrarlos los hubiera estereotipado en mi memoria. Recuerdo que el coronel Cabrero, antiguo camarada de mi padre, nos alojó en su casa, o sea en la platearía de Martínez; que desde las ventanillas apaisadas que co-

ronan el pórtico veíamos la gente que paseaba por el Prado, y escuchábamos en el silencio de la noche el rugido de los leones del Retiro; que he dado algunas vueltas por las gradas a medio demoler de San Felipe el Real, y he jugado al toro en la plazoleta donde se alzaba un armatoste de madera y hierro, anuncio de un futuro monumento al Dos de Mayo; que he conocido muladar y vertedero de escombros lo que hoy son jardines de la plaza de Oriente, y angosta y árida carretera los paseos de Recoletos y la Castellana, siendo en suma uno de los vecinos más antiguos de Madrid, al que considero mi patria, sin renegar por eso de la verdadera mientras no me la falsifiquen, y renunciando de ahora para siempre a todos mis derechos como tal si han de traducirse en nombre de calle, lápida conmemorativa, estatua pedestre o monumento funerario.

Mi primera visita a la corte fué, sin embargo, de poca duración. No hizo más el maragato Cordero que acompañar a mi padre al Ministerio de la Guerra y a los centros oficiales, para que llovieran sobre él los ofrecimientos. Al que le ofrecía una comandancia de carabineros en la capital que él prefiriese, respondió que después de haber sido cuarenta y cinco años militar de veras no se resignaba a serlo de mentirijillas; al que le propuso la Administración de uno de los Reales Sitios próximos a Madrid, le dijo que tenía ya los huesos muy duros para entretenerse en hacer genuflexiones.

Al cabo, cediendo a instancias de mi madre, y suspirando por la reposada vida de provincia, aceptó la Tesorería de Rentas de Soria, cuyo único inconveniente era la obligación de constituir una fianza de quince o veinte mil duros, que en el acto le facilitó aquel maragato de las bragas, que nada entonces en oro, y que muchos años más tarde había de morir cercano a la pobreza, pero cumpliendo cerca de los pobres un santo deber de caridad.

El problema de nuestro bienestar podía considerarse resuelto, pero quedaba otro acaso más grave que resolver. Teníamos que marchar a Soria, ¿y cómo? La nación estaba inundada de carlistas; los caminos, o peligrosos o desiertos; y si es verdad que en alguna provincia no causaba extrañeza ver un coche, de seguro no llegaban a diez—y eso gracias a los ingleses nuestros aliados—los españoles conocedores de un invento puesto ya en práctica en varios países, con el cual se salvaban en poco tiempo grandes distancias y se suprimían los caballos en los carruajes, reemplazándolos con el vapor. Yo no sé lo que resolvería mi padre, ni por qué medios puso de acuerdo su necesidad con la de otros que se hallaban en el mismo caso; sé únicamente que en una buena mañana de marzo salíamos por el arco de triunfo de la calle de Alcalá, apelotonados en una galera larga y estrecha, hasta doce o catorce personas entre grandes y chicos; y que momentos antes de montar dijo una de ellas dirigiéndose a mi padre:

—Conque ya lo sabe usted, señor Tesorero, ni usted es lo que es, ni yo soy lo que soy, ni nadie es nadie hasta que lleguemos a Soria; usted llevará ocultos sus papeles como yo llevo los míos; el único que hemos de exhibir si nos lo piden es éste que el jefe político ha mandado extender accediendo a mis ruegos.

Y sacando del bolsillo un papel, leyó con gracioso ceceo y dramática entonación:

“Concedo libre y seguro pasaporte a D. Vicente de la Puerta, que pasa a Soria y a los pueblos limítrofes con su compañía de cómicos”, etc., etc...

Echáronse a reír los pocos que le oyeron, y añadió:

—Vamos arriba; nos pondremos de acuerdo con las señoras para el reparto de papeles.

Cierro los ojos al llegar a este punto de mi narración, y como en una cámara oscura veo reproducidos los personajes que figuran en ella. Verdad es que a mis recuerdos de niño se une el interés con que la escuché cien veces de labios de mi padre cuando en las alegres veladas del hogar pasaba revista a sus memorias de viejo. Con estos antecedentes, y gracias al lento paso de sus ocho escuálidas mulas, me atrevo a penetrar en el interior del vehículo.

Ocupaban asiento en los mullidos colchones bajo los cuales desaparecían las arcas y baúles de que iban repletas las bolsas, además de mi familia, que ya tuve el gusto de presentar a ustedes, aquel señor don Vicente de la Puerta, director de la compañía, según el pasaporte, y con él su señora y su perro. Dejando a un lado el perro, que carecía de fisonomía propia por ser de los vulgares, aunque no de los peor educados, lo que tenía que estudiar era la fisonomía de la señora. Llamábase doña Francisca Olea, y era el más completo tipo de fealdad de cuantos he conocido en mi vida. Recuerdo a este propósito que hallándonos ya en Soria, y haciéndose una noche en el teatro no sé qué pieza en que el gracioso se burlaba de la dama, para corresponder al consonante de fea se le ocurrió decir:

“más fea que doña Olea”,

y hallándose presente la interesada, protestó a gritos de aquella injuria, viéndose el actor obligado a pedirle perdón, pues no se contentaba con menos que con llevarle a los tribunales y hacer que expiara su culpa en un presidio.

No tenía tampoco el marido nada de Adonis, pero su carácter franco y abierto y su gracia natural, que le denunciaba como nacido a orillas del Genil o el Guadalmedina, le hacían simpático y amable a todo el mundo. Hoy al recordarle, pensando en los chascarrillos con que amenizaba su

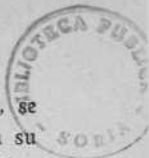
conversación y en el primor con que tocaba la guitarra, se me figura que el bueno de don Vicente debió de ser en su juventud barbero de algún personaje, y que éste le elevó a la categoría de funcionario público.

Otro tipo, notable también, de los que formaban la comparsa, y que había sido muy recomendado a mi padre, era un señor muy atildado y compuesto, si bien ya no joven, que hablaba mucho de París, de donde acababa de llegar a la corte, y que viajaba por asuntos relacionados sin duda con la guerra. Su apellido de Alfageme no nos parecía a los chicos muy católico.

El resto hasta las doce personas que llenaban por completo la galera, se componía de un matrimonio con un hijo zagalón, y una criada, gente modesta y sin pretensiones, comerciantes tal vez que regresaban de alguna feria o venían de renovar los surtidos de invierno.

Varios cestos de provisiones y vituallas, muchas mantas y cobertores de Palencia, y dos o tres escopetas colgadas, pero al alcance de la mano, llenaban los huecos de aquella especie de barraca ambulante, que dirigían un mayoral y un zagal, arrellanados en la delantera, y dando la derecha a fuer de caballeros a una pegajosa y rolliza bota de vino.

Durante los primeros días nuestro viaje fué poco accidentado. Marchábamos a pequeñas jornadas, a veces desviándonos del camino para evitar el encuentro de alguna partida, durmiendo vestidos en las posadas, donde las señoras se acomodaban juntas en un cuarto y los hombres en otro, tocándonos a los muchachos dormir tan pronto sobre un montón de paja como sobre un sofá desvencijado siempre que la galera tenía que quedarse a la intemperie. Pero llegó el tercero o cuarto día, y ya instalados en un pueblo del que



recuerdo sólo que era grande y que parecía estar de fiesta, nos sorprendió la visita del alcalde y el alguacil, que después de examinar nuestras personas quisieron examinar nuestros papeles.

—No tenemos más que uno—dijo sentenciosamente el señor de Lapuerta—; pero éste vale por todos, y aun creo que si esperan ustedes un rato les ha de parecer inútil.

—¡Hombre!, ¿por qué razón?—preguntó con cierto recelo el alcalde.

—Pues verá usted: para esta noche preparamos una función en el corral de la posada, y contamos con que usted nos favorezca con su presencia.

—¡Ah!, ¿son ustedes cómicos? Me place, porque tenemos muchos forasteros y si pudiera ser yo desearía ofrecerles una comedia de magia.

—Eso no es posible, porque no hay tiempo para arreglar los trajes, y las decoraciones salieron antes que nosotros en un carro; pero habrá algo de canto, música y baile a gusto de la concurrencia.

Y lo hubo, vaya si lo hubo. A un extremo del corral, bajo un cobertizo donde se ataban las caballerías, embellecido previamente con unas cortinas despintadas, y aclarado por dos o tres mugrientos faroles, don Vicente fué aclamado como profesor de guitarra; doña Francisca cantó varias canciones de las que estaban más en boga; bailó con mi madre un minué y probó que le sobraba de gracejo y buen humor lo que Dios quiso negarle de hermosura; el señor Alfageme, que traía en una maleta algunas chucherías compradas en París, hizo las delicias de los chicos y de las mujeres con una muñeca de movimiento y una caja de sorpresa de la que surgía al abrirse un repugnante mono; mis hermanos recitaron fábulas, y yo declamé una escena de "Roma libre", que me había enseñado mi padre, gran admirador de Ca-

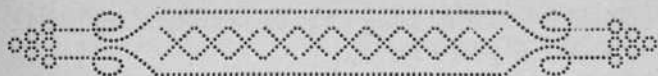
prara; hasta el perro de la señora Olea se permitió saltar por un aro, tenerse sobre las patas traseras apoyado en un bastón y otras habilidades de que le creíamos incapaz. En cuanto al comerciante y al zagalón de su hijo, se encargaron de la entrada y el orden después de colocar a la puerta una bandeja y prevenir en tono de pégón que los asistentes podían depositar allí para los pobres la cantidad que tuvieran a bien. Duró la velada hasta muy cerca de las once, recogién-dose dos o tres puñados de calderilla que acaso compondrían seis o siete pesetas. La broma se repitió con igual éxito cuantas veces hubo ocasión, dejando siempre convencido al auditorio de que éramos gente de teatro, lo cual nos libró seguramente de sorpresas y de riesgos.

No por eso fueron escasas las incomodidades y temores sufridos en nuestra larga peregrinación. Aún no se me ha olvidado la noche que pasamos en Roa, pueblo al que mi padre odiaba con toda su alma, por el horrible martirio que en él hicieron sufrir al Empecinado, de quien fué siempre acérrimo defensor, respetándole como su antiguo jefe y compañero de armas. Sentado junto a la puerta de nuestro cuarto veló hasta el día, sin soltar las pistolas, creyendo que cada ruido le anunciaba la proximidad de un asesino.

De este modo, ya entre sabrosas meriendas que nos consolaban de forzosos ayunos, ya combatiendo con largos paseos a pie el frío que se dejaba sentir en aquellas regiones, constituídos en una familia por el continuo trato y la inevitable proximidad, caminamos diez o doce días, que no fueron menos los que tardamos en llegar a Soria, a la que pudimos saludar en una apacible mañana después de haber visto el Moncayo coronado de nieve, y haber podido exclamar, recordando unos versos de ignorada época y de ignorado autor, en que se trata de este pueblo:

"Soria es ésta, ¡bueno va!
La muy empinada Soria,
la que, cual dice la historia,
tiene el cielo en los zancajos,
porque siempre los trabajos
están cerca de la gloria."





II

La mujer de Soria: en sociedad y en el hogar, en lo físico y en lo moral, ante el arte y ante el amor.

ARDÍA en todo su furor la que yo no sé si llamar primera de nuestras guerras civiles, pues tengo por tales todas las de aquí, incluso la de la Reconquista, cuando mi padre, más achacoso por sus heridas que por sus años, abandonó la carrera militar y fué destinado a Soria, arrastrando en pos de sí a su familia, de que era yo a la sazón reciente pero vigoroso vástago.

Es, por tanto, esta ciudad la que más señalado lugar ocupa en mi memoria; a ella se refieren mis apacibles recuerdos de la niñez, y acaso por saborearlos de nuevo, ocupación que—no sé por qué, o si lo sé juzgo conveniente callarlo—me sirve ya de agradable entretenimiento, elegí, en el concurso femenino a que nos invitaba el señor Guijarro, “la mujer de Soria”, que he estudiado quizá menos que otra alguna, pero que por esa misma razón es posible que conozca más.

Lo primero que se me ocurre antes de lanzarme a hacer investigaciones sobre este punto, y de buscar en la “numantina” de otros tiempos la soriana de hoy, es consignar una observación puramente mía, pero que voy a regalaros para que, olvidando el nombre del autor, penséis con toda tran-

quilidad si de ella no puede sacarse una máxima tan profunda como cualquier otra.

Siempre que veáis un pueblo que se haga célebre en la historia por un gran acto de heroísmo, podéis decir sin temor de equivocaros: "En ese pueblo las mujeres valían por lo menos tanto como los hombres."

Poco o nada se conserva de la

"Numancia, horror de Roma fementida",

cuyo sacrificio hemos visto más de una vez puesto en caricatura por pintores y comediantes; apenas si entre las humildes chozas de Garra y asoma alguna piedra ennegrecida o se descubre el trazado de un muro que denuncien allí el rastro de una población valerosa, conocida precisamente desde que no existe; pero en cambio no tenéis más que deteneros un día de mercado delante de los aldeanos de Villaciervos y de Fuentetoba para contemplar en su primitivo esplendor lo que debió de ser la gente celtíbera, que casi no ha variado de traje, conservando los hombres la capa blanca con capucha, o la dalmática de manga suelta; y las mujeres, el corpiño ajustado y el pañuelo graciosamente ceñido a la cabeza, cuya antigüedad y origen son anteriores a todo arte, y por consiguiente inaccesibles a toda erudición.

No es menester tampoco haber leído ni viajado mucho para saber que la naturaleza del terreno en que viven influye poderosamente en el carácter y las costumbres de los pueblos, y que las razas montañosas conservan más que ninguna otra el tipo primitivo, tanto en su aspecto físico como desde el punto de vista de sus cualidades y sentimientos buenos y malos. Grandes cataclismos y revoluciones han conmovido el fondo y la superficie de este traqueteado planeta, y continúan siendo laboriosos y afables los suizos, astutos y

vengativos los corsos, fanáticos y tenaces los navarros, sufrido y belicosos los astures. No será aventurado, por tanto, creer que la mujer de Soria no ha degenerado de su antepasada la numantina, y que posee el mismo ascendiente que entonces sobre el sexo feo, y la misma energía y virilidad llegado el caso de las altas empresas.

Pero ¿qué es suponer? Yo tengo antecedentes que me permiten asegurarlo.

Escasa o ninguna era la guarnición de Soria por los años del 38 al 40, y los carlistas, que solían llegar hasta sus puertas capitaneados por el famoso don Basilio, no se atrevieron jamás a intentar un ataque en regla. ¡Y era de ver cuando se aproximaban a la población las retretas y músicas que se armaban por calles y plazas, y el entusiasmo con que mujeres y chiquillos arrastrábamos un cañón de a cuatro, que era toda nuestra artillería, y lo subíamos hasta el desmantelado castillo, que acaso no esperaba más que oírle hacer fuego para acabar de desmoronarse!

Vivíase entonces una vida muy agitada y llena de emociones e incertidumbres, y sin embargo yo no he conocido una pequeña sociedad más culta ni más animada que aquella. No faltaba teatro donde alternaban los actores con los titiriteros; tertulias y bailes, tan pronto en casa de los empleados de cierta categoría como de las personas notables de la ciudad; amenas y deliciosas jiras campestres, y de cuando en cuando alguna comedia de aficionados ejecutada por las más lindas damiselas y los más distinguidos petimetres, como se llamaban entonces. Yo he trabajado de comparsa en alguna de aquellas fiestas; yo he salido a dar un recado en *El Trovador* con mi propio traje infantil, sin más adición que un turbante, superado por una hermosa pluma negra, que para mayor lucimiento del niño había mi madre hecho el sacrificio de arrancar de un sombrero recién llegado de

Madrid, que veo aún en sueños, con el afán de un coleccionador de objetos raros.

¡Y qué representación aquélla!

Habíase encomendado el papel de Leonor a una preciosa señorita, huérfana si mal no recuerdo, que en compañía de un hermano, ya mozo, vivía con su anciana abuela. El hermano, que tenía cierta fama de calavera en la ciudad, desempeñaba también uno de los papeles. De la parte de apuntador se había encargado el jefe político, o sea la autoridad superior de la provincia, el señor Camacho, el mismo que pocos años después arrastraron cobardemente las turbas amotinadas en Valencia.

Bien sea que al apuntador no le disgustara la primera dama, bien por una de esas casualidades que nadie puede prever, el caso es que en uno de los entreactos, y mientras se colocaba la decoración, que consistía en varios bastidores de percal, que se mantenían derechos a fuerza de cuerdas, la abuela de la actriz, que vió desde lejos a ésta en dulce coloquio con el jefe político—que después de todo es posible le estuviera repasando el papel—, quiso cruzar atropelladamente la escena para ponerse al lado de su niña, y tropezando en uno de los hilos de aquella inmensa red, cayó contra una antigua mesa de nogal sobre la cual se ostentaba un hermoso Crucifijo, preparado ya para aquella ceremonia religiosa en que se retira del mundo la desgraciada amante de Manrique.

Ver a la anciana tendida en tierra sin conocimiento; ver salir a borbotones la sangre de su frente; desenvainar su espada de gavilanes y lanzarse con ella en alto sobre el ilustre apuntador, a quien supuso desde luego autor de la catástrofe, todo fué para el aturdido nieto de la víctima obra de un instante. El jefe político, que no era manco, prevínose contra la brusca acometida; tomaron unos su defensa, acudieron otros en ayuda del vengador, y siendo el foro estrecho campo

para su cólera, rebasaron las tres o cuatro colchas añadidas que servían de telón, con lo que llevaron la inquietud y el espanto al escogido público, faltando tiempo para correr a muchos hombres y sobrándoles para desmayarse a muchas mujeres. Afortunadamente, un genio superior de esos que aparecen en los momentos críticos, lanzó sobre aquel océano de voces un diluvio de notas, vomitado por la más desentonada de las orquestas, y la tempestad pudo calmarse y proseguir la representación, después de asegurar los médicos que el golpe no tendría consecuencias y que todo quedaría arreglado con algunas puntadas en la piel.

Una prueba elocuente del buen sentido y de la sólida moral de las mujeres de Soria es que el romanticismo, que por entonces hacía estragos en otras capitales, fué silbado allí más de una vez en el teatro, y casi pasó inadvertido en la novela.

Sólo un duende que se paseaba de noche por los tejados del palacio del conde de Gómara logró entretener durante algunos días la atención de los desocupados y turbar el sueño de las gentes incautas, que no debían ser tampoco en gran número, si se atiende a que en pocas partes llegaron a reunir tantos suscriptores los dos periódicos más agudos y maldicientes de aquel tiempo, el *Fray Gerundio* y la *Posdata*.

Yo no sé si el *polen* de las revoluciones habrá fecundado desde entonces acá en tan aterido suelo alguna nueva idea. No sé si la facilidad en los medios de comunicación—que en mi época se reducían a las prosaica mula o al histórico carro—habrá introducido allí otras costumbres, otras necesidades, y por consiguiente otros vicios; pero era un espectáculo muy curioso el de aquella sociedad, modesta en sus deseos, patriarcal en sus hábitos, ingenua y candorosa en sus placeres, que, sin cuidarse de los peligros de la guerra ni de los rigores del invierno, asistía con fruición a la comedia y

se solazaba en bailes y reuniones, de las cuales se salía en grupos a las altas horas, yendo delante un criado con un farol, pues el alumbrado público no existía aún, pisando a veces muchos palmos de nieve, y oyendo en ocasiones al revolver de una esquina la voz de algún centinela o vigilante nocturno que, al ver pasar corriendo en cuatro pies una sombra con dos ojos muy relucientes, gritaba desaforado: "¡Al lobo! ¡Al lobo!"

Sin embargo, esta vida, tan agradable para la materia, ofrecía pocas satisfacciones al espíritu. De aquí que la poesía, que ha embellecido otras ciudades de menos importancia histórica y artística, fuera en Soria poco menos que artículo de contrabando, y de aquí también que hayan ido perdiéndose de día en día los recuerdos y las tradiciones que forman el tesoro de las poblaciones viejas, y que sin duda debió de existir en ésta, a juzgar por el número de sus monumentos, por la importancia que tuvo en sus distintas épocas, y por los variados sucesos acaecidos en su recinto. Sólo un viajero, entusiasta de las ruinas, ya porque había crecido entre ellas, ya porque las llevaba dentro de sí mismo: el tan ilustre cuanto malogrado poeta Gustavo Bécquer, se ha atrevido a remover el polvo de los siglos acumulado sobre la que se llamó alguna vez "Soria pura, cabeza de Extremadura", y fabricar con ese polvo dos o tres de sus magníficas leyendas. Y la verdad es que donde no se conoce al hombre antiguo, apenas si puede apreciarse a la mujer contemporánea.

Afortunadamente queda todavía un libro de texto en que poder hacer cierta clase de estudios, y este libro es el que nosotros vamos deshojando poco a poco, y en el cual se deletrea ya con dificultad el título de *Fiestas populares*.

Y hay una fiesta en Soria, cuya heroína es la mujer, que basta para acreditarla de hacendosa, de caritativa y de humilde; tres cualidades que aisladas constituyen ya una mujer

buena, y que reunidas, aunque no sea más que una vez al año, dan idea de la perfección posible dentro del género. Esa fiesta es la de San Juan, que los sorianos designan con el nombre más familiar, si bien más prosaico, de fiesta de las Calderas. Por ella dijo el poeta anónimo que ya citamos en nuestro anterior artículo, satirizando los usos y costumbres de la ciudad, aquello de

La fiesta de las Calderas
diecisiete bueyes monta,
y para hacerla más tonta
traen gaitas de las fronteras.
Fiestas de tales quimeras
no las verá el mundo entero;
y así dijo un forastero
que se llamaba Teobaldo,
que por las gaitas y el caldo
eran fiestas de tra...

Mas diga lo que quiera el desvergonzado escritor, que de fijo, siendo de principios de siglo, sería algún enciclopedista sin conciencia ni temor de Dios, puedo asegurar a ustedes que yo no he visto nada más pintoresco ni original que la tal fiesta, que se verifica, como he dicho, el día de San Juan, en una extensa y amenísima pradera llamada, si no recuerdo mal, San Polo.

En semejante día todas las familias de la población matan, según sus necesidades y sus posibles, cuál una ternera, cuál un buey, cuál un cabrito, y todo esto, convenientemente aderezado y metido en una caldera más o menos grande según el número de personas que han de participar de ella, sirve de base a la comida campestre, a que concurre todo Soria con sus cientos de calderas vistosamente adorna-

das de flores y ramaje, llevadas en angarillas unas, en un palo atravesado otras, ya por las criadas de las casas grandes, ya por las jóvenes de la medianía, ya por los ancianos de más respeto entre la gente baja. En pos de las calderas marchan agrupados todos los individuos que viven bajo el mismo techo, sin distinción de categorías, haciendo cabeza de todos ellos la mujer, que una vez instalados en la pradera es quien distribuye el alimento, la que preside el círculo que se forma—como es natural—en el santo suelo, y la que brinda la primera por su marido, por sus hijos, por sus padres, por cualquiera de esas pequeñeces en que suelen ocuparse y ocuparnos las señoras mujeres. A veces el círculo se ensancha; varias familias conocidas juntan sus respectivas calderas, y entonces la reunión toma otro carácter; lo que era expansión doméstica se trueca en amigable regocijo; el baile sucede a los brindis; y la vuelta de noche a la ciudad, a la luz de las teas y precedidos de los despojos del festín, convierte en procesión lo que había empezado romería. Por supuesto que todos los pobres que se acercan durante el banquete entran en el corro y participan de él; caso que sólo ocurre con algún protegido va de antaño, pues el Ayuntamiento tiene a disposición de los necesitados del pueblo y de los que vienen de fuera diez y siete enormes calderas que contienen despedazadas otras tantas reses; y que son a las que hace referencia el autor de la décima antes citada. Las gaitas y los tamboriles abundan también que es una bendición, pues además de enviar la suya todos los barrios y parroquias de la capital, acuden en tropel las de las aldeas comarcanas.

Tal es en Soria la fiesta de las Calderas, fiesta esencialmente femenina de cuya animación y encanto no nos es posible sin auxilio de los ojos formar idea exacta, y en la cual la alegría y la paz forman tan perfecto consorcio que no hay me-

moria de que las haya turbado el más pequeño desorden, ni interrumpido el accidente más pueril.

Escribo este artículo evocando los recuerdos de mi niñez, y no sé las transformaciones que desde entonces acá hayan podido sufrir estas costumbres, condenadas acaso a desaparecer con el tiempo; pero cualquiera que ellas sean, no habrán alterado de seguro el fondo del carácter de las mujeres en aquella localidad, que, lejos de pervertirse, supongo en el camino del perfeccionamiento, merced a los adelantos de la civilización y al comercio de las ideas desarrolladas ya en todas partes. Por de pronto sé que hace algunos años cuenta Soria con un bonito Liceo, en el cual se han dado a conocer como notables aficionadas en el arte lírico y dramático algunas distinguidas señoritas; y hasta la literatura, que antiguamente no se atrevía a salvar la falda del Moncayo, tiene hoy allí entusiastas adeptos e ilustrados cultivadores.

Tal es en pálido bosquejo lo que podemos llamar la mujer de Soria, y más lógicamente debiera llamarse la mujer castellana.

El fraccionamiento excesivo de nuestras provincias dentro de un mismo Reino; la escasez de tipos nacionales en un país en que las razas han venido a fundirse por amalgamas sucesivas; donde el romano ha puesto la savia de su entendimiento, el godo la chispa de su espíritu guerrero, y el árabe el soplo de su fantasía soñadora y de su poética indolencia, hacen que la mujer carezca en muchas regiones de fisonomía propia, y lo mismo en su aspecto físico que en su aspecto moral aparezca confundida, y aun borrada a veces, entre las bellas figuras que constituyen el precioso cuadro de las mujeres españolas.

No busquéis, por tanto, en Soria, ni en la clase que puede

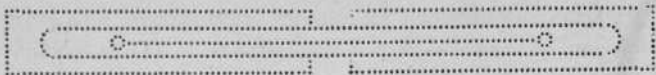
llamarse acomodada, ni tampoco en el pueblo bajo, esos dramas que se representan en Andalucía a la luz de la luna, que parece hecha de encargo para los rondadores de celosías; no busquéis allí la pasión ardiente que roba el color a las hermosas hijas de Valencia y Murcia, ni el fanatismo que convierte en fieras a las en muchos casos dóciles vascongadas. Julieta, Desdémona, Beatriz, respirando constantemente aquella atmósfera bajo cero, hubieran concluído por casarse en paz y en gracia de Dios con algún tratante de lanas merinas, o por abrir en el Collado una tienda de gorros y medias de algodón.

¿Quiere esto decir que el amor tema, al verse tan ligero de ropa, no poder soportar las asperezas de aquel clima? De ningún modo: para el amor no hay regiones desconocidas; lo mismo penetra en las nubes que en los abismos, y cuando él no pudiera hacerlo, el deseo, su fiel servidor, y la curiosidad, su inseparable compañera, se encargarían de darle a conocer y de ejercer en nombre suyo el monopolio de las almas. Quedamos, pues, en que la mujer de Soria ama tan bien y tan a menudo como las demás mujeres, y puede asegurarse que San Saturio y Nuestra Señora del Mirón, los dos númenes tutelares del pueblo, no tendrían un momento de reposo si hubiesen de proporcionar novio a todas las muchachas que lo piden.

Pero el amor, como las ideas, como la vida, todo es pacífico y normal entre aquellos afortunados seres, para los cuales la "cocotte" es un personaje mitológico, casi tan desconocido como la crónica escandalosa, y sería necesario remontarse por lo menos al tiempo de los monjes teatinos, o de los abades de Veruela, únicos que—bajo el secreto de la confesión, por supuesto—oirían alguna vez rugir las humanas pasiones, para encontrar el más pequeño argumento de novela en que pudiera figurar como protagonista la mujer soriana.

Dejémosla, pues, en la soledad de su hogar, que sabrá defender, si llega el caso, con la intrepidez de que ya ha dado tan repetidos ejemplos, y ¡bien haya el frío que viste sus montañas de perpetua nieve, si es verdad, como afirma la ciencia, que el frío es un preservativo contra la corrupción!





III

Numancia: Sus vestigios.—Historia de un proyecto de obelisco conmemorativo.

EXISTE en el corazón de Castilla la Vieja una ciudad casi desconocida, aunque el movimiento que hace poco se ha desarrollado en España ha abierto en sus bosques vírgenes y en sus montañas desnudas el surco de algunas carreteras. Una ciudad que tiene a sus pies el Duero, en su altura un antiguo castillo, vestigio triste de la dominación romana, y escondida en uno de los mil pliegues de sus valles, una ermita pintoresca que encierra la imagen milagrosa de un santo, ante el cual se postra el pueblo con fervor repitiendo con entusiasmo el nombre de Saturio. Esta ciudad, que conserva en sus tradiciones y sus costumbres un sello de originalidad que no han bastado a destruir los tiempos que la han envejecido, ni las vicisitudes de la guerra que la han arruinado, se llama Soria.

Si alguno de vosotros, mis queridos lectores, ha habitado en su recinto; si como yo habéis rezado en Nuestra Señora del Mirón; jugado en la plaza del conde de Gómara y aprendido a manejar la honda en sus ruinosas fortificaciones que datan del tiempo de Sancho el Bravo, recordaréis siempre con júbilo, como yo lo recuerdo, sus alegres romerías, sus danzas en San Polo, y sobre todo la famosa fiesta de las Calderas con que se celebra allí el día de San Juan.

Muchos años hace que, niño aún, abandoné aquellos sitios donde vi deslizarse los mejores días de mi infancia, y sin embargo, todavía si me decidiera a volverlos a ver, cruzaría sin vacilar la plaza, el Collado y el arco de Herradores, con la misma seguridad que entonces, y buscaría mi tranquila morada, apartándome con respeto y casi con miedo de la que ocupaba no muy lejos el más áspero de los dómines que hayan jamás enseñado latín. ¡Tal y tan poderosa es la fuerza de la memoria cuando va unida a ella la voluntad!

Pero entre los recuerdos de Soria que hacen época en mi imaginación, hay un recuerdo histórico que entonces nada significaba para mí, y que hoy me halaga hasta el punto de desear ver de nuevo el lugar que lo guarda: este recuerdo es Numancia.

Cuando yo era niño, este nombre no producía en mí ninguna sensación; hoy que soy hombre, hoy que sé todo lo grande que hay en el heroísmo, todo lo sagrado que hay en la libertad, todo lo infinito que hay en el martirio, inclino mi frente al pronunciarlo, y admiro aquel sangriento drama que dejó una huella indeleble en la historia, y por testigos unas ruinas que cerca de veinte siglos no han sido bastantes a destruir.

Como a una media legua de Soria, y a pocos pasos de un pueblecillo llamado Garra, están los vestigios de la ciudad de Megara, de la que dió su nombre a Scipión después de haber dado sus hijos a las llamas. Allí está, alzando todavía fragmentos de rotos murallones, donde se estrelló más de una vez el poder de los romanos; allí está abandonada, inculta, porque su tierra calcinada se niega a los surcos del arado, y silvestres amapolas crecen sólo en las grietas de sus peñascos. Aquella es Numancia; más allá otras ruinas; aquel era Lucía, el lugar donde cuatrocientos jóvenes pagaron con la vida su deseo de socorrer a los sitiados; por todas partes

recuerdos, pero al mismo tiempo olvido por todas partes. Necesitamos acudir a los libros para buscar los parajes de nuestras glorias.

Hubo un día que en Soria se notó una agitación desusada; todos se interrogaban, todos corrían, y familias enteras dejaban sus hogares, no con el pesar del desterrado, sino con el anhelo del peregrino. Era que se iba a reparar la injusticia de tantos años; era que en las llanuras de Numancia iba a levantarse un monumento que atestiguara a las futuras generaciones que aquellos escombros eran las cenizas de un gran pueblo, y que aquel pueblo era el que la historia colocaba al nivel de Sagunto. Yo recuerdo aquella solemnidad; yo vi colocar la primera piedra del obelisco; quizás nuestros nietos no verán la colocación de la segunda. Ha pasado la época de las apoteosis desinteresadas, y no es tampoco nuestra edad la que anunciaron las profecías. Y en verdad que debe ser así. Un monumento entre unas ruinas sería una piedra más, arrojada sobre aquel montón de piedras; sería el arte luchando contra Dios y la Naturaleza; y las piedras de nuestros modernos edificios no duran tanto como la argamasa de los muros antiguos. Del mismo modo la fuente monumental de Bailén en su plaza es un anacronismo; en su campo de batalla sería un crimen. La gloria no debe ponerse en ridículo.

¡Cuántas veces hemos hollado con nuestra planta aquellos silenciosos lugares! ¡Cuántas otras, al tibio rayo del sol de la tarde, perdidos entre las brumas del océano o entre las frondas de los bosques de la Alhambra, hemos recordado los días apacibles de nuestra niñez: aquellos instantes de calma y de contento ¡qué rápidos y bulliciosos se han sucedido unos a otros como se suceden las olas en una playa!

Ya pasaron las horas del entusiasmo y de la juventud; hoy caminamos por sendas más ásperas y más tristes; y si

queremos detenernos ante las risueñas márgenes de lo pasado, una fuerza misteriosa nos impele hacia adelante y nos lleva en alas del espíritu por la región fantástica y nebulosa de la poesía; en brazos de la razón por el desierto árido y fatigoso de la verdad.





IV

Un soldado de ayer.—Dos hombres que se conocieron en Barcelona y que volvieron a encontrarse en Soria.

SE hablaba de disciplina militar a propósito de uno de aquellos motines que ensangrentaron las calles de Madrid en 1848, y un viejo, que permanecía callado hacía tiempo, interrumpió de pronto la conversación, exclamando como si razonara consigo mismo:

—¡La disciplina! ¡la ordenanza! bases indiscutibles de todo buen ejército; y hay ocasiones, sin embargo...

—¡Hola! el veterano parece que tartamudea una objeción—murmuró un antiguo comisario de guerra.

—No es una objeción, es un recuerdo—dijo tristemente el anciano.

—Recuerdo personal, ¿no es así?

—Tan personal, que se remonta a un día en que debí yo ser fusilado.

—¿Usted?, el militar sin miedo y sin tacha, como llamaban los franceses a no sé cuál de sus campeones. Y ¿por qué delito?

—Por el más grave de todos: desacato y ofensas a un superior.

—¿Ofensas de palabra?

—De palabra y de obra.

—Necesitamos saber eso; porque cuando usted lo hizo me inclino a creer que no fué una botaratada.

—Lo diré si ustedes se empeñan.

—Que lo diga, que lo diga—exclamaron a una voz todos los del corro.

Y aquel hombre, a quien, como a otros las viruelas, habían desfigurado las cicatrices, tomó la palabra y habló así:

I

Contaba yo en 1821 cerca de treinta años de servicios; era teniente hacía diez, y me encontraba con mi regimiento de Soria de guarnición en Barcelona.

Una tarde, paseando por la Rambla, vi a la puerta de un modesto café a varios oficiales que me hacían señas para que me acercara al grupo. Casi todos eran amigos o conocidos míos, y me apresuré a complacerles, siguiendo mi costumbre. Ya cerca, noté que estaban agitados y coléricos, pero conteniéndose por no llamar la atención, y por respeto al uniforme, que imponía entonces muchos más deberes que ahora.

—¿Qué hacéis aquí?—pregunté a mis camaradas, que se apresuraron a rodearme—; vamos adentro, y entre un sorbo y otro de café me contaréis lo que sucede.

Todos obedecieron mi indicación.

—Pues sucede—dijo el más impaciente de ellos, ya instalados en torno de una mesa—que esta mañana ha sido arrestado el capitán N., y se susurra lo serán otros; que nos consta no ha dado motivo alguno para el arresto, con el cual se pretende, sin duda, manchar su brillante hoja de servicios; que el hecho reviste, por tanto, caracteres de gravedad, y que es preciso protestar de él de alguna manera. ¿Sabías tú algo?

—Ni algo ni nada; entré ayer de guardia en la Ciudadela y de allí he salido hace pocas horas, las mismas que he pasado en mi casa; decídmelo, pues, todo, pero por partes y con mucha prudencia y calma, que es como se arreglan estos asuntos. En primer lugar, ¿quién firma la orden de arresto?

—¿Quién ha de ser? E...

—Menos mal, pues se ve que la cosa no viene de muy arriba. Ha podido ser una mala inteligencia, y yo creo que en cuanto dos o tres os avistéis con ese señor, se deshará la equivocación.

—Sí; pero ¿quién le pone el cascabel al gato?

—¿Qué gato es ese de que habláis?

—¿Tu conoces al señor E...?

—No, por cierto; anduve destacado casi desde que vine aquí, y apenas lo habré visto un par de veces.

—Bien puedes llamarte dichoso. El señor E..., y apelo al testimonio de cuantos me escuchan, es el hombre más insoportable y más adusto de la tierra. Trata a los inferiores lo mismo que a esclavos, no admite de ellos ni súplicas, ni observaciones, ni demandas; todo el que acude en queja a él, sale insultado y abofeteado si se descuida; en fin, ¿qué más? son ya varios los oficiales que han pedido el pase a otros Cuerpos, a causa de los malos tratamientos de que han sido víctimas.

—¡Bah, bah! me parece que exageráis. Será, todo lo más, un carácter violento, como hay muchos; pero la educación no está reñida con la energía.

—Te equivocas de medio a medio en este caso. Preguntemos si no uno por uno a los presentes. ¿Qué opinas tú del señor E...?

—Que es un déspota.

—¿Y tú?

—Que es un grosero.

—¿Y tú?

—Que es un bruto.

—Que tiene naturaleza de puerco espín.

—Que debieron destetarle con vinagre.

—Ya has oído la opinión de todos; es decir, no de todos, porque hay uno que nada ha dicho; ¿qué opina usted, señor alférez?

El alférez, enjugándose una lágrima, respondió:

—Tratándose del señor E..., yo no tengo opinión, tengo vergüenza. Después de mi padre, es el único hombre que me ha puesto la mano encima, y yo se lo he perdonado por mi padre.

Sentí una conmoción en la sangre, como si todas mis heridas se abriesen a un tiempo, y aproximándome al oído del alférez murmuré:

—Joven, ¿es cierto lo que acabo de oír?

—Tan cierto, mi teniente, como que el miserable cerró la puerta con llave, apenas comenzó a reprenderme, y guardándosela en el bolsillo, vino sobre mí con destempladas voces y me maltrató hasta dar conmigo en tierra, donde la ira, más que el dolor, me privó del conocimiento.

—¿Y después?

—Cuando recobré el sentido me hallé rodeado de dos o tres ordenanzas y empleados de su dependencia, que me curaron y me condujeron a mi casa, diciéndome tan sólo al despedirme: ¡Cómo ha de ser!

—De modo—exclamé yo, cortando el diálogo—que el capitán N. ha sido arrestado sin motivo, y que es preciso hacer algo por él. Pues yo me encargo de esa comisión.

—¿Tú?—murmuraron cinco o seis voces.

—¡Yo! ¿Qué encontráis en ello de notable?

—Pero ¿vas a ver al señor E...?

—En este momento, pues con seguridad estará en la oficina. ¿Me esperáis aquí?

—Te esperamos, aunque sea hasta la noche; pasado este plazo, procuraremos averiguar tu paradero.

Estreché la mano de los que tenía más próximos, tomé el morrión, que había colocado sobre una silla, y salí.

II

No estaba lejos el Gobierno militar, y según yo presumía, el señor E... se encontraba en su despacho, donde no tardé en ser introducido.

Al verme, se levantó, y apoyándose en la mesa, se puso a mirarme de hito en hito. Yo me mantenía descubierto y cuadrado enfrente de él.

—¿Es usted el teniente P...?—me preguntó.

—Sí, señor—contesté.

—¿Sirve usted en el regimiento de Soria?

—Hace tres años, por pase del de Lorena.

—¿Quién es el coronel de su batallón?

—Don Nicolás de Castro Palomino.

—Parece que no es usted muy joven.

—Desgraciadamente es la verdad.

—Sin duda, no procede usted de las Academias.

—No, señor; procedo de los campos de batalla.

—Usted dirá lo que desea—murmuró el señor E... mordiéndose los labios.

Entonces, con el respeto debido, pero con el mismo calor con que hubiera abogado en un tribunal defendiendo a un inocente, expuse al señor E... los motivos de mi visita: el interés que me movía en favor del capitán N..., mi compañero de armas en la guerra de la Independencia; los perjuicios que el arresto podía ocasionarle, sobre todo en aque-

llos momentos en que empezaba a ponerse en vigor una especie de ley de sospechosos, y creo que hasta estuve elocuente enumerando los méritos y servicios del capitán y sus condiciones de pundonor y rectitud.

El señor E... escuchó mi arenga sin pestañear; en seguida, dando un paso hacia mí, dijo con acento de mal reprimido enojo:

—Si todo cuanto usted acaba de decirme fuera exacto, la orden de arresto resultaría una ligereza y, casi casi, una injusticia; pero como la he dado yo, y mejor que sufrir correcciones de nadie quiero creer que no me equivocó nunca, me reservo el derecho de dudar de la veracidad de sus informes.

—Permítame usted, mi coronel, hacerle observar que yo no le he dado ese derecho.

—¡Hombre, tiene gracia!—gritó desatentado el señor E... —¿desde cuándo necesito yo que me den lo que está en mi mano tomar?

Y como un loco se puso a pasear por la habitación.

Todos ustedes me conocen y saben, pues lo habré dicho mil veces, que hay una cosa que yo no he tolerado jamás a amigos ni enemigos: que me hablen alto. Será cuestión de temperamento, será delicadeza de oído, será lo que quiera; pero no hay nada que me exalte como los desentonos.

Hice de tripas corazón, sin embargo, y respondí al señor E... lo más mesuradamente que pude:

—Coronel, debo al rey la espada que cino, y mientras la conserve, no permitiré que nadie me insulte.

—¿También eso? ¿Bravatas a mí?—rugió ya fuera de sí el señor E...—Va usted a ver el caso que hago yo de las espadas.

Lo que sucedió entonces fué tan rápido, que aun hoy apenas acierto a darme cuenta de ello. Vi al coronel abalan-

zarse a la puerta, echar la llave y venir después hacia mí con los dos brazos levantados y amenazadores. Di un paso atrás, y sus golpes se perdieron en el vacío. Adelanté, y aferrando sus brazos entre mis manos, que en aquella época solía yo emplear en vez de martillo y de tenazas, le atraje hacia mí y le rechacé después, con tan violenta sacudida, que, tropezando en la mesa, cayó desplomado en el suelo, faltando poco para que yo cayera también encima de él. Todo esto había pasado sin pronunciar una palabra; pero al estrépito de la caída, y prevenidos ya, sin duda, por las voces anteriores, varios oficiales y sargentos salieron apresuradamente por una puertecilla secreta que ponía el despacho en comunicación con la oficina.

El señor E... se había ya levantado, y contra lo que yo esperaba, la expresión de su rostro era más que de ira, de tristeza.

—¿Qué es eso?—preguntó dirigiéndose al grupo de los recién venidos.

—Nada, señor—dijo uno de ellos—, sino que hemos oído un ruido grande y creímos que pasaría algo.

El oficial que hablaba era amigo mío, y en la mirada que me dirigió se retrataba su profunda angustia.

En cuanto al coronel, paseó la vista en derredor, compuso un poco el desorden de su traje, y exclamó con naturalidad:

—Pues aquí no ha pasado nada, o si ha pasado no es lo que ustedes se figuran...

—Perdone usted si nuestro deber y las circunstancias nos han obligado a faltar...

—Nada de eso, señores; y para que no se entretengan en hacer comentarios, les diré que el hecho no ha podido ser más sencillo. Yo no conocía al teniente P... más que de vista, pero había oído hablar de sus fuerzas extraordinarias, y hoy, que la casualidad le ha traído a mi despacho, he querido

probarlas con las mías, y ya ven ustedes, me ha vencido, y hasta creo que me ha derribado.

—Pura casualidad, señor—murmuré yo, no sabiendo qué decir.

—¿Debemos retirarnos entonces?...

—Sí, todos, excepto usted, señor teniente, y usted, sargento Ruiz, que va a sentarse en esa mesa y extender la orden levantando el arresto al capitán N...

Debo confesar que, pasado el arrebato del momento, aquel hombre me parecía respetable; el último rasgo lo acreditaba de sublime. Acerquéme a él, y, no sin cierta timidez, traté de estrecharle la mano, diciéndole muy quedo:

—¡Coronel, quien ha vencido es usted!...

—No, teniente—murmuró más quedo aún—; a usted le ha tocado vencer, a mí solamente perdonar.

—¿Y no es esa la mayor de las victorias?

—Sin duda; pero es que yo, como buen cristiano, perdono para que también me perdonen.

Había el sargento terminado de extender el oficio, estampó debajo su firma el coronel, diómelo después de meterlo en el sobre, y cambiando un respetuoso saludo tomé la escalera del Gobierno, que me pareció más corta que nunca, quizá porque bajé los escalones de cuatro en cuatro.

III

Si se exceptúan las cabezadas y bostezos de dos o tres señoras, la reunión, de la que formaban parte algunos chicos, oyó con curiosidad, y a veces con marcado interés, la aventura del veterano. El comisario de guerra fué el primero en dar cuenta de sus impresiones, y lo hizo de este modo:

—¿Lo ven ustedes? Lo mismo, exactamente, que yo

decía: él llama a eso falta, y yo lo llamo cumplimiento del deber.

—Se equivoca usted, señor comisario; yo falté por muchas razones: falté con ir a ver al coronel, obedeciendo a un exagerado impulso de amor propio; falté trocando en exigencia de palabra lo que en todo caso debió ser súplica por escrito; falté porque siendo yo el más viejo de los dos, tenía obligación de ser el más prudente.

—Y, a todo esto, nos ha dejado usted sin saber el final de la historia...

—Pues nada; que llegué al café donde me esperaban mis compañeros; que arrojé sobre la mesa la orden levantando el arresto al capitán N..., y que a las risas maliciosas de los unos, y a los burlones cuchicheos de los otros, respondí severamente con estas palabras:

—No me pidáis noticias de lo que ha pasado, ni contéis siquiera que he sido yo el que ha conseguido alzar el arresto; pero sabed que desde hoy consideraré como enemigo personal al que delante de mí ponga en duda el valor y la caballerosidad del señor E...

Creo inútil decir que esta declaración puso término a todas las murmuraciones.

—¿Y no volvió usted a ver al coronel?—preguntaron a un tiempo varios oyentes.

—Muy poco, por entonces; cuando nos encontrábamos en la calle, él se hacía el distraído y yo también. Sólo muchos años después nos hemos visto cara a cara y hemos podido hablar de igual a igual.

—¡Hola! ¿Y cómo sucedió eso?—interrogó el comisario de guerra.

—Pues del modo más natural. Retirado del servicio por mi edad y mis heridas, desempeñaba yo en 1843 la plaza de

tesorero de Hacienda en una importante capital de Castilla la Vieja, cuando no sé si con autoridad militar o formando parte de una división de ejército, llegó allí, convertido ya en general, el coronel E...

Un día nos encontramos en casa del jefe político. Al tratar éste de presentarme, aquél le interrumpió, y tendiéndome cordialmente la mano, dijo:

—No es menester; nos conocemos hace larga fecha, si es que el señor P... no me ha olvidado.

—Yo no olvido jamás los beneficios, general—le respondí a media voz.

—Ni yo tampoco—murmuró éste, llevándome aparte del círculo que se había formado en el salón—, y crea usted que el que le debí fué muy grande.

—Yo siento al verle el remordimiento de mi primera falta.

—Tranquilícese usted sabiendo que aquella mía fué la última. Pero ¿qué quiere usted? No había encontrado en mi camino más que aduladores o cobardes; cambié de conducta así que la casualidad me colocó enfrente de un hombre.

—Gracias, general.

Pocos días después fuí yo trasladado con ascenso a la Coruña, y es inútil que me pregunten ustedes más, porque aquí concluye la historia.

Muchos años hace que murieron aquellos dos hombres. Conservo vago recuerdo del uno: era el brigadier don Andrés Egoaguirre.

Guardo memoria eterna del otro: se llamaba Simón del Palacio.



V

El sargento Simón.—Un episodio en la noche del segundo día de mayo de 1808.

EL episodio que vamos a referir no está consignado en ninguna historia, ni autorizado por la tradición; pero es verdadero en todas sus partes, porque lo hemos oído referir cien veces a un hombre que no mintió nunca, y porque amamos demasiado su memoria para hacerle cómplice de una mentira nuestra. Además, está la vida de ese hombre tan llena de lances del mismo género, que nada pudiera inventarse sobre él que fuera más digno ni más glorioso que la realidad.

I

Todos los que han narrado las tristes escenas de que fué teatro el pueblo de Madrid el 2 de mayo de 1808, convienen en que el sangriento choque ocurrido entre españoles y franceses por la mañana, cesó a eso de medio día para renouarse a la tarde con más furor.

El día había amanecido sereno y despejado. Tan despejado, que nadie extrañó ver salir por la puerta de Alcalá, a las primeras horas de la mañana, un grupo de cuatro o seis mancebos, gente del pueblo, pero acomodada al parecer, según el traje que vestían y los caballos sobre los cuales ca-

balgaban. Antes de traspasar la puerta, la alegre comitiva se había cruzado con un pequeño destacamento de tropa francesa, que iba sin duda a relevar alguna guardia de las muchas que estaban a su cargo.

—Mal día—exclamó uno de los jinetes—; salimos apenas de casa y ya tropezamos con esos perros.

—Afortunadamente no han ladrado—añadió sonriendo otro del grupo.

—Lo cual no es un obstáculo para que pretendan devorarnos muy pronto.

—¡Ea! silencio, y al trote—interrumpió el de más edad de todos ellos, que no pasaría, sin embargo, de treinta años—; se está enfriando el almuerzo en Canillejas, y el sargento Simón es de los que se cansan pronto de esperar.

Todos obedecieron la orden, y con tan buen deseo, que una hora después estaban a tiro de fusil de Canillejas.

—¿Se puede hablar ya?—dijo entonces soltando la cajada el que iba delante.

—Sí—gritaron todos a la vez.

—Pues cedo la palabra a nuestro amigo Simón, que viene ya a buscarnos, fuerte como un león y ligero como una cabra.

Un hombre avanzaba, en efecto, por el camino, gritando y sacudiendo los brazos como quien desea ser conocido.

No tardó en reunirse a los viajeros, de los cuales se apearon dos o tres al verle cerca.

—Buenos días, mi sargento—dijo uno de ellos con ese tono socarrón y gracioso peculiar en los hijos de Madrid.

—Muy buenos, Mateo—respondió con afabilidad el saludado—. Lo mismo digo, caballeros—añadió, correspondiendo al saludo de los demás.

—¿Qué hay de bueno en Canillejas?

—En Canillejas no hay de bueno más que ocho soldados

del regimiento de Borbón, y el sargento que los manda, que es este cura.

—¿Y qué tal? ¿se enganchan algunos mozos en vuestro banderín?

—Mozos muy pocos; pero en cambio hemos enganchado para que almuercen hoy con nosotros a media docena de muchachas de lo más escogido del lugar.

—¿Y dónde es la partida?

—Aquí cerca, en la alameda del duque de Osuna.

—¿Cómo es eso, no tienen hoy fiesta los señores?

—Lorenzo el guarda me ha dicho que podemos ir con toda libertad, pues de algún tiempo a esta parte parece que la gente que tanto se divertía allí va perdiendo su buen humor.

—No son ellos solos—murmuró con rabia Mateo—; yo sé de quien está dispuesto a perder mucho más si esto dura.

—Para ese viaje no necesitaré yo alforjas—añadió el sargento con resolución—; ya me conocen las balas extranjeras, y algunas he devuelto a los ingleses antes de que me hicieran prisionero en 1798.

—No te hacía yo soldado tan viejo—exclamó otro interlocutor.

—Lo creo, porque no sabrás que senté plaza a los diez y siete años, y que llevo ya once de servicio.

Entretenidos con esta animada conversación, peones y jinetes habían llegado ya a las primeras casas del pueblo. Un alegre grupo, en que figuraban algunas graciosas lugareñas, saludó con una gran aclamación su llegada, presentándoles con orgullo dos o tres repletos cestos de viandas, sobre los cuales descollaban varias botas de rico vino, y que contemplaban con asombro y envidia los chicos y las mujeres de la vecindad.

En el momento de ir a ponerse en marcha la comitiva, un

joven vestido de uniforme se aproximó al corro, exclamando:

—¿No hay una cuchara de palo para un forastero, Simón?

—Cabo Pérez, con el alma y la vida; vente con nosotros: de este modo, si nos sucede algo, podremos pedir auxilio a la fuerza armada.

Y ambos camaradas se asieron del brazo, y seguidos de sus compañeros de campo tomaron el camino de la Alameda.

II

Muy diferente de lo que es ahora, en que casi no existe, por las mutilaciones que ha sufrido, la Alameda de Osuna era en la época de la historia que referimos una deliciosa posesión, que habían hecho doblemente célebre entre la gente de buen tono la riqueza y la esplendidez de sus dueños y las ruidosas fiestas celebradas entonces con frecuencia en su recinto, a las cuales había asistido la reina María Luisa y las primeras damas de la nobleza, dejando allí, como en todas partes, la huella de misteriosas aventuras.

En uno de los sitios más amenos de este paraíso, y en una pequeña glorieta con árboles, no lejos de la ría, fué donde se detuvo la numerosa comitiva que acaudillaba el sargento Simón, guiado a su vez por el guarda Lorenzo. A pesar de ser aún temprano, acordóse por unanimidad tomar un bocado, bailar después y divertirse de lo lindo, y comer al principio de la tarde, hora en que de seguro tendrían todos buen apetito.

Trazaron, pues, un gran círculo en el suelo, y alrededor de este círculo se sentaron sin distinción mancebos y donce-

llas, dos o tres de las cuales tomaron por su cuenta el impropio trabajo de repartir a los demás.

Sea casualidad en la colocación, sea acuerdo anterior a ella, en tanto que la mayor parte del círculo estaba ocupada por mozos y zagalas alternados, otra parte, la menor, se componía de hombres solos, y que ni siquiera se mezclaban en el estrépito general. Simón, el cabo Pérez, Mateo, Lorenzo el guarda y algún otro de los venidos de Madrid, formaban el núcleo principal de esta fuerza. La conversación, picante y animada entre aquéllos, era entre éstos grave y contenida, por más que de vez en cuando una palabra más enérgica o menos prudente que las otras llamase por un instante la atención de todos.

—Lo que nos ha referido el cabo Pérez—decía el sargento Simón—es la pura verdad; se aproxima el día en que la patria necesite el apoyo de sus buenos hijos; la Corte nos ha vendido a los extranjeros y es necesario romper ese contrato; mis continuos viajes a Madrid me han hecho conocer el estado de la población, y la circunstancia de serme familiar la lengua francesa, me ha proporcionado oír cómo se explican los satélites de Murat. No lo dudéis: basta una chispa para que España se convierta en una hoguera.

—Lo sabemos, Simón—añadió Mateo—; no hace muchas noches decían lo mismo unos caballeros en la botillería de la Puerta, y ayer, sin ir más lejos, al saber que hoy debe ser la partida de la familia real, se ha limpiado el polvo a algunas escopetas, y afilado la punta a algunos puñales.

—Brindemos, pues—exclamó el cabo Pérez—, por el pronto exterminio de los gabachos.

—Sí, sí, brindemos—gritaron en coro hombres y mujeres.

Y todas las manos se dirigieron a la bota.

En aquel instante un rumor sordo y lejano, pero impo-

nente como el de un trueno, se dejó oír hacia la parte del Norte, impelido por la fresca brisa de la mañana.

Todos los hombres se pusieron maquinalmente en pie.

—Tormenta de agua—murmuró por lo bajo el guardabosque.

—Tormenta de sangre—replicó con energía Simón—; los soldados distinguimos bien los truenos de la tierra y los del cielo.

Como respondiendo a estas palabras, otro ruido más prolongado que el anterior llenó los aires, haciendo palidecer a los más tímidos.

—Simón lo ha acertado—exclamó el cabo Pérez queriendo correr en dirección a Madrid—; lo que estamos oyendo son cañonazos y descargas cerradas.

—Ea, pues, muchachas—gritó Mateo con reconcentrada furia—: recoged esos trastos y volved a vuestra casa; nosotros tomaremos los postres en Madrid; hoy pagan el escote los franceses.

—Iremos juntos—exclamó Simón.

—Y yo también, que de algo me ha de servir el ser cabo.

—Tú, Pérez, puedes prestarme un gran servicio: ve al pueblo, reúne mi pequeño destacamento y ponte a su cabeza; nosotros marchamos delante con los caballos que éstos han traído.

—Lo haré, por más que hoy te obedezco muy a disgusto. Pero ¿no vas a ponerte el uniforme?

—No, así voy mejor; tu sable es lo único que necesito; tú recogerás el mío en la posada.

—Tómalo, y hasta luego.

—Adiós—dijeron unas cuatro o seis voces.

Cuando la comitiva campestre llegó a las puertas de la Alameda, todavía se escuchaba a lo lejos el galope de cuatro o seis jinetes, y más lejos aún el confuso rumor de la batalla.

Entre las seis u ocho muchachas, antes alegres, que regresaban ahora tan silenciosas a su lugar, había dos o tres que lloraban: ¡lágrimas dulces de la juventud que alguno de aquellos soldados ha recordado con deleite en su ancianidad!

III

Era el anochecer del día 2 de mayo de 1808.

Había cesado por completo la lucha, y Madrid aparecía tranquilo, pero con la tranquilidad de un cementerio. Fuertes patrullas de caballería e infantería llenaban las calles y las plazas, deteniendo y registrando a los infelices transeúntes, sin respetar algunas veces ni el sexo ni la ancianidad. Dos de estas patrullas, una de las cuales venía de la calle de la Montera y otra por la calle del Arenal, se encontraron cerca de la fuente que ocupaba el centro de la Puerta del Sol. Cada una de ellas conducía un pelotón de prisioneros amarrados fuertemente, excepto tres o cuatro que por su aspecto y debilidad parecían heridos. Algunos de estos desgraciados se reconocieron, y varias voces turbaron por un instante el silencio que reinaba en ambos grupos.

—¡Simón!—dijo una de estas voces con acento débil y quejumbroso.

—¡Mateo!—contestó la otra vibrante y enérgica.

—Poco ruido y adelante—gritó en francés uno de los soldados que caminaban más cerca del segundo, haciendo ademán de golpearle con el fusil.

—¡Cuidado!—murmuró el prisionero en el mismo idioma—; cuidado con tocarme, pues amarrado y todo soy capaz de hacerte pedazos.

La presencia del oficial cortó este diálogo, y las dos patrullas siguieron su marcha por la Carrera de San Jerónimo.

Era éste uno de los sitios donde el combate había dejado más terribles huellas. Puertas destrozadas, cadáveres todavía calientes atestiguaban la crueldad de los vencedores y la resistencia heroica de los vencidos.

Un murmullo de indignación se alzó del pecho de los españoles al contemplar aquel espectáculo y pasar resbalando sobre la sangre de las víctimas, empujados por las bayonetas de sus verdugos.

Pero aquel murmullo fué sofocado en breve, y silenciosa y ordenada no tardó en llegar al Retiro la triste comitiva.

Aquella morada, teatro de tantas fiestas y tantos amores; aquel lugar de recreo en que el arte había formado suntuosos palacios, la industria magníficas fábricas y el lujo preciosos jardines; aquel real sitio que hoy sirve a la corte de desahogo y de distracción, fué el día 2 de mayo la improvisada cárcel en que los franceses depositaban a sus prisioneros, y no para olvidarse de ellos, como sucedía algunas veces en la Bastilla y en los plomos de Venecia, sino para sacarlos a las pocas horas y arcabucearlos por pelotones en el Prado.

Allí fué por lo tanto donde las dos patrullas se detuvieron después de hacer entrega de los españoles que custodiaban, los cuales fueron encerrados en una sala baja, en unión de otros varios que lo habían sido antes.

Mateo y Simón volvieron, pues, a abrazarse de nuevo, placer con el que ya no contaban, y se hicieron la mutua confesión de sus aventuras. Mateo estaba herido. Había entrado en Madrid a caballo por la puerta de Segovia después de haber dado vuelta a la ronda, que vigilaban los franceses, y reunido con los primeros patriotas que encontró armados, había peleado toda la mañana en las avenidas de Palacio y en las tortuosas callejuelas de San Francisco y de Puerta de Moros. Reunido después con otros muchos en la botillería

de la Puerta, a fin de organizar el movimiento y recoger armas y municiones, fueron sorprendidos y presos unos cuantos, a pesar de su resistencia, logrando evadirse la mayor parte. En esta refriega fué cuando recibió un bayonetazo en el pecho.

Simón no se había descuidado por su parte. Separado de sus compañeros, único modo de penetrar sin hacerse sospechoso en la población, no pudo verificarlo hasta por la tarde, y esto gracias a haber tenido que acudir la guardia de Santa Bárbara a contener a los paisanos del barrio de Maravillas, donde el motín se presentaba amenazador. Agregado a los combatientes de aquel barrio, Simón había sido testigo de los sucesos más importantes de aquel terrible día. Contribuyó a la defensa del Parque; vió caer víctimas de la traición a Velarde y Daoíz; y fué preso en el momento en que, perdido todo, trataba, sable en mano, de abrirse paso entre sus enemigos.

Ni uno ni otro habían vuelto a ver a sus camaradas; ni mucho menos al cabo Pérez, que acaso mientras ellos peleaban estaría encerrado en el cuartel rugiendo de ira.

—¿Y qué crees tú que nos harán esos gabachos?—preguntó Mateo cuando Simón hubo terminado su relato.

—Poca cosa—respondió el sargento sonriendo tristemente—, fusilarnos.

Todos los semblantes se fijaron con estupor en el del que así hablaba.

—Sí, señores, fusilarnos—continuó éste—; pero sería preciso fusilar a todos los españoles, y ni aun así quedarían vencidos por los franceses. ¡Ah! dichosos los que presencien la lucha que pronto va a entablarse, y que nosotros hemos inaugurado; pero dichosos también los que con la muerte vamos a conquistarnos la inmortalidad!

Casi todos los prisioneros rodearon al sargento y estre-



charon cariñosamente su mano. Mateo sollozaba, aplicándose de cuando en cuando un pañuelo a la herida.

En esto sintióse en la plaza movimiento grande de tropas, y abriéndose la puerta de la prisión penetró por ella un general acompañado de varios oficiales. El general se detuvo delante de cada uno de los presos, y bien intercalando en sus palabras alguna que otra española, bien valiéndose de un ayudante que le servía de intérprete, se enteró detenidamente de sus nombres y su profesión, haciendo escribir las observaciones que le dirigian algunos. Quedaban ya muy pocos presos por revistar, cuando le llegó el turno al sargento Simón.

—¿Vuestro nombre?—preguntó el general en un español muy chapurrado.

—Podéis preguntármelo en francés—respondió aquél en este idioma—; la lengua de Racine me es casi tan familiar como la de Cervantes.

—¿Vuestro nombre?—volvió a preguntar en francés el general.

—Simón del Palacio.

—¿Qué profesión tenéis?

—Soy militar; sargento del regimiento de Borbón.

—¡Hola!—exclamó el general dirigiéndose a sus oficiales—. Parecéis, sin embargo, muy joven. ¿Vuestra edad?

—Veintiséis años.

—¿Cuándo empezasteis a servir?

—El 28 de noviembre de 1797, día en que senté plaza.

—¿Cuál es vuestro país?

—Rabanal del Camino, en la provincia de Astorga.

—¿Tenéis padres?

—Hace once años que no lo sé.

—Y decidme, ¿a qué se debe el que habléis el idioma francés con tal propiedad?

—Señor, me lo enseñó un fraile en mis primeros años, y lo cultivé más tarde con predilección: posteriormente he estado en las islas Baleares prisionero de los ingleses y lo he hablado bastante con ellos. Esto es todo.

El general examinó al sargento de arriba abajo, dijo algunas palabras a su ayudante, y añadió en seguida:

—Vais a ser conducido al cuerpo de guardia, donde recibiréis mis órdenes. El delito que habéis cometido es grave, habéis abandonado vuestro regimiento, y, al hacerlo, debéis saber lo que os esperaba.

—Lo sabía, señor, y entonces como ahora estaba resuelto a todo.

—Llevalle, pues—exclamó el general dirigiéndose a los soldados que habían quedado en la puerta.

El sargento Simón se volvió entonces hacia sus compañeros y los saludó por última vez. Cuando sus ojos se encontraron con los de Mateo, sus labios no pudieron pronunciar una palabra. Al separarse parecía que cada uno se dejaba el alma en los brazos del otro.

A pesar de la severidad del general, y de lo solemne del acto, algunos oficiales franceses se hablaron en secreto al oído.

Una hora después recibió Simón de boca de uno de aquellos oficiales una orden en que se le prevenía que en atención a que su regimiento no había tomado parte en el motín de aquel día, se presentara a él a dar cuenta de su conducta, para ser juzgado con arreglo a ordenanza.

—¿Es decir—preguntó Simón al oír la orden—, que en vez de ser fusilado por mis enemigos, me habéis denunciado para que lo sea por mis camaradas?

—Lo que es decir—exclamó el oficial con alegría—es que hemos conseguido vuestra libertad; tomad ese pase, y no permanezcáis en Madrid ni un solo momento.

—Pero...

—Obedeced y dejaos de vanos escrúpulos; os queda mucho tiempo para luchar por vuestra patria.

—Tenéis razón, señor oficial; los franceses me dan ocasión para ello.

El pase firmado por el general estaba concebido en estos términos:

“Permítase la libre salida al sargento portador, preso por equivocación al ir a unirse a su regimiento. N.”

Simón trató de ver a sus compañeros antes de marchar, pero no le fué concedido este favor por los oficiales. Salió por lo tanto del Retiro triste y cabizbajo, y después de haber descansado un rato de las fatigas del día en un tronco caído cerca del Botánico, tomó lentamente y a la ventura el camino de Atocha, solitario y oscuro.

Una descarga cerrada que iluminó con su resplandor la tenebrosa noche, trajo de repente a su memoria los acontecimientos de aquella tarde y el recuerdo de sus hermanos encarcelados. Volvió apresuradamente sobre sus pasos, y a poca distancia tropezó con unos soldados franceses que corrían, quizá aterrados del crimen que acababan de cometer. El sargento fué detenido e interrogado de nuevo; pero el pase estaba en toda regla, y siguió. Sus presentimientos no le habían engañado. Mateo y sus compañeros acababan de ser arcabuceados. Simón contempló un rato sus cadáveres, se reclinó casi sin conocimiento en un árbol, y lloró por la primera vez de su vida.

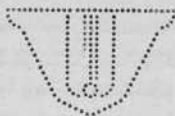
IV

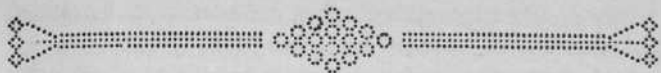
Algunos meses después el sargento Simón, herido, prisionero y fugado en la batalla de Medellín; herido también en Almonacid; desfigurado a sablazos en Ocaña, prisionero

y fugado de nuevo, corría a reunirse a las huestes del Empecinado para ejecutar juntos aquellas valerosas hazañas que serán un día el asombro de las generaciones.

Era el autor de estos renglones muy niño cuando el sargento Simón, ya viejo, lo paseaba por el Prado de la mano. Un día observó el niño que al pasar por delante del monumento del Dos de Mayo, el viejo se quitaba el sombrero y saludaba con respeto aquellas piedras. Llegó otro día en que aquel suceso despertó su curiosidad, y entonces escuchó de boca del buen anciano la narración que acabáis de oír, pero con muchos más detalles, que no dejan duda sobre su autenticidad.

El sargento Simón ha muerto hace algunos años pobre y olvidado; tales eran sus virtudes; tantos y tan grandes sus merecimientos; hasta este interesante episodio de su vida sería desconocido para todos si un hijo cariñoso no lo arrancara del sepulcro de lo pasado para dedicarlo a la memoria de su padre.





VI

El sargento refiere historias de lobos. Inspíranle aversión y luego simpatía.

LA primera vez que oí yo hablar de lobos y que tuve ocasión de verlos de cerca fué en Soria, donde mi padre, militar retirado, ejercía el cargo de tesorero de rentas y al mismo tiempo la Comandancia general de la Milicia nacional de la provincia. Corría el año 1838; los carlistas, capitaneados por el célebre cura don Basilio, amenazaban continuamente la ciudad, y no eran pocas las alarmas, de las cuales nos aprovechábamos los pipiolos empleando en juegos y pedreas las horas robadas a la escuela, y las personas formales, que hallaban en esto motivo de reunirse en animadas tertulias y patrióticos conciliábulos.

Una noche de invierno, cruda como suelen allí serlo todas, varias familias, precedidas de sus respectivos criados que llevaban las linternas con que se suplía la falta del alumbrado público, y escoltadas por dos o tres parejas de milicianos armados, salían de casa del intendente, donde al sonar las diez daban los viejos fin a su partida de tresillo y los jóvenes a su ratito de baile con acompañamiento de manucordio. Había nevado todo el día y nevaba aún copiosamente, por lo cual el numeroso grupo caminaba despacio y en silencio, por ser obstáculo a las palabras los boas y bufandas, los chales y capotes, en que damas y galanes se envolvían.

De pronto la pareja encargada del servicio de descubierta se detuvo y dió en voz baja el aviso de que, al doblar el ángulo de la calle y destacando sobre la blancura de la nieve, se distinguían cinco o seis bultos negros. Requirieron los caballeros los estoques, replegaron las señoras en un portal inesperadamente abierto, y avanzando parte de la fuerza hasta un callejón inmediato, a fin de cortar la retirada al enemigo, aguardóse con impaciencia, pero sin miedo, el resultado del combate. No tardaron en sonar dos tiros, y un momento después otros dos, tras de los cuales, rápidas como una exhalación, pasaron rozando casi las piernas de los espectadores unas sombras flacas y encogidas cuyos ojos brillaban en lo obscuro con extraña fosforescencia.

—¡Jesús, que bichos tan feos!—gritó una madre, que menos tímida que las otras formaba en primera fila, oprimiendo entre sus brazos hasta tres retoños de edad indescifrable.

—¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?—preguntaban las que se guarecían en el fondo del portal.

—Pues no ha sido nada—contestó, ya de vuelta de la expedición, el que actuaba como jefe—: los pobres lobos, que no teniendo que comer en el campo, vienen a buscarlo en las basuras y desperdicios que arroja la vecindad. Allí hemos dejado uno tendido, y a otro, cachorro sin duda, nos lo llevamos prisionero; a los restantes, cualquiera los pilla. Pueden ustedes irse tranquilos y dormir sin temor de esas ni de otras fieras: buenas noches.

A la mañana siguiente no se hablaba en Soria de otra cosa que de la visita de los lobos. Creo que la del cabecilla don Basilio no hubiera despertado tanto interés. El lobezno cautivo fué expuesto en el patio de la Jefatura política, y en procesión acudimos a verle chicos y grandes. Aquella noche había tertulia en nuestra casa, y recuerdo que la conver-

sación giró, naturalmente, sobre el asunto del día. Contáronse mil anécdotas relacionadas con la vida y milagros de tales alimañas, y hallábase próxima ya la hora de recogerse la gente menuda, cuando una de las personas más respetables, o como decimos hoy, más conspicuas de la reunión, preguntó dirigiéndose a mi padre:

—Y a usted, señor tesorero, ¿nunca le ha ocurrido algo en que tengan que ver los lobos?

—Sí, por cierto; en dos ocasiones de mi vida, y que por circunstancias especiales no se me han borrado de la memoria.

—Cuenta usted, cuenta usted—exclamó a coro la concurrencia.

La curiosidad pudo en mí más que el sueño, y gracias a ella escuché la siguiente narración.

* * *

—Creo saben ustedes—dijo mi padre—que soy maragato, y por si lo ignoran les añadiré que nací en Rabanal del Camino.

Abandoné tan joven mi pueblo al huir del convento de Astorga, en que pasé algunos años y en que mi familia trató de encerrarme para siempre, que lo único que recuerdo de mi casa es que vivíamos como labradores acomodados, poseyendo bastante ganado lanar y no pocas tierras. Yo no había nacido seguramente para agricultor; pero me deleitaba ir al campo, sobre todo al amanecer o a la caída de la tarde; vagar por montes y llanuras entre el rebaño, y oír las tonadillas y los cuentos de los pastores. Tal era mi ocupación casi diaria, pues tenía ya diez o doce años y nada me quedaba que aprender en la escuela.

Una mañana, mientras dormitaba a la sombra de los cha-

parros, oyendo a lo lejos el sonsonete de las esquilas y el ladrido de los mastines, vinieron a sobresaltarme las voces de ¡a ése!, ¡a ése!, dadas por un muchacho que guardaba cabras cerca de mí, y pude ver pasar rápidamente un perro desconocido y extraño, de piel gris aleonada, el cual llevaba entre sus dientes una de mis ovejas.

Ponerme en pie y lanzarme en su persecución, esgrimiendo el cayado, corto pero recio, que era mi compañero inseparable, fué para mí obra de un minuto. Corría el perro en dirección oblicua; le atajé, y dándole dos palos en la cabeza, así a la oveja por las patas, tratando de arrancársela. Tiraba él con furia para retenerla; sus ojos bizcos y amarillentos parecían querer devorarme, y sabe Dios el término que habría tenido la lucha si un viejo pastor, atraído por nuevas voces del muchacho, no hubiera venido en mi auxilio decidiéndola en favor mío con un golpe de su terrible cachiporra.

Cuando hube recobrado mi oveja, herida apenas; cuando vi al animal que había pretendido ser su verdugo revolcándose en su propia sangre—¡Gracias, tío Roque!—dije volviéndome hacia mi protector—; pero ¿ha visto usted qué maldito perro?

—¿Perro, eh?—respondió con asombro el pastor—, ya presumía yo que tu arrojó era hijo de tu ignorancia; buen disgusto tendrá la familia si llega a saber que has luchado a brazo partido con un lobo de los peores que bajan de Foncebadón.

Una cariñosa advertencia de mi madre para que no volviera a ir solo al campo, y una soberana paliza de mi padre, sin advertencia alguna, me dieron a entender bien pronto que la familia no ignoraba aquel rasgo de valor por el cual me felicitaron muchos vecinos, incluso el cura. Desde entonces cobré un horror invencible a los lobos.

—¿Y después?—murmuraron algunos oyentes.

—Después, esa aversión casi se ha trocado en simpatía. Voy a contar a ustedes por qué .

* * *

Llevaba yo algunos años de servir al rey, y había hecho ya en las Baleares la campaña contra los ingleses, cuando, convaleciente apenas de tres o cuatro heridas gravísimas, que no me impidieron sin embargo escapar de manos de los franceses en Ocaña, me presenté a la Junta de Guadalajara y entré a formar parte del batallón de voluntarios de Madrid, al que me destinó don Juan Martín *el Empecinado*. En tal cuerpo y con tal hombre, salíamos a sorpresa por hora y a batalla o escaramuza por día. Para dar a ustedes idea de cómo batiríamos el cobre en Priego, en Molina de Aragón, en Somosierra, en el puente de Revenga, en Calatayud, en la Granja, en la Almunia y por dondequiera que asomaba un francés, baste decirles que en aquella época, nada pródiga en ascensos, ascendí yo en dos años de sargento primero a teniente, y siempre a costa del pellejo, de lo cual puede dar testimonio mi cara. Como teniente y a la cabeza de mi compañía, después de haberse puesto en salvo el valeroso Juan Martín, ordenando que nos rindiésemos, pues toda defensa era imposible, caí prisionero en el Rebollar de Sigüenza el 29 de febrero de 1812, y no pudiendo fugarme, como lo hiciera tantas veces, fuí conducido al cuartel general y de allí enviado a Francia con otros compañeros.

Y aquí entra lo interesante de mi relato.

El pueblo que se nos fijó como residencia se llamaba Le Puy (en Velay), y desde la frontera, a la que llegamos escoltados, emprendimos nuestra peregrinación por los Pirineos, a pie, hambrientos y casi desnudos, en el rigor del invierno, y haciendo por lo regular de noche las jornadas, tanto por

evitar burlas y malos tratos, cuanto por no dar a las almas sensibles el triste espectáculo de nuestra miseria. Los días los pasábamos descansando en el lugar que nos designaban los alcaldes del tránsito, con los cuales me entendía yo por poseer la lengua francesa, dejándoles recibo de los socorros que nos facilitaban, y de que me servía para pagar el mezquino alimento que tomábamos en cualquier bodegón. Seríamos diez o doce los que íbamos juntos, como destinados al mismo depósito, y de ellos, sólo tres o cuatro oficiales; el resto lo componían sargentos y cabos.

Una tarde en que, no sé por qué trabacuenta, tuve que detenerme en la Alcaldía más que de costumbre, rogué a mis compañeros que no me esperasen, y supuesto que nos habían indicado la dirección que debíamos seguir, tomasen la ruta, seguros de que yo les alcanzaría antes de llegar al pueblo cercano, que distaba poco más de una legua. Hicieronlo así, y por pronto que quise terminar mis asuntos era ya noche cerrada cuando pude seguirles. Envolvime, como Dios me dió a entender, en el destrozado capote; apreté bien a las sienes la gorra de cuartel para defenderla y defenderme del helado cierzo que corría, y echándome al hombro el miserable hatillo sujeto a la punta de un palo, gané a paso regular la carretera al resplandor de una magnífica luna. Pero apenas hube perdido de vista las últimas casas del lugar, cuando sobre el ribazo escarpado del camino distinguí una forma oscura que nada tenía de humana y que marchaba a compás mío. Pensé en el primer momento que fuese un perro o una cabra; calculé la distancia, y el tamaño me resultaba algo mayor. Sin duda era un borriquillo extraviado en el campo o desertor de una corraliza. Quise cerciorarme de ello, y le llamé la atención con un silbido; siguió andando sin volver la cabeza; entonces me paré, mirándole fijamente, y él se paró, mirándome también. Sentí mi frente bañada

en sudor frío; mis pies quedaron clavados en tierra, y para no caer, tuve que apoyarme en el palo. Mi acompañante era un enorme lobo de los Pirineos; lo había reconocido en los ojos.

Confieso que tuve algunos instantes de vacilación. ¿Qué hacer? Estaba solo y desarmado; me separaban de mis amigos una legua, de mi enemigo cien metros. ¿Debía retroceder? ¿Debía proseguir? La reflexión vino muy pronto en mi ayuda. Yo he creído siempre que el peligro es un fuego fatuo: persigue al que le huye y huye del que lo persigue. Además, lo mismo la fiera que el hombre acometen por la espalda con más seguridad que de frente. Mi resolución estaba tomada. Volví a colocar el hatillo en el hombro; estiré brazos y piernas, ya medio entumecidos, y acordándome de que la Providencia existe también para los infelices, seguí de nuevo la carretera adelante, casi avergonzado de aquel acceso de debilidad.

—¿Y el lobo?—gritaron cuatro o seis voces.

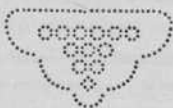
—Que lo crean ustedes, que no lo crean, el lobo continuó andando paralelamente a mí los tres cuartos de hora que duró la jornada, deteniéndose cada vez que yo me detenía por cualquier motivo; mirándome si le miraba, y más lejos o más cerca, según los accidentes y sinuosidades del terreno. Oía ya los ruidos y veía ya las luces de la vecina población cuando, con el mismo paso que había empleado para ajustarse al mío, torció por un sendero diferente y desapareció a poco tras un saliente que formaban las tapias de un arrabal.

Al divisarme los compañeros, prorrumpieron en aclamaciones de júbilo; yo respondí a ellas arrojándome en sus brazos, y por Dios que lo necesitaba. ¿Qué son las fatigas de un largo viaje al lado de las que yo pasé en aquellos cincuenta minutos?

—¿De modo que no es usted enemigo de los lobos?

—Ni enemigo ni amigo; pero no me inspiran el terror y el odio que suelen inspirar a la mayoría de las gentes. Niño, los provoqué; hombre, me respetaron; siento por ellos algo de compasión, y hasta abrigo la idea de que al hablar de su ferocidad y su perverso instinto se les calumnia demasiado.

Es lástima que sobre el asunto no puedan informar las ovejas.





VII

Soldados y guerrilleros.—El Empecinado y el Manco.—Balduque y entorchados.

NO hace muchos días que, repasando por tercera o cuarta vez los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós, volví a leer de un tirón el que se titula *Juan Martín "el Empecinado"*. Hay entre los personajes que figuran en este episodio uno, que con ser repulsivo, me atrae sobremanera, sin duda por estar ligado con los recuerdos de mi infancia; es el manco don Saturnino Albuin; el sombrío y feroz guerrillero que yo conocí anciano, afable y cariñoso; que me tuvo muy a menudo en sus rodillas, y a quien vi en una ocasión verter amargo llanto con el que trataba de borrar su estigma de traidor a la patria. Conservo tan viva la memoria de aquella escena, que no me será difícil reconstituirla.

Por otra parte, la evocación de nuestros heroicos soldados de principios del siglo anterior en estos tiempos de ambiciones desapoderadas y recompensas no siempre merecidas, podrá servir, no sólo de agradable entretenimiento, sino de provechosa enseñanza.

Uno de aquellos soldados fué mi padre. Educado en un convento de Astorga, pero refractario a la vida monacal a que le condenaba irrevocable decreto de familia, alejóse de ella a los diez y siete años, sentando plaza en el regimiento

de Borbón, y haciendo la campaña en 1798 contra los ingleses en las islas Baleares. Vuelto a la Península y escapado milagrosamente a los fusilamientos del 2 de mayo en Madrid, combatió a las órdenes del duque de Alburquerque en Uclés y en Medellín, cuyos campos regó con su sangre; prisionero y herido, fugóse, sin embargo, y presentándose en Castilla la Vieja al ejército de Andalucía, estuvo en la batalla de Almonacid, donde recibió otra herida, uniéndose a las huestes del *Empecinado* después de la tremenda derrota de Ocaña, por motivos y con circunstancias que merecen ser conocidos, y que se desprenden de la declaración que voy a transcribir, copiándola del expediente, cuyo original poseo.

"En la villa de Yepes, a veintiocho de enero de mil ochocientos diez y ocho, ante el señor alcalde mayor por S. M., de ella comparecieron don Severo Aguirre y don Lorenzo Benito Ramos, médico y cirujano titulares de esta villa, y don Luis Díaz Pezero, igualmente cirujano de Real aprobación, vecino de ella, a los que su Merced a presencia de mí el escribano recibió juramento, que hicieron por Dios Nuestro Señor y a una señal de cruz, conforme a derecho, bajo cuyo cargo prometieron decir verdad en lo que supieren y fueren preguntados, dijeron:

"Que entre los muchos prisioneros españoles, y de ellos bastantes heridos, que a esta villa condujo una columna de caballería francesa, de resultas de la batalla de Ocaña, lo fué don Simón del Palacio, actualmente teniente de granaderos del regimiento de infantería de Lorena, y movidos a compasión todos los vecinos honrados de esta villa, por súplicas que hicieron al comandante de aquella columna, pudieron conseguir que a los heridos españoles se les permitiese la curación y asistencia alimenticia en este hospital de San Nicolás, siendo uno de dichos heridos el mencionado don Simón del Palacio, que por entonces servía de sargento primero, agre-

gado al regimiento provincial de Córdoba, el cual entró en dicho hospital el día 20 de noviembre del año pasado de mil ochocientos y nueve, hallándose malamente herido a golpe de sable con una cuchillada que le desunió todos los músculos frontales, la que por su longitud, a primera intención fué necesario apuntarla; otra sobre la nariz y parte de mejilla, no tan interesada; tenía asimismo una estocada en el costado izquierdo, entre la sexta y séptima costilla, que al pronto, por lo muy interesada, se creyó penetrante, pues estaban todos los músculos intercostales heridos en extensión de cinco dedos a lo lateral, con otras varias heridas de poca consideración; sin embargo de lo cual, el enunciado don Simón, sin atender al grave y delicado estado en que se hallaba, acompañado de varios patriotas vecinos de esta villa, en la propia noche del 20 se fugó del hospital, refugiándose en la casa del médico titular declarante, donde se le asistió y continuó en la curativa con la mayor precaución por estar siempre el pueblo lleno de tropas francesas, permaneciendo hasta que se le dió por sano, que fué en el mes de septiembre de mil ochocientos diez, según que así lo tienen anotado en el libro de entradas y salidas que hicieron para su gobierno:

"Que viéndose ya el don Simón sano, deseoso de continuar en la defensa de la patria y su carrera militar, manifestó al declarante don Severo determinaba pasar a la división que comandaba don Juan Martín, *el Empecinado*, por ser la tropa española que había más inmediata, cuya determinación también manifestó a los cirujanos que declaran, y resuelto, verificó su marcha, saliendo de esta villa a últimos del expresado mes de septiembre de ochocientos diez; después, como a cosa de dos meses, dirigió carta el don Simón al declarante don Severo, por medio de un sargento que venía en una partida de dicha división, y estuvo en esta villa de paso, manifestando estaba incorporado en ella, y dándole pruebas de

agradecimiento, lo que así hizo presente dicho don Severo a los dos cirujanos declarantes. Es cuanto pueden decir, etcétera, etc."

* * *

Como el objeto principal que me he propuesto al trazar este artículo no es otro que el referir cuándo y dónde conocí yo al famoso guerrillero *el Manco*, pasaré por alto muchos incidentes de la vida militar de mi padre, que me alejarían del asunto; en cuanto a sus méritos de entonces, los condensaré copiando unas cuantas líneas de su hoja de servicios:

"Presentóse a don Juan Martín *el Empecinado*—dice la hoja—, y éste le destinó, en la clase de sargento primero que tenía, a voluntarios de Madrid, por su nueva creación, y con él se halló en las acciones siguientes: en la de Priego, el 24 de febrero de 1811; en la de Molina de Aragón, el 9 de marzo; en Somosierra, el 18 de mayo; en el Puente de Revenga, el 10 del mismo, y el 11 en el Real Sitio de San Ildefonso, en donde entró con 40 hombres de su compañía, y después de tres cuartos de hora de fuego, y las bocacalles tomadas para impedir su salida, a más de haber perdido algunos hombres, fué herido de tres balas: la una le entró por el carrillo izquierdo y salió por el derecho; otra quedándose debajo de la quijada, y la tercera que le rompió el dedo pulgar de la mano izquierda, y todo sin desamparar un solo día ni su cuerpo ni compañía. Se halló en la toma de la guarnición de Calatayud; en los ataques de 26 y 28 de octubre en Cubillejo de la Sierra; en los del 6 y 7 de noviembre en la Almunia, y toma de su guarnición, la que condujo a Alicante en número de 220 soldados y 3 oficiales, con sólo 40 hombres de su compañía, por medio de los muchos obstáculos que se le presentaron en el camino, por ser la época en que los

enemigos intentaban tomar a Valencia. Y, últimamente, en todas cuantas expediciones y encuentros ha tenido dicho *Empecinado* hasta el 27 de febrero de 1812, que fué hecho prisionero en el ataque del Rebollar de Sigüenza a la cabeza de su compañía, y conducido a Francia."

* * *

Las reminiscencias que guardo de los relatos que mi padre hacía de sus campañas en las largas noches del invierno completarán estos apuntes. Creo recordar que a su temeraria empresa de San Ildefonso debieron los guerrilleros haber escapado con vida de aquella jornada, pues aparte de los plácemes de Albuin, a los ocho días mi padre recibía el ascenso a subteniente, y el de teniente cinco meses después.

Pero no tardó en nublarse la estrella de don Juan Martín. La traición del *Manco* y la habilidad con que preparó la sorpresa del Rebollar de Sigüenza dispersaron aquella legión de valientes, muchos de los cuales, quizá los menos afortunados, sobrevivieron con pesar a su caída. Mi padre, como indica la hoja de servicios, estaba entre los prisioneros. No fué maltratado, sin embargo, como lo fueron otros; antes bien, y con gran sorpresa suya, vió que lejos de encerrarle, le conducían al sitio en que se hallaba el cuartel general.

Siéndole familiar la lengua francesa, pudo entender que aquellos mariscales de vistosos uniformes y arrogantes caballos se dignaban enterarse de su situación, y se proponían mejorarla.

—Vamos, señor teniente—dijo uno apeándose y tendiéndole la mano—; puesto que nos comprendéis, os falta poco para ser de los nuestros. Decidnos qué deseáis en cambio, y lo obtendréis.

—He jurado fidelidad a las banderas de España—respondió

el teniente—, y por nada ni por nadie he de faltar a mis juramentos. El día que desee algo, no trataré de conseguirlo por el esfuerzo ajeno.

Entonces se destacó del cuadro otro militar de alta graduación, que dirigiéndose a él con los brazos abiertos, le gritó en castellano:

—¡Simón!, ¡amigo mío!, déjate de preocupaciones pueriles; la vuestra es una causa perdida, y el porvenir y la gloria están aquí.

—Pues guárdeselos usted, don Saturnino, que yo no soy de la madera de los traidores.

Albuin, avergonzado, se ocultó entre el grupo de los franceses.

Tengo a la vista el certificado de purificación de mi padre, fechado en Valencia el 16 de julio de 1814, y firmado por Elio, en que después de los considerandos de rigor, dice: "Vistos y examinados con el mayor escrúpulo los documentos y diligencias que comprende la antecedente sumaria, y lo expuesto por su fiscal en su dictamen, la Junta de este regimiento celebrada en este día acordó: que el teniente don Simón del Palacio ha probado suficientemente que, venciendo y despreciando las halagüeñas promesas de los enemigos, conservó el carácter y honor de verdadero oficial español, y que con él y la irreprochable conducta que le es anexa, se ha mantenido todo el tiempo que ha permanecido prisionero en Francia, por lo que se le declara indemne de todo cargo, y de justicia acreedor a ser repuesto en su empleo, etc., etc."

* * *

Habían pasado ya muchos años de todo esto. Mi padre se había retirado, muy quebrantado de salud a causa de sus heridas, y casado y con hijos vegetaba en Soria, en la modesta

posición de tesorero de provincia. Tocaba a su término la guerra civil, pues nos hallábamos en 1840 ó 41, y nevaba, cosa que en Soria no tiene nada de particular ni en agosto.

Una noche el intendente, o no sé cuál de las autoridades, pues todas solían reunirse, ya en una casa, ya en otra, a fin de jugar al tresillo y charlar un rato, presentó en la mía a un general que acababa de llegar, o para encargarse de un mando o para reunir y revistar un cuerpo de tropas. Después de los saludos de ordenanza, las señoras se agruparon en torno del brasero, los hombres sortearon los sitios, dando principio a la partida, y los muchachos nos sentamos a aprender el juego y aumentar la colección de ochos y nueves.

Entre ocho y nueve andaría también mi edad, pero no por eso dejé de advertir que el general no quitaba los ojos de mi padre, cuyo rostro, gracias a aquellos sablazos de Ocaña, era de los que no se despintan. Al fin, en un momento de pausa producida por una ronda de cigarrillos, el recién llegado murmuró:

—¿Usted ha servido también, señor tesorero?

—Cerca de medio siglo, general.

—Le estoy mirando a usted desde que entré, y cuanto más le miro, más me convenzo de que nos hemos visto antes de ahora. ¿Usted no me recuerda?

—Sí, señor; lo he conocido a usted en seguida; pero hubiera deseado que no me conociera usted. Ya veo que no ha perdido la memoria don Saturnino Albuín.

Este seguía interrogando con los ojos la escabrosa fisonomía de mi padre.

—Lo conozco a usted, no me cabe duda—dijo, dándose un golpe en la frente con su única mano—; pero no acabo de fijar... ¿quién es usted?—exclamó casi bruscamente.

—Acaso haya usted olvidado mi nombre; pero le daré otra seña más segura: soy el de los balazos de la Granja.

Entonces aquellos dos hombres cayeron uno en brazos del otro, y en el profundo silencio que reinaba en la sala oyéronse algunos sollozos entrecortados. Yo, sin darme cuenta de lo que sucedía, miraba alternativamente a uno y a otro, y puedo asegurar a ustedes que el que lloraba era *el Manco*.

Mi padre lo consolaba, y en el hueco de un balcón, al que lo había llevado, le decía muy bajito:

—Pero ¿qué es eso, general? Calma, ¿tengo yo por ventura cara de juez?

—No, Simón, es que lloro a la vez de alegría y de vergüenza; usted aquí, olvidado, obscurecido, y yo...

—Vamos, vamos, ¿me quejo yo acaso de mi suerte? ¿Qué más ha podido hacer por mí la patria que guardarme para la vejez un pedazo de pan?...

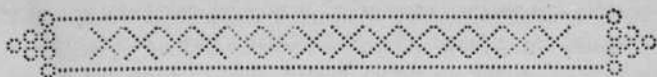
Aquella noche la velada se prolongó más de lo regular, si bien el tresillo duró menos que las otras noches; los dos *empecinados*, el leal y el traidor, tenían sin duda muchas cosas que decirse.

Cuando ya nos quedamos solos, mi madre dijo a mi padre sonriendo:

—Ahí lo tienes; lleva los entorchados que tú mereciste: ¿no te da envidia?

—No, hija mía; me da lástima; era un valiente, y, sin embargo, delante de mí ha llorado como un cobarde.

Todo el tiempo que *el Manco* Albuín estuvo en Soria, era la visita obligada de mi casa; jugaba con nosotros y nos dejaba montar a caballo en su sable; el día que se marchó, nos besó mucho, y ¡cosa rara! al despedirse, su rostro denotaba más alegría que sentimiento: tardé algunos años en explicarme la causa, pero me la expliqué al fin: era que mi padre le había perdonado.



VIII

Mis primeras armas literarias.—El espaldarazo.—Salida a la palestra.—Mi esperanza en flor.—Mi esperanza en fruto.

NO recuerdo a punto fijo la época en que comencé a escribir versos. Recuerdo, sí, aunque vagamente, que allá por los años de 1840, siendo muy niño, lo cual comprenderán ustedes perfectamente sabiendo que casi soy joven todavía, andaba ya mi diminuta humanidad recitando coplas por escuelas y tertulias, con asombro de condiscípulos y regocijo de padres y parientes. Recuerdo que fué también por entonces cuando, habiendo hecho a propósito del feliz término de la guerra civil, unas estrofas que fueron en Soria muy aplaudidas, un respetable anciano, literato del antiguo régimen, me las hizo repetir una noche en casa del intendente, y sentándome después sobre sus rodillas y besándome con efusión, exclamó con la voz un tanto acatarrada que Dios le diera: ¡Ni Garcilaso! Tardé bastantes años en conocer la importancia de tal elogio y la gravedad de tal herejía.

¡Pobre viejo! No se me ha olvidado tampoco que fué él quien me inspiró mi primer epigrama, si epigrama puede llamarse una desvergüenza dicha con toda la serenidad de la infancia. Habíase permitido el buen señor escribir una

comedia ferozmente romántica, y que representada por una compañía de la legua que solía visitar alguna vez la población, tuvo, como no podía menos, más silbidos que espectadores. El pobre autor se llamaba Bazán, y—con razón o sin ella—se creía descendiente del famoso don Alvaro, marqués de Santa Cruz. Pocos días después del estreno de su obra corría de mano en mano el siguiente paralelo entre el marino y el poeta:

“Los dos con distintos planes
lograron iguales fines:
uno fué honor de Bazanes
y el otro honor de ba...”

Creo de buena fe que el anciano no me guardaba rencor por esta broma, pero confieso que muchas veces, al acordarme del epigrama, he sentido algo parecido al remordimiento. Hoy ya pueden contarse estas cosas: los que duermen la perpetua siesta no han de incomodarse por una chanza más o menos.

Este período de poesía doméstica, por decirlo así, duró para mí muchos años. Oíd ahora cómo se verificó mi aparición en la escena pública.

Hay en la calle del Correo una tienda de dos puertas, que hasta hace poco era despacho de diligencias y transportes. En ese despacho, y encargado de la contabilidad, pasaba yo mi vida en los primeros meses de 1848. Una tarde, como todas, me hallaba sentado detrás de la barandilla del escritorio, mientras otro empleado anotaba los viajeros y encargos que llegaban, cuando dos individuos de buen aspecto, pero no de lujosa apariencia, vinieron a interrumpir mi ocupación. El objeto que les traía era consignar para Salamanca, si no me engaño, un pequeño paquetito. El dependiente lo anotó

en seguida en el libro, y yo proseguí escribiendo en el mío. Porque yo escribía también; pero no en el libro Mayor, ni en ninguno de los de cuentas, sino en un viejo volumen encuadernado en pergamino y con un papel moreno muy a propósito para borradores. Y lo que yo escribía eran versos.

Antes de entregar la peseta o dos pesetas, valor del porte del paquete, el escribiente preguntó, como era de rigor, al consignatario:

—¿Me quiere usted decir su nombre, para anotarlo en el recibo?

—¿Mi nombre? ¡Ah!, sí; perdone usted; estaba distraído: Eulogio Florentino Sanz.

Y en seguida añadió, volviéndose a su acompañante:

—Parecen versos lo que está escribiendo ese muchacho.

Aquel nombre y estas palabras fueron para mí una revelación.

—Caballero—me atreví a balbucear—, son, en efecto, renglones cortos que aspiran a ser versos.

Entonces el autor de *Don Francisco de Quevedo*, que acababa de estrenarse por aquellos días y a quien abrumaban por consiguiente los elogios y los aplausos, me miró bastante descaradamente, a decir verdad, murmurando:

—Si no temiera ser indiscreto, yo le diría a usted si lo son.

Y a través de la pequeña balaustrada alargó la mano hacia mi libro.

Yo se lo dí con orgullo y temor al mismo tiempo: temor, por la lectura; orgullo, por el lector.

Florentino y su amigo recorrieron en pocos minutos bastantes hojas del infolio, que estaba ya a punto de concluirse. Por fin se detuvieron, y leyeron una misma composición dos o tres veces; después, devolviéndome el libro, me preguntó el primero:

—¿Cómo se llama usted?

—Manuel del Palacio—respondí con la misma turbación que si estuviera delante de un juez.

—No he oído ese nombre en mi vida—replicó—, lo cual me prueba que no ha escrito usted nunca para el público.

—Así es, en efecto, señor Sanz.

—Muy mal hecho—exclamó casi en tono de reprensión.

—Y yo ¿qué le he de hacer?—murmuré con acento de disculpa.

—Lo que ha de hacer usted es copiar estos versos, estos que se titulan “La flor de mi esperanza”, y llevármelos esta noche al café del Príncipe, ¿sabe usted dónde está?

—Sí, señor; no he estado nunca. Pero ¿no he de saber el café donde se reúnen los poetas?

Pocos días después mis versos se publicaban en *Los Hijos de Eva*, el mejor semanario de literatura que veía por entonces la luz, y en el mismo número en que se daba a conocer como poeta Antonio Cánovas del Castillo. Un mes más tarde era yo amigo de la mayor parte de los literatos que frecuentaban el café del Príncipe. La poesía en cuestión, tal como la recuerdo, es la siguiente:

LA FLOR DE MI ESPERANZA

Yo vi en una mañana
serena y deliciosa
brillar en la pradera fresca rosa
espléndida y galana.
Sus hojas de colores
el albo sol hería;
era la reina de las otras flores,
era la flor de la esperanza mía.

Las amorosas brisas la mecieron,
llenando de perfume su capullo;
vida y color le dieron;
yo lozana la vi, del prado orgullo;
mis ayes de quebranto
sólo ella, cariñosa, comprendía;
¡cuántas veces mi llanto
regó la flor de la esperanza mía!

Yo le conté mis sueños,
la historia le expliqué de mis amores;
ella, feliz, rió de mis ensueños,
y lloró, desgraciada, mis dolores.

Yo la adoré de niño,
sobre mi corazón la puse un día;
imán de mi cariño,
llaméla flor de la esperanza mía.

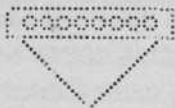
Ella creció en mi seno
gallarda, seductora,
y yo, de gozo y de ventura lleno,
la alimenté en mi seno hora tras hora.

Mas huyó la ventura,
y ella también huyó con mi alegría;
el viento del dolor y la amargura
secó la flor de la esperanza mía.

Purísimos raudales
que la visteis erguida a vuestro lado
reflejar en los límpidos cristales
su color nacarado:
si viendo sus despojos
recordáis su belleza y lozanía,
¡llorad, cual lloran mis dolientes ojos
la pobre flor de la esperanza mía!

Han pasado más de veinte años, y todavía mi principal deleite son los versos. Me han cansado las diversiones, las orgías, los viajes... ¿qué más?, el celibato; los versos no me cansan. Verdad es que sería por mi parte una insigne ingratitud. Debo a la poesía cuanto soy, cuanto valgo, cuanto poseo. En los varios azares de mi vida ella ha sido mi consuelo y mi arma, mi sostén y mi vengador. He aquí por qué de todos los títulos y de todos los honores el que más me ha halagado siempre es el de poeta. Una vez más trato de averiguar si lo merezco.

Pero aunque así no sea: aunque mis sonetos se estrellen en los escollos de la crítica, o lo que es peor aún, naufraguen en las ignoradas playas del olvido, no por eso prometo a ustedes arrepentimiento ni enmienda; nada de eso. Me he jurado a mí mismo, y soy incapaz de hacerme traición, que si Dios, como espero, se digna concederme en el supremo trance la serenidad de espíritu que no me negó nunca, mis últimos versos serán mi epitafio: "E così sia".





IX

Cómo yo soy de Cataluña, aunque no lo parezca.—Mi viaje a Granada.—Una parienta apócrifa de Alhamar el Magnífico. Antecedentes literarios.—Fray Chirimiqui Andana.—Mi conocimiento con Fernández y González.

SÓLO a fuerza de repetirlo, y cuando esto no era bastante apelar a la exhibición de mi partida bautismal, he logrado convencer a las gentes de que no tengo de andaluz sino que me gustan la manzanilla y el "cante jondo" y que recuerdo con placer las noches pasadas a la luz de la luna "mascando jierro".

Tocóme por casualidad nacer en Lérida, y ser bautizado en su castillo como hijo de militar, teniéndome en la pila un cadete que se llamaba Pepe Santa Pau y que ha muerto hace algunos años siendo capitán general de Aragón.

Aquel suceso, tan memorable para mi familia, acaeció la Nochebuena de 1831, y catorce días después abandonaba yo el país, yendo a la retaguardia de una columna en persecución de los carlistas, a ratos en brazos de mi madre, a ratos sobre una ácemila y metido en unas aguaderas, sirviéndome de contrapeso un hermano mayor que me llevaba dieciocho meses, y que había nacido a su vez en Palma de Mallorca.

Hice así algunos años la guerra, sin que tales servicios hayan sido de abono en mi jubilación, como lo fueron para muchos otros menos importantes, hasta que retirado mi padre por sus achaques y sus heridas, entró en la carrera civil, ejerciendo en varias provincias el cargo de Tesorero de Hacienda, con el cual pasó a Granada en 1850. Véase por dónde los que me suponen granadino me quitan diecinueve años de vida, acaso los mejores, y con ellos todo lo que de primeras letras y de latín aprendí en Soria, lo que estudié en Valladolid hasta graduarme en 1843 de bachiller en filosofía, y lo que de arquitectura, náutica y dibujo me enseñaron en el Instituto de La Coruña.

Cargado con tan inútil y precioso bagaje llegué yo a Granada, que era con Venecia la suma y compendio de mis ilusiones de viajero y poeta, y que ya habían merecido de mí—sin conocerlas—no pocas, pero sí malas estrofas, en que por supuesto no faltaba aquello de

“Ya no hay en tus jardines hermosas odaliscas,
no entonan las moriscas su lánguida canción,
no luchan en las justas tus bravos paladines,
la voz de tus muezzines no llama a la oración.”

y lo otro de

“No pido yo a mi fortuna
ni de ella quisiera más
que al resplandor de la luna
poder cantarte, laguna,
de mi góndola al compás.”

Por cierto que un pintor amigo mío que se llamaba Laguna creyó siempre que era a él a quien yo pretendía hacer objeto de mi canto.

Mi entusiasmo por Granada fué más grande después de verla, y llegó a tomar proporciones de verdadera pasión, no dejando de contribuir a ella una aventura que, aunque pueril en el fondo, armonizaba con mi carácter soñador.

Como es natural tratándose de empleados de cierta categoría, apenas instalada la familia comenzaron las visitas de más o menos etiqueta, y pasados algunos días, y hablándose en una de ellas de las bellezas de la Alhambra, que no fuí de los últimos en ponderar, fiándome de referencias y dibujos, se arregló para la mañana siguiente una expedición de que debían formar parte las personas allí reunidas, entre ellas dos lindas muchachas hijas de un alto funcionario, una de las cuales figuró más tarde entre las hermosuras de Madrid.

Pueden ustedes presumirse el placer con que todos, y yo sobre todos, acudimos a la cita, que era en la Plaza Nueva. Comenzaba la primavera y yo no olvidaré jamás el efecto que me produjeron al salir de la Puerta de las Granadas aquellos bosques en que apenas se filtraba un rayo de sol; aquellos arroyos cuyo murmullo parecía acompañar el trino de los ruiseñores; aquellas fuentes que me salpicaban al pasar; aquellas torres que se distinguían a lo lejos cada una con su tradición ya terrible, ya gloriosa. Bajo esta impresión penetré con la comitiva en el Alcázar, y caminando de asombro en asombro no tardamos en llegar al salón de Embajadores. Recorríalo yo embebido y confuso ante tales maravillas sin reparar que me habían dejado solo, cuando una voz que resonó en lo alto trajo a mi oído estas palabras: "Joven viajero, detente, y no te vayas sin recibir el saludo de la última y desdichada nieta de los Alhamares."

Confieso que al escuchar aquella voz misteriosa, pero no por eso menos dulce y femenina, mi primer impulso fué el de huir; pero me repuse pronto, y con acento que quise hacer firme y me resultó conmovido, contesté: "Gracias te doy,

pero ¿en dónde y por qué te ocultas? ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?"

—Soy una princesa encantada, y sólo debo ser vista de aquel que llegue a enamorarse de mí sin conocerme. Me llamo Zoraya, y vivo y duermo en los jardines del Generalife; pero vengo todas las mañanas a visitar el palacio de mis antepasados, buscando al hombre que ha de redimirme de mi cautiverio.

Disponíame yo a poner a su disposición para tamaña empresa mi corazón y mi brazo; pero al oír el grito de ¡Manolo!, dado por varios de mis acompañantes, y ver que me hacía señas con el abanico la más linda de las expedicionarias, no tardé en incorporarme al grupo, donde no faltó quien me reprendiera por mi tardanza, ni quien me dijese por lo bajo, no sin ruborizarse: "Lo fantástico seduce siempre más que lo real; parecía que iba usted con gusto a mi lado, y la sombra de una ilusión ha sido suficiente para desbancarme.

—Pero, ¡cómo!, ¿usted sabe la causa?

—Sí, amigo mío: sabía la causa y he adivinado el efecto.

—Y ¿quiere usted decirme?

—Sí, Manuel; se lo diré antes de que ella misma se lo diga.

—Pero ¿quién es ella?

—Ella es una muchacha muy discreta y muy bonita, sobrina del contador de este Real Sitio, en el cual tiene su casa, y que tan luego como ve entrar en la Alhambra gente joven o extranjeros de distinción, se encarama por los desvanes, y donde encuentra un ajimez abierto lo aprovecha para embromar al transeúnte, si está solo, ya refiriéndole aventuras imaginarias, ya recitándole romances moriscos y versos del duque de Rivas y Zorrilla, ya conversando con él en inglés o en italiano, cuando por la facha descubre su nacionalidad. Así se explica que siendo la mayoría de los visitantes aves de

paso, más de dos y más de tres han vuelto a su tierra con el germen de la locura. No vaya usted, por Dios, a caer en la tentación.

Había pasado algún tiempo de esta aventura, cuando una noche, en el Liceo, me presentaron a la princesa encantada. El que me la presentó era su novio. Ella seguía siendo encantadora, pero el encanto estaba ya roto para mí.

Antes de marchar a Granada tuve ocasión de hacer mis primeros pinitos literarios en Madrid, donde residí de 1846 a 1850. Eulogio Florentino Sanz, habiendo visto por casualidad unos versos míos, los publicó en un semanario que dirigía Ventura Ruiz Aguilera, con el título de *Los Hijos de Eva*, y además me presentó en el Parnasillo del Teatro del Príncipe, siendo desde entonces mis amigos y honrándome con su confianza, a pesar de nuestra diferencia de edades, Antonio García Gutiérrez, los Asquerinos, Paco Retes, Manuel M. de Santa Ana, Teodoro Guerrero y muchos más, de los cuales apenas si queda alguno para muestra.

Ya se comprenderá con esto que mi deseo más vehemente, una vez establecido en la capital granadina, fuera el de conocer a sus escritores y dedicar mis ocios al cultivo de la literatura, que había comenzado con tan felices auspicios. Por desgracia, la cosa ofrecía sus inconvenientes. Sólo se publicaban a la sazón uno o dos periódicos de noticias y anuncios, y los ingenios de la localidad únicamente aparecían de tiempo en tiempo en el teatro, donde brillaba como astro de primera magnitud Joaquina Baus, madre de Manuel Tamayo, y ejercía el cargo de apuntador Manuel Cañete.

La idea de dar a luz una revista semanal, satírica y literaria, surgió de pronto en mi imaginación; pero, pobre yo y

desconocido, ¿qué garantías de éxito iba a ofrecer al público, ni qué seguridades de pago al que se atreviese a imprimirla? Sin embargo, mi plan, que comuniqué al oficial primero de la Tesorería, no le pareció descabellado. Era este oficial un don Manuel Moreno González, algo pariente de González Bravo, y que yo no sé si habría escrito alguna vez, pero sé que tenía gran instrucción y muy buen gusto, y a fuer de gaditano, gracia y donaire que le rebosaban por arrobas.

Ya conformes en el pensamiento, discutimos acerca de los medios de ponerlo en práctica, acordando que nuestra revista sería propiedad de ambos: se ocuparía de todo, excepto de política; criticaría sin contemplaciones lo que juzgara criticable, y tanto por darle interés, como por la circunstancia de que él era oficial de Tesorería y yo hijo del tesorero, se ocultarían cuidadosamente nuestros nombres, que sólo debía saber el editor o dueño de la imprenta. Los gastos de papel y tirada del prospecto y del primer número, los costearíamos entre los dos. Nos faltaba el título del semanario, y Moreno González resolvió la cuestión exclamando:

—Ya lo tengo: ¡Fray Chirimiqui!

—Sí, dije yo: una especie de "Fray Gerundio".

—No sólo eso: un tipo que yo he conocido y que fué muy popular en mi tiempo.

—Hábleme usted de él, pues de fijo será curioso.

—Verá usted. Andaba por las calles de Cádiz, siendo yo joven, un negro ya centenario, a juzgar por lo canoso de su pelo, y que tenía en la ciudad fama de loco, a lo que daban pie sus extravagancias de las cuales la mayor era la de hablar solo, y decir al paso a cuantos encontraba en su camino todo lo que se le ocurría, ya fuera sandez ya insolencia o verdad. Había pasado gran parte de su vida en un convento, sirviendo en clase de mandadero o cosa análoga, y la gente le bauti-

zó con el apodo de "Fray Chirimiqui", acaso porque esta palabra era la que él solía pronunciar al final de sus discursos.

—¿Y usted se propone?...

—Me propongo imitar su conducta, y hago del suyo mi nombre de guerra, sin más alteración que la de añadirle un apellido.

—¿Cuál?

—Uno que responda también a mi propósito. Me llamo "Andana".

—Pero ¿y yo?

—Usted será el lego, y su misión principal, la de burlarse de mis locuras, poniéndolas en parangón con las ajenas. Para ello, busque usted un seudónimo inocente.

—Uno se me ocurre, que me complace por lo humilde. Me llamaré "Gusarapo".

—Perfectamente. Dentro de dos días nos reuniremos en mi casa para leer el prospecto.

—Y ¿cómo arreglaremos lo de la imprenta?

—La tengo de toda confianza. Además, vea usted al libro-ro Zamora, que está en el secreto.

Cuatro o seis días después se repartía profusamente por cafés, tiendas y teatros, una hoja en prosa y verso, a la cabeza de la cual se leía: "Fray Chirimiqui Andana", revista literaria, satírica y profética, redactada por dos exclaustrados."

Hallábase a la sazón en Granada de secretario del Gobierno civil y haciendo de gobernador por ausencia de D. Ignacio José Escobar, que años más tarde por méritos periodísticos debía titularse Marqués de Valdeiglesias, el cual leyó y rele-yó el prospecto; trató, aunque inútilmente, de saber quiénes eran los redactores del nuevo periódico, y... prohibió su publicación.

Tales fueron mis comienzos en la Prensa, y tal el fin de "Fray Chirimiqui Andana". Pero, ¡cuán cierto es que casi siempre de las pequeñas causas suelen nacer los grandes efectos! Debo a "Fray Chirimiqui" una de las mayores satisfacciones de mi vida. El caso fué el siguiente:

Había yo escrito para el prospecto de la malograda revista cuatro o seis octavas reales, que venían a ser la presentación del lego "Gusarapo" y el programa de lo que pensaba hacer con o sin permiso de su maestro, amigo y superior. No guardo memoria de tales octavas, y estoy muy lejos de creer que fueran buenas; mas de seguro no estarían mal medidas; tendrían calor de juventud y de entusiasmo, y quién sabe si algo del espíritu zumbón y malicioso que a Dios plugo darme como antídoto a mi credulidad y mi benevolencia. Ello es que hallándome una tarde en la librería de Zamora entró en ella un individuo, deslabazado de figura y mugriento de traje, cuya cabellera y bigotes daban indicios de hallarse divorciados del peine, y cuyos pantalones con flecos debían de haber servido a un militar, pues ostentaban hacia las costuras unas tiras o franjas de color más oscuro que el resto. El individuo en cuestión saludó afectuosamente al librero, clavó en mí una mirada impertinente y se puso a hojear los papeles y libros que llenaban parte del mostrador. Yo seguía con curiosidad sus movimientos, y sin saber por qué me estremecí cuando le ví coger el prospecto de "Fray Chirimiqui".

—¡Hola!—dijo con voz aguardentosa—, ¿periodiquito tenemos? Oye, Pepe, ¿de dónde y de quién viene este papelucho?

—Pues, chico, no lo sé—contestó el librero—; creo que es anónimo, pero léelo y dime lo que te parece.

—¡Voy allá! Así como así, no tengo nada que hacer y puedo echar un rato a perros.

Quise aprovechar el momento para marcharme, pero Zamora con un guiño y una sonrisa me detuvo. El lector se acercó a la puerta buscando luz, pues parecía andar tan mal de vista como de ropa, y de pronto, y a continuación del más expresivo de los ternos, exclamó:

—¿Quién es el que ha escrito aquí estas octavas reales, si no he sido yo?

—¡Ah! ¿No fuiste tú? Pues no siendo tú, ¿quién será?—murmuró el librero con sorna.

—Cualquiera que sea, merece ser amigo de Fernández y González.

Sentí que una ola de alegría se desbordaba en mi pecho, y no como una explosión de vanidad, sino como un himno de gratitud brotaron de mis labios estas palabras:

—No se lo diga usted a nadie, pero el autor de estas octavas que han tenido la fortuna de agradar a usted soy yo, Sr. Fernández y González; yo, pobre versificador, que me honro saludando al gran poeta.

—Pero de veras, ¿tú has escrito eso, muchacho?—gritó Fernández y González, poniendo sus dos manos sobre mis hombros.

—Sí, viejo, sí; yo lo he escrito—contesté, haciendo esfuerzos para no soltar la carcajada.

—Pues tú eres mi amigo, y para sellar esta amistad vamos a tomarnos juntos una copa de ron, y me dirás cómo te llamas.

Y agarrados del brazo fuimos a dar en un café de la calle de Mesones.

Así conocí yo a Fernández y González, y así empezó nuestra amistad, que ha durado más de cuarenta años, sin que en tan largo período el exceso de confianza haya hecho disminuir un ápice mi profunda admiración hacia él.

Ni serán éstas las únicas líneas que le consagre; retratado

lo hallaréis de cuerpo entero cuando me toque describir aquella singular agrupación artístico-literaria, que ha pasado ya a la historia y que se llamó la "Cuerda Granadina".





X

En Granada.—Un estudio de mujer.— Ronconi en la Cuerda.

UNA tarde de mayo, mientras yo revolvía libros y periódicos en el establecimiento tipográfico de los señores Astudillo y Garrido, situado al final de la calle de Mesones, en el viejo convento donde se hallaban las oficinas de Hacienda, detúvose a la puerta un precioso milord tirado por dos monísimas jacas, del cual descendió, con más donaire que majestad, según lo que alcanzamos a ver, una elegante dama que no tardó en penetrar en la librería, donde pudimos examinarla a nuestro sabor. Representaba unos cuarenta años, y a despecho de la edad, era esbelta y graciosa, constituyendo su principal atractivo un par de ojos negros y rasgados que iluminaban su faz morena con extraños y seductores reflejos.

Lo que más nos chocó en ella fué que llevaba chaleco y corbata de hombre, y en el chaleco, que era blanco, gruesas perlas por botonadura, y perlas también en la pechera del camisolín. Debió comenzar por entonces la aplicación al feminismo de la indumentaria masculina. La dama en cuestión habló algunos minutos con el dependiente; hizo apartar varios números de una revista de modas, escogió cinco o seis volúmenes de las últimas novelas francesas recibidas, y dejando sobre el mostrador una tarjeta que sacó de magní-

fica escarcela, le dijo con acento en que se mezclaban el andaluz y el inglés:

—Haga usted que lleven todo eso, con la factura, donde indican las señas; pero que no pregunten por el nombre ahí escrito, sino por madama Ronconi.

Hizonos al pasar un amable saludo, y volvió a subir al carruaje con el mismo donaire que bajó y la misma satisfacción para nuestros ojos.

Sonaba ya lejano el rumor del coche cuando Manuel Garrido, uno de los dueños del establecimiento, con el que me unía estrecha amistad por estar él encargado de las impresiones de Tesorería y yo de ajustarle las cuentas, me dijo poniéndome una mano en el hombro:

—¿Qué te parece, Manolito?

—Una jamona de las que están diciendo: comedme.

Garrido se sonrió con toda la malicia de un hombre que me llevaba treinta años y que había sido fraile en su juventud; después replicó:

—Lo mismo me ha parecido a mí desde el otro día.

—Pero, ¿qué? ¿Tú la conoces?

—Sé de ella lo poco que ha querido decirme.

—Cuéntame, Manuel, cuéntame: porque empiezo a sentirme curioso.

—Pues verás: hace dos o tres mañanas, y muy tempranito por cierto, entró aquí esa señora, que venía a pie, y que preguntaba las señas de dos o tres personas de la población. La hice sentar y se las dije. Con este motivo entablamos conversación. Le pregunté si era extranjera, y me contestó que era española y malagueña, pero que acababa de llegar de Londres; que tenía crédito abierto en casa de don Valentín Agrela, y que Diego Romera, a quien está muy recomendada, andaba en tratos para comprarle un carruaje bonito, pues ella no sabe andar a pie, y una bonita casa, bien en la ciu-

dad, bien cerca de ella, para habitarla con su marido, a quien aguardaba uno de estos días.

—Y ¿quién es su marido?

—Me lo indicó, y ahora lo ha confirmado con lo que ha dicho al dependiente; su marido es Jorge Ronconi, ese artista de fama universal que canta siempre en Inglaterra y en Rusia...

—Párate un poco, porque voy a rectificar. He oído a ese admirable artista en Madrid hace algunos años; pero me parece que estaba separado de su mujer a consecuencia de no sé qué escándalo ocurrido en París, y de que hablaron mucho los periódicos. Además, creo que su mujer es italiana.

—De cualquier modo; que tenga o deje de tener mujer, y que ésta sea definitiva o provisional, te aseguro me da lo mismo.

—Pues a mí no digamos. Pero por de pronto no estará de más saber cómo se llama. Mira, muchacho, dame la tarjeta de esa señora.

El muchacho me alargó la tarjeta, en la cual, grabado, y en finísima letra inglesa, se leía:

ANTONIA ONRUBIA NAVARRETE

y debajo, escrito con lápiz, y no buena letra: "Fonda de la Victoria. Puerta Real".

Quince días después de aquella visita y este descubrimiento, Jorge Ronconi, Antonia Onrubia, y Antonieta, su hija, niña de nueve o diez años, estaban instalados en un hermoso carmen, vecino a la Alhambra, y que por lo admirable de su situación fué bautizado con el título de Carmen de Buenavista.

En este risueño vergel, del cual tomó posesión por asalto la Cuerda, que halló en el artista insigne su jefe y señor na-

tural, es donde celebrábamos nuestras reuniones, donde recibíamos a cuantos viajeros ilustres pisaban la antigua corte de los Alhamares, lo mismo príncipes, como Adalberto de Baviera y Joinville, que pintores, como Antonio Brabo y González Bande; nobles y plebeyos, todos tenían allí los mismos derechos y la misma acogida, y ni Adalberto se desdendió de bailar el fandango, sirviéndole de pareja Ramón Entrala (la *l* y la *i*), ni Bande, cuyo genio hubiera llegado muy alto si la muerte no le cortara los vuelos, dejaba de contar entre sus mejores obras la balaustrada de madera que pintó de verde para el tablado en que ejecutamos la fiesta de su coronación.

Al recuerdo de tales días, a la reseña de tales fiestas, a la consagración de tales afectos hemos de dedicar algunas páginas, pero no será sin bosquejar antes el retrato de aquellas dos personas que al abrirnos las puertas de su casa nos abrieron también las de su corazón, y cuya memoria es hoy para el nuestro un verdadero culto.

La generación que no ha visto en escena a Ronconi en sus buenos tiempos, por mucho que presuma, no tiene idea de hasta dónde pueden llegar el dominio y los recursos del arte. Pequeño de cuerpo, muy rubio y muy azules los ojos, con una voz parda e insegura y desafinando a menudo, Ronconi solía decir alguna vez: "Yo he sido cantante contra la naturaleza y contra Dios." Y algo había de cierto en sus palabras. Sin embargo, a fuerza de voluntad y de talento logró trocar sus defectos en bellezas, llegando a ser en lo dramático y en lo lírico uno de los primeros, el primero quizá de los artistas de nuestro siglo. Aquella figura insignificante crecía hasta tomar proporciones gigantescas en *Nabuco*; aquella voz áspera y quebradiza sonaba dulce y patética en



María di Rohan; grave y terrible en *Rigoletto*; vibrante y regocijada en *Linda* y en el *Elixir*. Ronconi había inventado la manera de convertir una desafinación en un sollozo; de hacer que una nota chillona tomase apariencias de rugido; de encadenar el público a sus ademanes y a su gesto, en los cuales veía siempre reflejados el carácter, la pasión, la realidad del personaje que representaba.

Tal era el artista; el hombre valía mucho más. Gracioso y decididor como pocos, amable y simpático como ninguno, lo mismo se abrían sus labios a la burla que su alma al sentimiento y sus manos al beneficio. Solicitaba para todas sus empresas y expediciones la compañía de sus amigos; llevó a Londres a Mariano Vázquez, a quien colmaron de elogios músicos eminentes; Rodríguez Murciano y Pérez Cossío visitaron con él Valencia, Barcelona y otras poblaciones; yo mismo fuí su huésped en Biarritz algún verano, y tanto en las apacibles noches del Liceo como en los aciagos días del cólera, supo ocupar su puesto de honor, siempre al frente de la numerosa falange que, eterna enamorada de la alegría y la caridad, las proclamó desde su origen inspiradoras de la cuerda granadina.

No fué tampoco Antonia Onrubia una mujer vulgar. Para quererla y respetarla nadie le preguntó sus antecedentes. Era generosa y buena; creía a Ronconi un semidiós, y pagaba nuestro cariño con su agradecimiento. Aunque poco expansiva y en ocasiones demasiado impaciente a causa tal vez de su sordera crónica, tenía para sus amigos, cuando llegaba el caso, ternuras de madre y solicitudes de hermana; los que éramos jóvenes hallábamos en ella una consejera desinteresada; los de mayor edad una confidente inapreciable, cuando se trataba de guardar un secreto. Era, en fin, una

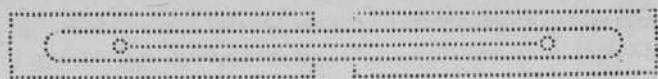
verdadera mujer de mundo: amante de la franqueza y divorciada de la hipocresía.

Según es uso y costumbre en las ciudades donde nada ocurre fuera de lo trivial y monótono, vivió al principio envuelta en una atmósfera de curiosidad, pero al segundo o tercer mes ya estaba aclarado el enigma. Los malagueños, inteligentes como nadie en cuestiones de contrabando, se encargaron de hacernos saber que Antonia había tenido en Madrid y en la calle de Carretas una casa de huéspedes bastante nombrada, por servir de albergue, y a veces de escondite, a hombres políticos enemigos de Narváez, que gobernaba, o hablando con más propiedad, que apaleaba liberales a la sazón, y que no contento con perseguir a los inquilinos, quiso un día fusilar a la patrona. En esta casa vivió Domingo Velo, ardiente patriota de los que se estilaban entonces, y a quien con razón o sin ella se supuso autor o cómplice del asesinato del general Fulgoso en la Puerta del Sol; allí también pasó largas temporadas Manuel María Hazañas, que debía más tarde ser diputado y director general de Loterías, gracias a las que derramaba en sus saladísimos cuentos, que alguna vez elevó a novelas, si bien la única que conozco, titulada "El capitán del bergantín Saeta", más que suya era de Pedro Alarcón, su amigo y paisano, pues ambos nacieron en Guadix, y pongo a Dios por testigo de que la calumnia, si lo es, no es mía.

Todo esto y mucho que callo nos contaron los malagueños; nosotros, los que pertenecemos a la Cuerda, sólo podríamos contar de Antonia rasgos admirables de abnegación y de interés en favor de los desgraciados y de los humildes; actos de ejemplar heroísmo y virtud, cuando Ronconi, pobre y paralítico, me decía, oyendo las músicas que acompañaban el cadáver de Gayarre: —¡Feliz él, que ha sabido morirse a tiempo!—Pero, ¡ay!, la Cuerda ya no existe; quedamos sola-

mente dos nudos: uno ilustre, aunque silencioso, que vaga de aquí para allá huyendo acaso de la fama que le busca, preguntándole por Fernández Jiménez; otro parlanchín y desenfadado todavía, a quien persiguen a guisa de acreedores tenaces los recuerdos, y que se considera dichoso por haber tenido, entre otras dichas, la de pagar la deuda de todos con Antonia, dándole pan para aliviar su miseria, consuelos para hacer menos amarga su última hora, y besando al morir su frente arrugada y marchita, donde el tiempo había escrito con su mano implacable: ¡Ochenta y seis años!





XI

La «Cuerda granadina».—Su origen y sus antecedentes.—¿Quién la bautizó?—Algunos bocetos que llegarán a ser retratos.—

La «Cuerda», en la opulencia.

Me propongo narrar, condensándola en algunos artículos, sin perjuicio de darle mayor extensión cuando estas páginas sueltas lleguen, si llegan, a convertirse en libro, la historia de un grupo de hombres que la casualidad juntó un día, y a los que debió Granada uno de sus períodos de más esplendor y brillantez, así en la literatura como en el arte. Estos hombres, ya casi en su totalidad desaparecidos de la faz de la tierra, si bien la mayor parte de ellos viven en la memoria y en el corazón de sus contemporáneos, se llamaron Fernández y González, Alarcón, Pablo Notbeck, Ronconi, Mariano Vázquez, Riaño, Moreno Nieto, Soler, Castro y Serrano, Sorokin, Pérez Cossío, Salvador de Salvador, Pineda, Julio Dutel, Entrala y Antonio Cruz, que con otros irán apareciendo en el curso de esta narración. Todos constituyeron los famosos "nudos" de la famosa "Cuerda granadina", nombre que aceptaron por cariño y gratitud al suelo que fué manantial de sus inspiraciones y teatro de sus aventuras y sus glorias, pues algunos—acaso los más—no habían visto la luz en Granada. Fernández y González era sevillano; Notbeck, ruso; Moreno Nieto, extremeño; Dutel, francés; Sorokin,

polacó; Pérez Cossío, cartagenero; Ronconi, veneciano; yo, catalán, y cada uno hijo de su padre y de su madre, como suele decirse vulgarmente.

Pero todos o casi todos éramos jóvenes; todos respirábamos aquel ambiente de poesía que parece flotar lo mismo entre las nieves de la sierra que en los jardines de la Alhambra, y yo, el más insignificante de todos, el único que con Fernández y Jiménez comparto la fortuna o la desdicha de haberles sobrevivido; al evocar estos recuerdos que más de una vez han de traer lágrimas a mis ojos, envío a la ciudad moruna, con el testimonio del amor que le profeso, los votos que hago por su prosperidad y su ventura.

Y ahora sepamos cómo se fundó la "Cuerda granadina".

Había en Granada por los años a que esta página se refiere, o sea hacia 1850, una pequeña iglesia de la cual tomaba nombre una calle pequeña también llamándose calle de Recogidas. En frente de esta iglesia se levantaba una casa de vieja construcción cuyo patio, espacioso y sombrío, alegraban el rumor de una fuente y los muchos cuadros de vivos y alegres colores alineados en las anchas galerías. Habitaba en ella una familia de cristianas y patriarcales costumbres, y aunque modesta, bastante bien acomodada. Uno de los hijos de tan excelente familia, el solo a quien hemos de seguir en su peregrinación por la vida, se llamaba Mariano Vázquez, y cuantos le conocían le auguraban un gran porvenir en el arte musical, pronóstico que no tardó en verse confirmado. No podíamos nosotros, muchachos entonces, apreciarle en su justo valor; hoy, remitiendo nuestro juicio al de muchos hombres de ciencia y de no pocos cantantes célebres, podemos asegurar que si hubo en su tiempo pianistas más nombrados y compositores más fecundos, no hubo quien le igualara en el dominio de los secretos de su arte, ni quien leyera como él a primera vista la más complicada partitura, ni quien la

interpretara en la orquesta con más exactitud y seguridad. El formó nuestro gusto en aquellas veladas caseras en que la reunión, bulliciosa y alborotada por lo general, oía con religioso silencio tan pronto las melodías de Schubert como las sonatas de Beethoven, y después de la música sagrada de Palestrina o del maestro Palacios, las óperas de Mozart, de Glück, de Paisiello, de Glinka, o los clásicos cuartetos en que Antonio Palancar mostraba su habilidad en el violín, o los improvisados coros que eran requisito indispensable en nuestras fiestas y expansiones. Toda esa jerigonza clásica que hoy deleita a los filarmónicos o a los que fingen serlo, la habíamos nosotros disfrutado y hasta profanado hace ya cuarenta años.

Y no eran sólo la música y el canto los que constituían el atractivo de nuestras veladas. El pintor que había terminado un cuadro lo llevaba a casa de Vázquez para que lo viéramos los primeros; el poeta y el autor dramático leían allí sus versos y sus comedias; era, en suma, aquella reunión lo que debieron de ser las antiguas Academias florentinas en el gran siglo de los Médicis. Lo único que faltaba a aquel grupo de soñadores, o de vagos, según la opinión de los que pasaban la vida jugando en el Casino, era un nombre, y esto había de dárnoslo pronto la casualidad.

Siguiendo la costumbre de ir juntos a todas partes donde tocaran a divertirse, ocho o diez de los nuestros fuimos al teatro una noche en que se estrenaba, si no recuerdo mal, un drama de Gómez Matute, no sé si "El Cuadrillero" o "Pedro Ponce", pero que el público esperaba con interés, pues verdaderamente tenían un encanto singular las producciones de aquel escribano que sabía sacar de entre el polvo de los protocolos y la prosa de los legajos caracteres llenos de pasión y de verdad y pensamientos como éste, que basta para retratar a un personaje:

Tan desdichado nací
y fué tan negra mi suerte
por dondequiera que fuí,
que ando buscando la muerte
y huye la muerte de mí.

Era grande la concurrencia y estrecho el callejón de las butacas, y al penetrar por él lo hicimos en fila y agarrados de la ropa, como si temiéramos perdernos. Entonces, de uno de los palcos plateas ocupados por señoras, salió una voz que, dominando los rumores de la sala, exclamó: "¡Ahí va la cuerda!"

Corrieron estas palabras de boca en boca, y quedó bautizada nuestra agrupación. ¿Quién fué la madrina? Nunca pudimos averiguarlo. ¿Lo fué, como dijeron algunos, la bella Sofía Valera, más tarde duquesa de Malakoff, que nos conocía y alternaba con nosotros en el Liceo, presentando lindos cuadros en las exposiciones? ¿Lo fueron las de Laín, las Dávilas, las Careagas, alguna de las jóvenes de aquella época, tan hermosas y tan discretas que ni viejas han dejado de serlo? Nuestras investigaciones duraron muy poco, porque el misterio, lejos de molestarnos, hacía más interesante y poético el incidente.

Una vez reconocida y proclamada la personalidad de la *cuerda*, no tardó ésta en ensanchar su esfera de acción y convertirse en elemento indispensable en todo y para todo. La *Cuerda* se presentaba en el Liceo, discutía o improvisaba en la Academia de Ciencias y Literatura, abastecía el teatro, dominaba en el periodismo, y desde los documentos oficiales hasta las "carocas" del Corpus, todo era obra de nuestra pluma o producto de nuestra actividad. Y aparte de estos trabajos que pudiéramos llamar serios, ¡qué de bromas agudas o picantes, qué de expediciones artísticas y de festines

babilónicos y de espectáculos no vistos ni previstos! Ya era una serenata a nuestras novias, precedidos por quince o veinte mozos de cordel que llevaban cuatro pianos en los que los maestros ejecutaban piezas selectas en medio de la calle, ya alegres y animados coros con letra de circunstancias felicitando los días a una persona de nuestro agrado; ya marchas triunfales como la organizada una noche a la salida del teatro en honor de un artista a quien llevamos a cenar a la luz de las antorchas a la Alhambra, metido en la desvencijada litera de "la Pata de cabra" y escoltado por todos nosotros, jinetes en sendos burros y ostentando en la diestra estandartes y lanzones de guardarropía.

Aún viven muchos de los que presenciaron tales cosas, y ellos pueden decir si es o no cierto que a la "Cuerda" se debió la segunda conquista de Granada. La primera había sido obra de la constancia y el valor; la segunda lo fué del buen humor y el ingenio. Nuestra popularidad llegó a ser tal, que hasta los alcaldes de los pueblos nos invitaban de oficio a sus fiestas, alojándonos en la Casa Ayuntamiento o en otra de las principales, y cediéndonos el primer lugar en todos los regocijos, excepto en las procesiones, porque ¡cualquiera obligaba a Fernández González o a Perico Alarcón a guardar la compostura debida en semejantes actos!

Y al lado de esto, ¡qué sesiones aquellas de la Academia, en que se debatían las más altas cuestiones filosóficas o científicas por oradores como Ortí y Lara, Moreno Nieto, Fernández Jiménez, Coca, Santuncho y tantos más! ¡Qué óperas cantadas por aficionadas como la Rigalt, la Castro, Prieto, Custodio Arboz y Rodríguez Murciano! ¡Qué comedias representadas por Matilde Acuña, Antonio Basco y Pepe Fuentes! Y callo las alabanzas a los poetas, por si alguien pudiera creerlas adulación a mis maestros.

Sin embargo, aún no había la "Cuerda" llegado a su

apogeo. Ciertamente es que tenía por escenario Granada y sus alrededores; pero su labor constante y oculta, lo que pudiéramos llamar su vida íntima, seguía encerrada en el vetusto y lóbrego salón de la calle de Recogidas. Además, la "Cuerda" era pobre. Con figurar en ella individuos pertenecientes a todas las clases sociales, apenas si llegaban a tres o cuatro los ricos. Lo era por su casa Antonio Cruz, cuyo padre poseía extensas propiedades en la provincia, siendo dueño también del edificio que ocupaba el Casino. Lo era, o lo aparentaba ser, al menos, Pepe Salvador, apoderado de varias casas fuertes, y que debía más tarde caer envuelto en la ruina de alguna de ellas; lo era Riaño, a quien asuntos comerciales llevaban a menudo a Londres, que desde niño conocía, probándolo con su absoluto dominio del baile inglés, en que fué una especialidad antes de serlo en las artes y las ciencias. Los demás, catedráticos unos, empleados otros, modestos industriales o hijos de familia, vegetaban o crecían, ya en la mediocridad y el regalo que están al alcance de muchos, ya en la privación y la estrechez en que se consumen no pocos. Pero tal era el espíritu fraternal que nos animaba, tal era el entusiasmo y el amor que sentíamos hacia lo hermoso y lo ideal, que ni la diferencia de caracteres, ni el dualismo en las opiniones, ni la pasión ni el interés lograron quebrantar la armonía de que dimos nobles y generosos ejemplos. En fin, y digámoslo de una vez hoy, que, conocidos todos y casi todos enterrados, pueden decirse estas cosas: la "Cuerda" fué una reunión de gente alegre y despreocupada, en la cual, con ser bastante numerosa, no hubo ni un tonto ni un malvado.

En breve la veremos en la prosperidad, y sabrán ustedes cómo y por qué llegó a tener un precioso hotel para recibir a príncipes y artistas, y a poder llamar al palacio de la Alhambra su quinta de recreo.



XII

Un príncipe artista y un artista príncipe.

I

EXISTE en el recinto de la oriental Granada, y en el camino que desde la fuente de la Bomba sube al palacio de los Alhambres, una alegre y elegante casa de recreo cuya posición, que domina toda la parte de la vega que se extiende entre Santa Fe y la Zubia y que abarca todas las montañas que la rodean, desde Sierra Elvira hasta el Cerro del Sol, la ha hecho digna de llamarse, y de mostrar sobre la puerta el título, grabado con oro en una lápida de mármol: Carmen de Buenavista.

Esta posesión, que no pertenece a ningún opulento aristócrata, ni siquiera a un propietario del país, es, sin embargo, la morada de un hombre ilustre, de un hombre distinguido por los reyes, celebrado por los sabios, querido por cuantos le conocen.

Durante algún tiempo aquella morada ha sido el centro de una juventud tan llena de esperanzas como de alegría, de una muchedumbre de poetas, músicos, pintores de todos los países, que han cruzado como meteoros brillantes por aquella atmósfera de delicias y de los cuales un pequeño número, fiel al suelo que los vio nacer, sostiene todavía con dignidad y talento la fama y la memoria de la "Cuerda granadina".

En aquellos jardines, hijos mimados de la primavera; entre aquellas fuentes, perpetuas arrulladoras del sueño; en aquel patio, sostenido por esbeltas columnas de jaspe, se han perdido las más sublimes notas, los más apasionados acentos que el genio de cien artistas ha regalado a la humanidad, y confundidos con ellos otros acentos y otras notas que la humanidad desconoce; fantasías de una hora, creaciones de un momento arrebatadas al nacer entre tempestades de aplausos, y desvanecidas entre carcajadas. Y todo esto sin interrupción, sin medida, sin término, sin que el telón cayera sobre el escenario más que el tiempo preciso para que se vistieran de baile los mismos que habían ejecutado el drama y el sainete.

Una noche, hace ya algunos años, la reunión se hallaba en todo su apogeo, y muchas circunstancias la hacían aparecer más alegre que nunca para la mayor parte. Granada había gemido durante largo tiempo bajo la mano terrible y asoladora de la epidemia; el aire no estaba purificado todavía, y en las calles y en los paseos se deslizaban de muchos ojos lágrimas furtivas al contemplar en abandono y soledad tantas casas, mansión en días no remotos de amores y regocijos.

Por eso en el carmen de Buenavista se respiraba con más libertad; los concurrentes se habían mirado unos a otros, se habían contado en la imaginación, y la suma era la misma de siempre; quizá alguno de ellos llevaba en su alma el dolor de la pérdida de un padre o de un amigo, pero era necesario no entristecer a los demás, y a ninguno le faltaba talento ni corazón para conseguirlo.

Ya hacía largo rato que se cantaba y se improvisaba en el salón; ya habían corrido de boca en boca cien cuentos y anécdotas de todas clases y colores; ya más de un estómago insaciable encarecía la necesidad del aristocrático jamón y

del popular gazpacho, con acompañamiento de piano y coros, cuando un criado, presentándose en la sala y desapareciendo poco después con su señor, vino a interrumpir la algazara y a animar con una esperanza los deseos de los más turbulentos.

El jefe de la reunión no tardó en presentarse, y no tardó tampoco un joven en pedir la palabra y exclamar, después de haberse esforzado por imponer silencio:

—Compañeros: un ilustre extranjero viene a visitarnos; que la "Cuerda" se muestre a la altura de su reputación y sus deberes y llegue a ser apreciada y conocida en Grecia y Alemania como lo es ya en Rusia, en Francia, en Inglaterra, en Italia y el Nuevo Mundo. He dicho.

Al acabar estas palabras, y en medio del orden, la atención y la curiosidad más completa, la puerta se abrió, y el extranjero, acompañado de otros varios, se presentó sonriendo en el salón.

II

Alto, rubio, de agradable y distinguida presencia, vestido con elegancia, pero con descuido, tal era el retrato del nuevo socio, al que seguían tres, extranjeros también, que le trataban con gran respeto y deferencia.

Vuelta la reunión a su curso ordinario, volvieron los cantos y las anécdotas, volvió la alegría y la animación, y pronto las carcajadas más naturales sucedieron a la seriedad forzada.

El extranjero se explicaba con claridad en español y correctamente en francés. Algunas palabras dichas al joven que estaba a su lado, y que era el mismo que pronunció el discurso, hicieron adivinar a éste la instrucción portentosa de aquél, y le obligaron a aceptar y sostener una conversación

literaria. El recién llegado conocía la literatura española de todas las épocas; los autores menos leídos de este país parecían serle familiares, y hablaba con entusiasmo de nuestra tierra, de nuestras costumbres, de nuestro carácter.

En cuanto a música, era algo más que un apasionado. Refería que en su país, en liceos y sociedades particulares, había desempeñado algunos papeles de bajo, y sus acompañantes aseguraban en seguida lo excelente de su voz y de sus facultades. Deseaba, y manifestó su deseo al joven con quien departía, adquirir todos los libros que acerca de Granada se hubieran escrito y publicado, para estudiar a fondo la historia de la ciudad morisca y abismarse en sus tradiciones; deseo que aquél cumplió en parte enviándole al día siguiente los tomos impresos del poema de Zorrilla que el extranjero ansiaba conocer, y que no tardó en cumplir del todo otro individuo de la reunión que poseía gran parte de aquellos libros y gran número de datos para descubrir los restantes.

Deseaba conocer nuestros cantos populares, y allí mismo, con la mirada tendida sobre la vega, cuyos ríos reverberaban al rayo de la luna, con el oído atento a los acordes de la guitarra, con la imaginación en su patria quizá, oyó el extranjero sentado al balcón las tristes y apasionadas canciones que el genio soñador y fantástico de los árabes ha dejado flotando bajo el cielo de Andalucía.

Luego, por un sentimiento espontáneo, unánime, al escuchar las primeras notas del fandango se improvisó uno tan alegre, tan ruidoso, tan "masculino", por decirlo así, animado por unas coplas tan nuevas, tan arrebatadoras, que todos los labios prorrumpieron en una aclamación de júbilo y todas las manos, incluso las del forastero, que habían llevado el compás, como es costumbre, se unieron para formar el aplauso más nutrido de cuantos habrá escuchado la Al-

hambra, desde el que darían sus conquistadores al ver la enseña vencedora tremolada en sus muros por la mano del conde de Tendilla.

Poco después un criado vino a anunciar que era hora de trasladarse al comedor, y los mantenedores y testigos de la zambra se dirigieron allá, llevando a su cabeza al extranjero y a los dueños de la posesión. No fueron todos, sin embargo. Al cruzar por delante de los jardines, escasamente iluminados por la luna, cuatro o seis jóvenes se deslizaron entre los árboles y desaparecieron en la oscuridad. ¿Cuál era su intento? Oíd.

Habría pasado media hora escasa, y los convidados abandonaban el comedor en el mismo orden con que entraron. Pero al abrirse las puertas que daban al jardín, un grito de admiración y asombro, de sorpresa y alegría rasgó los aires, dejando al extranjero atónito y embelesado con lo que veía. Más de mil luces y farolillos de colores colgaban de los troncos, brillaban entre los rosales y las dalias y reflejaban en el mármol de las fuentes que sueltas y bullidoras corrían, elevando sus surtidores hasta las hojas de los árboles frutales. Apenas se comprendía tal mudanza en tan poco tiempo, y sólo los muy iniciados en el secreto procuraban convencer a los demás, afirmando que en un cuarto de la casa había una fábrica de farolillos de papel de color, que servían en las innumerables fiestas que allí se celebraban diariamente.

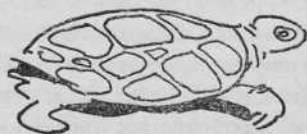
Ya la campana de la Vela sonaba anunciando las altas horas de la noche cuando el extranjero decidió retirarse, no sin haber antes felicitado a la reunión y pintado el placer de aquella noche, que nunca olvidaría. La "Cuerda granadina" saludó también con cariño al extranjero, y por su parte no le ha olvidado.

¿Queréis saber ahora quiénes eran las personas que más hemos dado a conocer en este episodio?

Pues bien: el extranjero vive hoy entre nosotros, y toda la corte le conoce por el príncipe Adalberto de Baviera.

El dueño del carmen de Buenavista, el presidente de aquella sociedad de artistas y poetas, tiene un nombre europeo: se llama Jorge Ronconi.

Y el más insignificante de aquellos jóvenes, el que pronunció el discurso y el que tuvo el gusto de dar a conocer al príncipe el poema de Zorrilla, es el mismo que desentierra hoy de entre el polvo de los recuerdos esta alegre página de su juventud.





XIII

Otra vez la «Cuerda».—La alianza curdo-rusa.—Una tortaleza imaginaria y un capitán de llaves real.—Episodios.

NO por haber invadido la "Cuerda granadina" el carmen de Ronconi, dejó ésta de seguir reuniéndose y funcionando en el vetusto y sombrío caserón de la calle de Recogidas, donde tuvo su cuna. Situado aquél en la Alhambra, y éste en la ciudad, uno el lugar de las comidas campestres, de las solemnes recepciones, de los festejos oficiales por decirlo así; y otro el laboratorio de las bromas, el teatro en que diariamente se ensayaban lo sublime y lo absurdo, lo más clásico del arte musical y lo más chabacano de la bufonería; el "Pietà, Signore" y la Atala; coros y romanzas de zarzuela traducidos al latín, y recitados y coros de ópera con palabras españolas puestas a razón de sílaba por nota, pero sin pizca de razón.

Y por si no era bastante la suma de gracia, de desenfado, de buen humor con que contribuíamos al acervo común, vino a nosotros cuando menos lo esperábamos y de donde nadie lo esperábamos, desde las estepas de Rusia, en que parece debe ser todo melancólico y frío, un hombre prototipo de la buena sombra, de esos que nacen predestinados al bien porque llevan en su corazón, en su carácter y en su bolsillo la felicidad, la alegría y la abundancia. Este hombre se

llamaba Pablo Notbeck. Era joven, opulento y artista. El recurso que empleó para darse a conocer de la sociedad de Granada será la mayor demostración de su ingenio.

Corría el carnaval de 1852, y los salones del Casino rebosaban de gente. Se celebraba un espléndido baile de trajes, y todas las muchachas bonitas de la población, que no eran pocas, y todos los galanes más o menos feos, que eran muchos, habían acudido a la fiesta, luciendo aquéllas sus rostros encantadores y sus caprichosos disfraces, y éstos lo que cada cual podía lucir buenamente. Hallábase el baile en su período máximo de animación cuando, abriéndose camino entre los grupos, se presentaron dos nuevos personajes, atrayendo, desde luego, las miradas, tanto por lo pintoresco de su indumentaria como por ser absolutamente desconocidos. Hablaban además entre sí, según se dedujo de expresiones cogidas al vuelo, un idioma extraño, que no era de los que allí se oyen con frecuencia a los numerosos extranjeros que visitan la ciudad. El más elegante de los dos y que parecía tener cierta superioridad sobre el otro, vestía un traje por el estilo de los que usan los postillones italianos, pero más militar y más repleto de bordados y de galones; el de su compañero, menos vistoso, semejava a los que lucen en días de gala los artistas de circo, y en los que no faltan la charolada bota ni la rica pasamanería. El primero llevaba suspendido del cuello por una correa un portapliegos o cartera de tafíete rojo con grandes iniciales doradas; el segundo, una corneta de caza pendiente de un cordón de seda sujeto a la cintura.

Todo el mundo se preguntaba quiénes eran y qué iban a hacer allí aquellos hombres, y no tardó en saberlo todo el mundo al ver al de la cartera ir pasando delante de las señoras y señoritas más linajudas y más bellas, y decirles en una jerga que tenía su miajita de español: "Señora, soy un

correo que acaba de llegar de Rusia y traigo esta carta para usted."

Dicho lo cual abría la cartera y sacaba un pliego lacrado, en cuyo sobre iba escrito el nombre o el título de la dama. Cuando después de haber dado algunas vueltas por el salón y haber repartido toda la correspondencia desaparecieron confundiéndose en la multitud el correo y su acompañante, un mismo sentimiento de curiosidad movió la mano de jóvenes y viejas, y los sobres fueron abiertos. Cada uno encerraba un "vale", con el cual podía recogerse en las tiendas más lujosas, en las confiterías más acreditadas, en los almacenes mejor surtidos, ya un objeto de arte, ya una caja de dulces, ya una estampa, ya un libro, sin más que la presentación. La galantería de Pablo, el ruso, fué desde entonces proverbial en Granada.

Con él vivían en la fonda de San Francisco, única existente por aquel tiempo en el recinto de la Alhambra, su compañero de baile Eduardo Sorokin y el arquitecto francés Julio Dutel. Sorokin, conocido entre nosotros por el maestro "Qué importa", pues tales fueron las solas palabras que llegó a pronunciar claro en castellano durante muchos meses, era un pintor de gran talento, inimitable en copiar los efectos de luz e insustituible como bebedor de cerveza. Julio Dutel, *Agosto*, era también artista distinguido, y uno de los que mejor comprendieron y estudiaron la arquitectura árabe. En cuanto a Pablo, o sea el maestro "Brique", llamado así por el amor que tenía a los ladrillos, llevaba a Granada el encargo del Emperador de levantar el plano de la Alhambra y reproducir con toda exactitud hasta los menores detalles de su ornamentación para las obras que pensaba hacer en el Palacio de Invierno.

Y véase por dónde vino a ser el alcázar de los Alhamares la casa de recreo de la Cuerda. Aunque perteneciendo al

Real Patrimonio, la Alhambra estaba considerada como fortaleza, y tenía un capitán de llaves que a cierta hora de la noche cerraba las puertas y se dormía soñando tal vez en que de militar retirado, con un haber que no pasaría de diez reales, iba a convertirse en aliado y protector de la Rusia. Costó poco trabajo convencerle de que más que los suyos podrían nuestros cuidados hacer inexpugnable la fortaleza, por la cual velaríamos a todas horas, y su mismo restaurador, Rafael Contreras, con su propósito de edificar una casa de murallas adentro que él habitaría, facilitó nuestra demanda. El capitán de llaves no perdió nada con dejarnos entornada la puerta, y el histórico monumento ganó mucho con las continuas visitas y las investigaciones de personas como los maestros Riaño, Moreno Nieto, Pablo y otros tan entusiastas si no tan inteligentes, que no dejaron una inscripción sin leer, ni una buhardilla o hueco sin escudriñar. Entonces fué cuando se descubrió el cuarto de los baños; cuando se recompuso y se afirmó, librándole de próxima ruina, el techo del salón de Embajadores, en cuya estrella central, donde convergen las estalactitas de la bóveda, se inscribieron los nombres de todos los individuos de la Cuerda; cuando se restauraron las pinturas ya casi borradas; cuando la actividad y el interés sustituyeron al abandono y a la falta de recursos que imposibilitaban toda mejora.

Lo único que con nuestra presencia huyó de aquellos lugares fué la tranquilidad. Los ancianos de Granada recordarán aún haber oído hablar de las danzas de antorchas a la luz de la luna en la plaza de los Aljibes, que pusieron en conmoción a unas monjas del Albaicín, las cuales denunciaron el suceso al gobernador, creyéndolo obra de duendes y fantasmas; de las fiestas reales en honor de los viajeros ilustres, que duraban tres días con sus noches, y en que había certámenes, iluminaciones, becerros, banquetes, serenatas y ti-

ros; de los ponches rusos que preparaba Pablo llenando de ron un enorme caldero, sobre el que colocaba cuatro o seis espadas antiguas, cuyas puntas sostenían un pilón de azúcar, y sentándonos todos alrededor, y después de pegar fuego al líquido, iba corriendo de mano en mano el jarro de metal lleno de ponche, hasta quedarnos dormidos en el suelo, figurando una estrella al fulgor de las últimas llamaradas azules.

Indudablemente era un hombre singular aquel don Pablo, como le decían los gitanos, que le veneraban más que a un rey. Una mañana, al subir la escalera de la fonda, notó que en el muro había empotrado un capitel árabe; llamó al dueño, y como éste se negara a vendérselo, y la escalera estuviese ya vieja y deteriorada, le propuso hacerle una nueva a cambio del capitel, y se la hizo. Del mismo modo, y aprovechando una carga de ladrillos que a guisa de tarjetas le enviarnos sus colegas y admiradores con ocasión de festejar su santo, fabricó en su alcoba una chimenea cuya tabla de mármol tenía grabado en letras de oro el nombre de Pepe Salvador.

Antojósele un día de Reyes celebrarlo al estilo de su país, y mandó traer del bosque inmediato el árbol de Noel. Pero sus ramas habían tomado tal desarrollo, que sólo derribando los pisos superiores pudo ser plantado en el piso bajo.

Tamaña libertad de acción ejercitada en un establecimiento público, parecerá inverosímil, y sin embargo no lo es. En la fonda de San Francisco apenas podían alojarse nueve o diez huéspedes, y dada su situación y su buen trato, la cifra estaba siempre completa. Habitábala entonces, con nuestros tres amigos, una familia inglesa que pasaba allí larga temporada. Mas tal fué el estrépito que armamos una noche de fiestas reales, que la numerosa familia, en la que sólo había un varón, tuvo que abandonar el lecho y salirse al campo a la misma hora y en el mismo traje que hubiera salido a

ver amanecer en el Righi. Hubo, como es natural, reclamaciones y quejas; el propietario habló mucho del crédito de la casa, pero como más que nadie comprendía las ventajas del desorden, acaso por primera vez en sus contiendas Inglaterra fué sacrificada, viniendo Rusia y España a un convenio según el cual no se admitirían allí en adelante más viajeros que don Pablo y sus amigos. Véase por qué cuando nos estorbaba suprimíamos el piso de las habitaciones.

Pero aunque viviendo en esta broma, no descuidábamos el estudio del arte y el cultivo de la literatura. Dirigía Rafael Contreras el periódico *La Constancia*; dirigía yo *El Granadino*; Perico Alarcón, deteniendo un poco su vertiginosa carrera, trasladaba de Cádiz a Granada *El Eco de Occidente*; escribía Fernández Jiménez su drama *Ivon el Sepulturero*, cuyo título se convirtió para él en mote; coleccionaba el abate Pipicue, vulgo Soler, sus "tradiciones granadinas"; daba principio Castro y Serrano a *La Cura de los Deseos*, novela que no llegó a concluir, y Fernández y González, y Pepe Luque, y hasta Maximiano Angel, que años después logró ser honra de la Iglesia y morir casi en olor de santidad, no diré yo que hicieran gemir, pero sí rechinar las prensas con lo variado y ameno de sus producciones. ¡Y todavía nos sobraba tiempo para amar y, ¡ay!, para ser amados!

En alguna de nuestras fiestas tomaba parte el bello sexo, representado por las más discretas damas de la buena sociedad. Guardo memoria de la merienda con que el Ruso las obsequió una cruda tarde de invierno, a fin de que gozaran del espectáculo de contemplar desde los Mártires la vega cubierta de nieve. Hacía un frío de mil demonios; pero el que nos produjo la contemplación lo disiparon bien pronto la merienda y el baile. Era ya muy entrada la noche cuando las invitadas decidieron volver a la ciudad, pero ¿cómo? El

paso por las alamedas de la Alhambra estaba prohibido a los coches, que solamente llegaban a lo alto de la calle de Gomeles, y en los paseos no había alumbrado de ningún género. Afortunadamente, ni Pablo ni nosotros éramos de los que se dejan imponer por el obstáculo. Dos o tres días antes, y bajo la dirección de Sorokin, se habían construido en un cobertizo de las cercanías cuatro o seis trineos, que probamos la tarde anterior, y que tirados por mozos escogidos al efecto, salvarían en breve y sin peligro alguno las vueltas y revueltas del bosque, dejando a las señoras en la Puerta de las Granadas, donde tenían dispuestos carruajes. Además decidimos escalonar en el trayecto muchachos provistos de hachas de viento, de las cuales, lo mismo que de faroles, banderas y cohetes, teníamos depósitos por mayor. La sorpresa de las damas cuando se vieron al aire libre y en disposición de desafiar la nieve, no tuvo límites. Lanzáronse revueltas a los trineos, y nosotros asiendo las cuerdas fuimos los primeros en ganar a la carrera aquellas pendientes, no ya satisfechos, sino orgullosos con tan preciosa carga. Uno solo de los trineos, el que guiaba el maestro Pablo, y que conducía cuatro viajeras tan distinguidas como hermosas, volcó por torpeza de sus conductores, dando con ellas en la nieve.

Gracias a la blandura de la alfombra no sufrieron el menor perjuicio; mas al volver a ponerse en marcha el trineo, Pablo tropezó con un objeto, que se guardó apresuradamente. Era un zapato. No pudo descubrirse su dueña, pero puede jurarse que poseía los pies más bonitos que han llevado el cuerpo de una mujer. El Ruso se enamoró de aquella prenda, y por espacio de muchos meses anduvo como loco en busca de la "horma de su zapato".



XIV

Jorge Ronconi y la Cuerda granadina.— Recuerdos íntimos.

PLUMAS mejor cortadas que la mía y entendimientos más avezados a penetrar y comprender los misterios y las bellezas del divino arte de la música, han rendido ya tributo al genio que tuve la dicha de conocer en el apogeo de su gloria, y al que, con lágrimas en los ojos, he visto morir hace poco en la miseria y el olvido.

No voy, pues, a tratar del artista eminente con el cual desaparece el último anillo de aquella cadena de cantantes insignes que se llamaron Mario, Lablache, Tamburini, la Persiani, la Alboni y Tamberlick; astros todos de primera magnitud, con cuyo eclipse coincide el de una escuela que no diré fuera mejor o peor, pero sí completamente distinta de la actual, en que se atiende más al efectismo que a la verosimilitud, procurando deleitar antes que conmover. Mi objeto es ocuparme de Ronconi como hombre, y evocar a la vez que su recuerdo el de otros hombres y otros tiempos que a medida que se van borrando de mi vista parece que se detallan y se esculpen con más fijeza en mi corazón.

Fué por los años de 1850 cuando Ronconi llegó a Granada, con el deseo y el propósito de establecer en esta capital sus cuarteles de invierno, y buscar en ella descanso y alivio

a disgustos y contrariedades domésticas, ya que no a fatigas artísticas y dolencias imaginarias. Dueño de una buena fortuna, halagado por el cariño, y en disposición todavía de dedicar algunas temporadas a cumplir sus compromisos con Inglaterra y Rusia, cuyos teatros se lo disputaban y de cuyos públicos era el ídolo, Ronconi se hizo propietario de un carmen en el sitio más pintoresco y accidentado de la Alhambra, llamado por su posición carmen de Buenavista; y la tranquilidad y el contento se encargaron de presidir aquel hogar, a cuyo dulce calor volvieron a renacer para él las gratas satisfacciones de la familia, que apenas había conocido.

Pero esto no bastaba: en medio de todas sus felicidades y grandezas, Ronconi, acostumbrado a tratar de igual a igual a los reyes, se consideraba como un rey destronado; carecía de una corte, y la Providencia, el destino, la casualidad, aquello que ustedes prefieran, se la deparó, tal como no la soñara el más antojadizo; como, de seguro, la desearían bastantes poderosos de la tierra. No fué rey de un Estado, ni siquiera de una comarca: fué simplemente rey de una tribu; fué, por derecho propio, por aclamación unánime, por entusiasmo y afinidad mutuos y espontáneos, presidente de la Cuerda granadina.

Varias veces, y con motivos varios, habrán ustedes oído hablar de esta Cuerda, y sin embargo, cualquiera que pretendiese averiguar su origen y su historia, no hallaría sobre el particular más que algunos datos incompletos. Mientras esa historia se escribe, que bien lo merece aunque sólo sea para hacernos olvidar otras historias, creo llegado el momento de satisfacer la curiosidad de más de cuatro diciendo algo de lo mucho que pudiera decirse y se dirá algún día de la Cuerda.

Hace cuarenta años, Granada conservaba aún, lo mismo en los trajes que en las costumbres, el carácter típico que en vano busca hoy el viajero que recorre nuestras provincias. No había reja sin enamorado, ni fiesta sin manzanilla, ni señorito sin navaja. Se llevaba hasta en el frac, en un bolsillo estrecho y hondo disimulado bajo la solapa izquierda, lo cual he visto reproducido más tarde en Montevideo, donde el cuchillo y el revólver son acompañamiento indispensable de la persona. Surgía un matón al doblar cada esquina, y los nombres de Almendrica, el Vidriero, Lenteja y tantos otros, eran pronunciados con terror por las gentes sensatas, y con respeto por el vulgo. Exceptuando las reuniones de etiqueta, se iba a todas partes de capa y calañés, y ¡Dios me lo perdone! recuerdo haberme presentado con este disfraz al señor Obispo de la diócesis, una vez que me llamó para pedirme que rectificara *El Granadino* ciertas noticias que había dado referentes a la sustracción de varias alhajas de la Catedral.

¿Cómo en el seno de un sociedad constituída de esta manera, en medio de los halagos que la vida de crápula y materialismo ofrece a la juventud, pudo formarse aquel núcleo de muchachos alegres, sí, pero soñadores, que prefirieron el salón del Liceo a la bodega del montañés, las discusiones de la Academia de Ciencias a la crónica del Casino, y llegaron a atraer todos los elementos activos, inteligentes y discretos del país, cambiando en breve plazo su modo de ser, y convirtiendo aquella ciudad, que vegetaba a la sombra de sus ruinas, en un emporio de animación, de cultura y de renacimiento? Enigma es este que podría aclararse a fuerza de profundizar en él; yo me contento con señalarlo, persuadido de que más que otra cosa fué la espontaneidad de los pocos años y el *polen* poético que por aproximación se comunicó de unos a otros, lo que más parte tuvo en el

milagro. Yo no conocía apenas a Fernández y Jiménez, cuando representamos juntos *Pascual y Carranza*; nuestro cariño, que nació en la escena del teatro, no perdió nada de su intensidad al pasar a la escena del mundo. Lo mismo debió suceder a los demás. En el engranaje de la simpatía, cada rueda funciona aisladamente, pero todas se ayudan, se necesitan y se completan.

Había yo llegado a Granada por entonces, y mis aficiones literarias, alimentadas en Madrid por Florentino Sanz, los Asquerinos, García Gutiérrez y otras notabilidades, de las cuales me juzgaba discípulo y resulté amigo, hicieron que inmediatamente después de la Alhambra y Generalife, visitara las librerías. Tropecé en la de Zamora con Fernández González, y una simple presentación cimentó nuestras fraternales relaciones. Iban allí también Salvador de Salvador, tan elegante y atildado en su persona como en sus escritos, y a quien han matado hace poco la ingratitud de la suerte y acaso alguna más; José Jiménez Serrano, cuyas frecuentes escapatorias desde Jaén, donde residía, aumentaban el caudal de su erudición sin disminuir el de su grajeo; Antonio Gómez Matute, a quien Dios había hecho poeta y la necesidad escribano; fantasía poderosa de autor dramático para quien eran estrecho molde los bastidores, y muchos otros ya desaparecidos del mundo y que irán apareciendo en estos apuntes. Hasta en la oficina de mi padre, y entre la prosa de los cargaremes y las cartas de pago, encontré estímulos para seguir mi vocación, en la fácil y chispeante vena de Moreno González, y en el amor al estudio de que ya daba muestras Manuel Góngora, explorador afortunado después de las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*.

Juntos a todas horas en tertulias, espectáculos y paseos; colaborando en los mismos periódicos; cultivando idénticas aficiones; éste la pintura o la música, aquél la ciencia o la

poesía, no tardamos en sentirnos unidos por estrecho y fuertísimo lazo, que tal vez no hubiera tenido nombre a no habersele ocurrido a una dama tan ilustre como hermosa exclamar cierta noche en que penetrábamos ocho o diez formados en hilera por el callejón de butacas del teatro para asistir al estreno de la obra de un camarada: —¡Ahí va la Cuerda!— Aquella frase fué la partida de bautismo de nuestra asociación.

Ya en adelante no hubo acontecimiento en Granada, no hubo trabajo, no hubo diversión en que la Cuerda no desempeñara el papel principal, mezclando lo agradable con lo útil, y sacrificando más de una vez a la utilidad el agrado, Poetas en el Liceo, oradores en la Academia, caudillos en los motines, sepultureros en el cólera, y siempre unidos, animosos y alegres, constituíamos una falange cuya importancia pueden atestiguar los restos que se conservan en pie. Cayeron, es verdad, los más valerosos campeones; no vibran ya en el viento las estrofas de Fernández González, ni la elocuencia arrebatadora de Moreno Nieto, ni el estro apasionado de Salvador; no deleitan el oído las notas ni los cantos de Ramón Entrala, Antonio Cruz y el archivero Esteban; no se animan los lienzos bajo los pinceles de Sorokin, Vázquez Sidonia y Pepe Bande; no hace ya figuras de barro Antonio Marín, ni ponches Pablo Notbeck, ni conquistas Pérez Cossío, ni ditirambos Pepe Luque; sepulturas cada vez más compactas y numerosas nos devuelven el eco de nuestras carcajadas, pero conservan su memoria las floridas riberas del Genil o las heladas orillas del Newa; sus altos pensamientos y sus peregrinos chistes se escuchan aún con admiración o regocijo, y los genios de la Alhambra, al recorrer en sus nocturnas excursiones los aposentos vacíos y los jardines abandonados, se preguntarán, sin duda,

suspirando más de una vez: “¿Qué habrá sido de aquellos locos?”

Por unanimidad, como hemos dicho, fué elegido Ronconi presidente de la Cuerda, aplicándosele, ipso facto, y según era de rigor, el significativo mote de “Ropones”, no sólo teniendo en cuenta la asonancia, sino porque tal apodo llevaba un “cantaor” popular, ya retirado por haberse bebido la voz, y a quien en sus frecuentes borracheras hacían coro los granujas de la calle. Esto de los motes era de lo más característico de la Cuerda. Los había simbólicos y gráficos: Casielles, que fabricaba pianos, se llamó el maestro “Tecla”; Pablo Jiménez debía el distintivo de “Velones” a dos colosales de bronce con mecheros en forma de cabeza de león, ornamento preciado de su botica; llamábase “Londón” a Juan Riaño por sus frecuentes viajes a Inglaterra; “Agosto” al ingenioso ruso Dutel, en vez de Julio; “Ocasión” a Gaspar Méndez por la magnificencia de su calva, y por ser así como la pintan; “Malipieri” a Rodríguez Murciano por haber cantado en no sé qué ópera la parte de este personaje; “Barcas” a Eduardo García Guerra, aludiendo a los enormes zapatos que usaba, y a sus pies, más grandes aún que sus zapatos; y “Alcofre” a Pedro Alarcón, “Majoma” a Contreras, “Abate” a Pepe Soler y “Quebraor” a Manuel Fuentes por similitud de palabras, afición a ciertos estudios, particularidades de carácter o mala sombra para el manejo de cosas quebradizas.

Los tres centros principales de reunión de la Cuerda eran el carmen de Ronconi; la fonda de San Francisco, en la Alhambra, que llegó a habitar sólo nuestro vicepresidente Pablo “el Ruso”, a consecuencia de unas fiestas reales que duraron cinco o seis días con sus noches, y en que nos ven-

gamos en los ingleses de la derrota de Trafalgar; y el saloncito bajo de la calle de Recogidas, donde Mariano Vázquez (*el maestro Puerta*) nos inició en los misterios de la música clásica, convertida más de una vez en profana, merced a los atrevidos arreglos y ridículas parodias de las cuales formamos un escogido, variado y ameno repertorio.

Durante esta época de la Cuerda, cuantos príncipes, artistas y viajeros ilustres pasaron por Granada fueron nuestros huéspedes, mereciendo no pocos los honores de ser recibidos en la Asociación con ceremonias en que lo grandioso se mezclaba a lo burlesco. De alguna de tales fiestas se publicaron relaciones en libros y periódicos, y yo mismo tengo idea de haber descrito en un artículo la que ofrecimos al príncipe Adalberto de Baviera, quien, con la emoción más profunda, nos aseguró al despedirse que aquella noche había sido la más agradable de su vida.

Desgracias de familia en unos, noble anhelo de prosperar y distinguirse en otros, pusieron fin a esta campaña de alegría y fraternidad, reduciéndose la Cuerda a fragmentos, y viniendo el mayor a parar en Madrid, donde no tardó en constituirse por agregaciones sucesivas otro grupo, cuya historia forma parte integrante de la historia literaria y artística contemporánea, en la que viven esculpidos los nombres de Ayala, Trueba, Bonnat, Luis Eguílaz, Pravia, Fernando Osorio, Pepe Selgas, Cecilio Pizarro, Gasset, Carlos Rubio, Cruzada Villaamil, Ricardo Ribera y muchos más, cuyos sepulcros adornan los linderos de nuestra vía Apia.

Muy pocos quedamos ya actores o testigos de las escenas de orgía y de ayuno pasadas en aquel risueño sotabanco de la plaza del Progreso esquina a Mesón de Paredes, en que tuvieron comienzo más de un idilio y desenlace más de un drama; hasta la pobre y santa mujer que, con apariencia

de ama de llaves, nos asistió como hermana de la caridad, y de cuya vejez hemos sido amparo y consuelo, duerme en la humilde fosa del cementerio del Este, a la que Pepe Castro Serrano y yo hemos acompañado pocos días hace.

¿Qué fué mientras tanto de Ronconi? Siguió siendo para todos sus compañeros de la Cuerda un amigo leal, y para algunos un protector generoso. Volvía a Granada el tiempo que le dejaban libre sus contratos en el extranjero; nos visitaba de cuando en cuando, o le visitábamos nosotros de paso para sus excursiones, y siempre bueno y caritativo, ya obtenía la cruz de Beneficencia por la creación en el cólera de una enfermería con cuarenta camas costeada por él, ya fundaba una escuela de canto que sostenía a sus expensas, y en la que desgraciadamente los disgustos excedieron a los resultados.

El robo y la quiebra del Monte de Piedad de Granada, donde tenía depositada una fuerte suma, y más tarde la boda en América de su hija Antonieta con un italiano, hombre de negocios y emprendedor, que no tardó en comprometer sus intereses, fueron los primeros escalones de la pendiente que estaba destinado a recorrer en sus últimos años el artista inimitable.

Vino a Madrid entonces, y los consejos de su íntimo amigo don José Salamanca, y el apoyo de Alarcón y demás compañeros de la Cuerda, lograron resolverle a quedarse aquí, alcanzándole una plaza de profesor en el Conservatorio, cuyo modesto sueldo acrecían las lecciones particulares que daba en su domicilio. Todavía en esta situación demostró su generosidad con un arranque que debía ser el postrero.

Como único resto de su fortuna guardaba Ronconi veinte mil duros, ahorrados en la isla de Cuba: un día recibe de

Italia una carta que le anunciaba la muerte de su hermano Sebastián, artista eminente también, y a quien amaba con delirio: su viuda y sus hijas acudían a él para que remediara su miseria; la respuesta fueron diez y seis mil duros: cuatro mil para la viuda, y otros cuatro mil para cada una de las hijas. Al dar cuenta a su mujer de lo que había hecho, exclamó: —Nosotros somos ya muy viejos, y no tenemos necesidades; con la cátedra y las lecciones nos bastará para vivir.

Pero detrás de esto llegaron nuevos infortunios y quebrantos domésticos: siete años de enfermedad y postración le redujeron al triste estado del paralítico, y aunque su cabeza se conservaba firme y no dejaba de dar lección a los alumnos de su clase, los particulares desertaron, los apuros crecieron... y la Sociedad de Escritores y Artistas, pagando con magnánima usura antiguas afecciones y desinteresados servicios, ha costado el entierro de Jorge Ronconi, del genio insigne, de quien pudo con razón decir el inmortal autor del "Barbero de Sevilla" y "Guillermo Tell", en un precioso autógrafo que conservo, y al pie de dos retratos que le representan en su infancia y en su decrepitud:

—"Natura il fece, poi ruppe la stampa."



XV

Todavía la Cuerda.—Algo de sus motes. Por qué me llamo yo «Fenómeno».—Un ciego que se pierde de vista.—Las cacerías de Riaño.—Un triste recuerdo.

MUCHAS veces, en los cincuenta y pico de años que hace se verificó la aparición de la Cuerda granadina en el más conocido y más vulgar, por tanto, de los planetas, he oído a damas y caballeros formular la siguiente pregunta:

—Esos motes, por los cuales, más que por sus nombres propios, son señalados varios de sus individuos, ¿qué significan?, ¿a qué obedecen?

La mayoría de los que los llevaron han muerto; somos dos o tres los que sobrevivimos, pero ni los vivos ni los muertos podrían dar a esa pregunta una contestación categórica. Yo voy a ensayarlo sin salirme del terreno de las conjeturas. La idea de que cada uno de los nudos de la Cuerda fuera designado por un apodo, debió de nacer espontáneamente y ser consecuencia inmediata de la misma índole de la agrupación. Constituída ésta a modo de hermandad, por el estilo de las que formaron los artistas en la Edad Media, y en las que cabían todas las clases, edades y temperamentos, fué preciso buscar un símbolo que borrara

las desigualdades y prestigios del nombre y de la posición, y nada mejor para ello que los mote. Así a Ronconi, eminente por su genio y su fortuna, se le aplicó el de "Ropones", famoso borracho que a la sazón compartía con "Lentejica" el imperio de la popularidad; se llamaba el "Maestrico" a Moreno Nieto, que podía ser maestro de tantas cosas; el "Poetilla" a Fernández González, a quien venerábamos como gran poeta; "Ocasión" a Gaspar Méndez, por lo que tenía de calvo; "Barcas", a Eduardo García Guerra, atendiendo a lo desmesurado de sus pies; y de este modo, humillando a unos, ridiculizando a otros, logramos llegar a la nivelación, y hacer que lo mismo el aristócrata que el plebeyo, el artista distinguido y el simple aficionado, fuésemos todos iguales, todos unos, todos amigos y compañeros de la Cuerda. En muchos casos, en la mayoría, el mote no pasaba de ser una puerilidad: titulábamos a Pérez Cossío el "Doctor Malatesta", por haber hecho este papel en una comedia de Enriqueta Lozano, representada en el Liceo; "Malipieri" era otro personaje en una ópera que cantó Rodríguez Murciano; Casielles llevaba el nombre de "Maestro Tecla" porque fabricaba pianos; Fernández Jiménez el de "Ivón", que el título de un drama patibulario que escribía; Pablo el ruso, el de "Brique", ya que como arquitecto gozaba andando entre ladrillos; Riaño, el de "Londón", por haberse criado en Inglaterra; y así, sobre poco más o menos, los otros, hasta venir a parar en mí, que con ser el más inútil de la familia, llevaba también con orgullo mi apodo de "Fenómeno". ¿A qué lo debía? Pues sencillamente a un don que me otorgó la naturaleza y del que apenas me quedan vestigios: don que acaso me hubiera servido de algo aplicándome a la industria o al arte, pero que sólo exploté en una ocasión, si bien con soberbio resultado; como que gracias a él me libré de la quinta, y merecía el

mote de "Fenómeno"; este don era una potencia visual maravillosa, que me permitía leer lo mismo al derecho que al revés; lo mismo en un libro puesto delante de los ojos, que a tres o cuatro metros de distancia; igual en una habitación casi a oscuras que a medio día, y después de contemplar el sol cara a cara durante unos minutos. Yo había hecho y mostrado a mis amigos mil y mil pruebas de esta facultad; había copiado a pluma láminas grabadas en acero; había escrito renglones que se cubrían con un cabello y que sólo se veían con el microscopio; todos hallaban el hecho sorprendente, pero nada más. Un médico fué el primero que le consideró por el lado práctico.

—Oye, Manolo, me dijo un día saliendo del café de Villaralbo, ¿es verdad que has entrado en quinta, y que te ha tocado la suerte?

—Número doce, para lo que gustes mandar.

—Pero ¿te librarás, por supuesto?

—No espero dar al país el triste espectáculo de verme cargado con el chopo.

—Ni tampoco a tu madre, el no menos triste de privarla de sus ahorrillos. No seas cándido y librate tú. ¿De qué si no te sirve esa vista?

Fué aquello un rayo de luz para mí. Consulté leyes, busqué datos, hice averiguaciones, y pocos días después, al recibir el aviso de presentarme en el Ayuntamiento para ser reconocido y filiado, dije, no sin cierto temor, a mi padre:

—Parece que el rey no puede pasarse sin mis servicios, y me llama a filas. ¿Piensa usted libramme?

—Hombre; yo por mí no lo haría, pero veo a tu madre tan preocupada...

—Y ¿qué le vendría a costar a usted eso?

—Creo que es cosa de seis mil reales.

—Y si yo le trajera a usted el certificado en toda regla

de haberme librado por inútil, ¿me daría usted dos mil para irme quince o veinte días a Madrid, donde, según me escribe Luis Eguílaz, va a estrenar una comedia?

—Puedes tenerlo por tan seguro como yo tengo lo tuyo por dudoso.

—Entonces, convenido, y adiós, padre, ¡hasta luego!

Cuando al oír en el Ayuntamiento mi nombre seguido de la declaración de quinto, me adelanté, pidiendo ser exceptuado por imposibilidad física, muchos del público se echaron a reír, reconociéndome por uno de los guasones de la Cuerda.

—¿Qué excepción tiene usted que alegar?

—La vista, respondí muy tranquilo.

—Acérquese usted, me dijeron, haciéndome subir a la plataforma que ocupaban autoridades y doctores.

Examinado por uno de éstos, oí que decía a sus compañeros:

—Aparentemente no se nota lesión alguna; probemos a ver cómo funcionan los órganos.

Dicho esto, abrieron y colocaron sobre la mesa un libro grande, que era por cierto la "Historia de los Reyes Católicos", y dándome unos anteojos me mandaron leer en alta voz.

Leí rápidamente y sin vacilar un largo párrafo.

—Basta; veamos con estos.

Leí lo mismo que con los otros.

Tres o cuatro veces se repitió la operación. Confieso que no siempre veía las letras del mismo tamaño, ni del mismo color; que a menudo me bailaban dentro de los ojos; pero con sorpresa y pasmo de los profesores, yo no interrumpí ni un instante la lectura. Ya al final, entre la apiñada muchedumbre, compuesta en su mayoría de gente del pueblo, sonaron estas o parecidas voces:

—¡Pobrecito! ¡Libre, libre! ¡Está ciego!

Salí de allí con mi certificado de libertad.

Pocos días más tarde salí también de Granada para Madrid, donde sólo estuve una semana, teniendo la dicha de asistir al estreno del *Alarcón*, de Eguílaz. Corta fué la duración de los dos mil reales; pero debo decir, en descargo de mi conciencia, que gasté gran parte de ellos en avíos de fumar, mi pasión más reciente por entonces. En el café de la Esmeralda llegaron a llamarme “el hombre de las petacas”.

* * *

A todo esto la Cuerda seguía funcionando, y ya en serio, ya en broma, daba a cada momento señales de su actividad. Tanto en las discusiones de la Academia de Ciencias y Literatura, unida al Liceo, y que hacen época en su historia, como en las Veladas poéticas con que alegrábamos los días de fiesta el vetusto y sombrío salón de Santo Domingo, ya se tratara de una solemnidad artística, ya de una cuchipanda patriótica, allí estábamos nosotros, con más o menos dinero algunos, pero ricos todos de ingenio y buen humor. Las fiestas íntimas, especialmente, eran deliciosas. ¡Cuántas noches de luna nos vieron pasar los desvelados vecinos de la Cuesta de Gomeles, jinetes en sendos burros, y perdernos en las encrucijadas de la calle de Elvira hasta dar en el Triunfo, donde nos esperaba bullicioso tropel de “cantaores” y “cantaoras”! Las ruinas del Albaicín se estremecían a nuestro paso, y resucitaban en los cármenes próximos las zambras moriscas, resucitando a veces también por celos o desdenes de alguna gitana las tradicionales contiendas de moros y cristianos.

¿Y las expediciones en busca de soñados tesoros? ¿Y las cacerías?

Tenía Juan Riaño a poca distancia de la ciudad, y creo conserva aún su discretísima viuda Emilia Gayangos, si bien convertido en magnífica morada, pues la inteligencia y el buen gusto bastan para embellecerlo todo, un cortijo o casa de labor, que era el punto de cita de nuestras campañas cinegéticas.

Allí solía convocarnos, eligiendo siempre días de gran calor, y previniéndonos que la bodega estaba a nuestra disposición, pero que no se comería más que lo que se cazara. La casa proveería de arma al que no la tuviera, y tanto el viaje de ida como el de regreso se efectuarían a pie, sin que fueran obligatorios el calzado ni el traje de etiqueta.

Una vez reunidos en el cortijo los expedicionarios, y después de la visita de rigor a un viejo tonel abierto para nosotras tras de sesenta años de clausura, "Londón" nos pasaba lista, cargaba y hacía cargar a cada uno su escopeta, y allá iba la avalancha de cazadores en busca de soñados conejos o de mitológicas perdices. A la media hora de marcha, y cansados de no ver ni por casualidad una pieza, ya se tiraba a todo lo que se ponía a tiro: al gorrión que picoteaba en el sembrado; al gato que subido en la tapia de una huerta seguía anhelante el tortuoso vuelo de la golondrina; al lagarto, que tomaba tranquilamente el sol entre los matorrales. Ni ave, ni reptil, ni alimaña escapaban a nuestro furor. De pronto y al oír la voz de ¡alto!, que daba Riaño, tornábanse a reunir los dispersos, y de mejor o peor gana regresaban al cortijo para "cargar de nuevo las escopetas" y hacer una segunda salida, preludio a veces de la tercera. No faltaba, sin embargo, algún perezoso (generalmente éramos Pérez Cossío y yo) que, separándose del grupo y dejando en paz a la caza, se dedicaba a dormir la siesta a la sombra de un árbol, sin perjuicio de que al anochecer, cuando todos

volvían suspirando por el hogar y medio muertos de fatiga, fueran los nuestros los últimos disparos.

—¡Eal, que saquen sillas y a descansar, muchachos, que buena falta nos hace, gritaba el dueño de la casa.

—Pero ¿qué habéis cazado?—preguntábamos nosotros.

—Pues nada, chicos; no hemos visto más perdiz que una metida en una jaula.

—¿De modo que no hay qué comer?—se atrevían a decir “Malipieri el Nevero” y “Barcas” sin soltar la escopeta.

—Comeréis, hambrones, gracias a Manolico y a mí—exclamaba “el Doctor” regocijado.

—¿Habéis traído caza? A ver, ¿dónde está?

—¡Tomadla, mendigos!

Nuestra caza consistía en cuatro o seis gallinas del corral de Riaño muertas a traición, puesto que las habíamos saludado antes, y alguna paloma del palomar de un vecino que comió la imprudencia de no dársenos a conocer.

“Londón” quiso protestar, pero en vano. Nos amenazó con la cárcel, con el presidio, con la lectura de una poesía de Juan de Dios de la Rada y Delgado..., pero ninguno comió tanta gallina como él.

Verdad que la cortijera no tenía rival en las pepitorias.

* * *

¡Pobre Juan! Cuánto gozaba él, aún hace pocos años, al recordar estas escenas mientras saboreábamos aquellos arroces que nos ofrecía en su campestre mansión otro muerto ilustre, el buen Guillermo Morphy, también de nuestros contemporáneos.

No ha sido ingrata con ellos su generación; ha reconocido su ciencia, pero nosotros conocíamos más: ¡conocíamos sus corazones!



XVI

Muertos que viven. — Las glorias de la Cuerda.

UNO de los tipos más interesantes y más dignos de estudio de cuantos formaron la Cuerda granadina fué, sin duda, el inspirado poeta y fecundo novelista Manuel Fernández y González. Son tan conocidas sus obras y tan célebres sus extravagancias y arrebatos, que encuentro inútil tarea la de enumerarlas y repetirlas; pero los que vivimos largos años en su intimidad sabemos algo que no consta en sus biografías, y podemos rectificar algo que consta indebidamente. Por ejemplo, pocas semanas hace que un periódico ilustrado y de bastante circulación aseguraba que Fernández y González en sus correrías nocturnas por la ciudad morisca usó alguna vez la espada de Boabdil que sus dueños, los condes de Campotejar, habían prestado a Casielles para que copiara la empuñadura. Podrá ser cierto, y aun creo recordar lo de Casielles, cuya habilidad y maña para todo lo artístico era tan prodigiosa que, habiendo estudiado en casa del maestro Vázquez la construcción y mecanismo de los pianos, se encerró en su taller y en un par de meses fabricó uno tan hermoso que obtuvo premio en la exposición de Málaga adonde fué llevado; pero en cuanto a lo demás, puedo certificar como testigo de vista, que Fernández y González pelaba la pava con su novia, o sea la Fornarina (que así la

llamamos hasta que la hizo su mujer), por una gatera del portón que daba entrada a la panadería, tendido—por consiguiente—en el suelo, con un pistolón al alcance de cada mano. Así lo encontrábamos siempre que teníamos que buscarlo a las altas horas de la noche para algún asunto del servicio. Y como la calle era desierta y extraviada, y él receloso y cegato, había que darle el santo y seña desde la esquina, pues al sentir pasos y vislumbrar bultos ya estaba con los pistolones en facha. Más tarde, cuando la familia de la novia—opuesta a tales relaciones—la encerró en un convento del Albaicín, el modo de pelar la pava fué otro, y los paseantes de la Alhambra solían ver a un joven melencólico y escuálido que desde lo alto del cubo tremolaba un pañuelo blanco, a cuya señal respondía otro que una mano invisible agitaba a lo lejos en la colina cuyo pie baña el río.

Aquel joven, a quien unos panaderos desdeñaban, era ya autor de varias obras teatrales, entre ellas *Traición con traición se paga*, donde Aben Humeya, marchando por un subterráneo al sitio en que los conjurados le esperan para coronarle, dice al morisco que le alumbra con una antorcha, mostrándole a un hombre que yace en tierra asesinado:

—Detente.

—¡Señor!

—Un muerto.

—Pasad, pasad por encima:

cuando se buscan coronas
los cadáveres se pisan.

Verdad es que lo que le sobraba de genio le faltaba de discreción y de juicio.

Prueba evidente de ello nos ofrece el mismo drama, cuando, ya iniciada la rebelión de las Alpujarras, un escucha colo-

cado en la meseta que ilumina la luna y cubre la nieve, dice,
hablando consigo mismo:

.
en vez de estar a la lumbre,
estarse de centinela
con este viento que hiela
zumbando de cumbre en cumbre;
mal nos quiso Aluch-Alí
cuando tal nos ordenó:
¡Por la gente que murió
en Lepanto, que si aquí
fortuna un trono me diera,
con valor lo despreciara,
y aun a Granada trocara
por mi valiente galera!

Verla en el golfo argelino
el rojo pendón al viento
ir del líquido elemento
sobre el lomo cristalino;
verla cruzando en mar alta,
tendidas las anchas velas,
dar caza a las carabelas
de los cruzados de Malta;
y dócil la brisa en popa,
verla entrar al abordaje...
¡Vale más que el vasallaje
del mejor reino de Europa!

Y sucedía que como el actor que recitaba este monólogo era un comparsa, pues aquí se concluía su papel, todas las noches le saludaba el respetable público con una silba.



Y este desequilibrio entre la inteligencia y la imaginación, entre la fantasía y la lógica, era la nota característica, no sólo de las obras, sino de los actos de Manuel Fernández y González. En lo que no vaciló nunca fué en la vocación irresistible que desde joven le llevó al campo de las letras. Sin embargo, la tuvo oculta en sus primeros años, y sólo la reveló ostensiblemente al término del servicio militar, que dejó de sargento, sin más campañas que el sitio de Sevilla por Espartero, en que obtuvo la cruz de San Fernando. Trató por entonces de darse a conocer en Madrid, publicando con el título de *El Diablo con antiparras* un periódico satírico en el cual censuró duramente a los literatos más notables. Recuerdo que dijo a propósito de Zorrilla:

En el lírico tono es medianejo,
y a veces al sublime se levanta;
suele imitar al cisne y al vencejo
si rudo silba o apacible canta.
De soberbia no cabe en el pellejo;
y de su misma gloria tal se espanta,
que en su delirio loco exclamó un día:
"Nadie pase ante mí: la tierra es mía."

Duró muy poco su periódico, del que nadie hizo caso; y vuelto a Granada, que le atraía con los recuerdos de la niñez, se dedicó principalmente a la literatura dramática alentado por Joaquina Baus, madre de Manuel Tamayo y actriz tan distinguida por su talento como por su hermosura y sus virtudes, principiando también a escribir novelas que el librero Zamora le publicaba por cuadernos y cuyo éxito le animó a establecerse por fin en la corte. No fué aquí tan apreciado como debía, por más que ganó e hizo ganar mucho dinero a los editores, contribuyendo a ello la

falta de seriedad nacida de su genio soñador e inquieto y el desorden y desarreglo de sus costumbres. Porque—podemos afirmarlo en honor y descargo suyo—Fernández y González no tenía conciencia de la realidad de la vida, que sólo fué para él una novela más, y no de las menos curiosas y accidentadas. Sobre todo en el ramo de mujeres, no he conocido nada más inocente y crédulo que el buen Manolo.

Una noche nos paseábamos por las galerías del salón de Capellanes entre el tumulto de un baile de máscaras, cuando una de éstas, parándose frente a mi amigo, le dijo alargándole la enguantada mano:

—¡Adiós, poetilla! ¿Qué diablos vienes a buscar aquí, tú para quien serían insuficientes los serrallos de Constantinopla?

—A ver, a ver: necesito que me expliques eso—murmuró el poeta con su voz cavernosa. Y en seguida, dirigiéndose a mí, añadió:

—Mira Manolico, espérame mientras doy una vuelta con ésta, que viene sin duda a buscarme. Ya te contaré.

Sentéme en un diván y no tuve que esperar mucho. Fernández y González volvía mustio y cariacontecido.

—¿Y esa conquista?—le pregunté.

—Calla, hombre. Cuando íbamos entrando en materia, llegó un máscara masculino y quieras o no quieras se la llevé casi a la fuerza.

—¿Y cómo has permitido?...

—Porque instintivamente me hice cargo de la situación. Una mujer enamorada, un marido celoso, pendientes de mí la tranquilidad o la ruina de una casa ilustre... Porque supongo te habrás fijado en aquella mano aristocrática...

—¡Sí, chico, sí!

—En aquellos pies enanos, en aquella cintura de sílfide, en...

—En todo, en todo: hasta en los pendientes de similor con que habrá sustituido los de perlas y brillantes que llevará a diario...

—¿Quién podrá ser? ¿Será la duquesa de...?

—No: aquella es más gorda.

—¿Será la marquesa de...?

—Tampoco: es más flaca.

—Pues no te burles, pero yo apuesto la cabeza a que es principal.

—Sí, Manolo, sí; no cabe duda: principal... interior.

Poco después volvimos a encontrarnos a las dos máscaras en el ambigú. El se hallaba en el prólogo de la pítima, y ella tenía la careta y las flores y adornos del margen deshechos de una "manguzá". El poeta estuvo a punto de desmayarse. La princesa incógnita era una modistilla de medio pelo que vivía cerca de su casa, de aquel hotel del barrio de Argüelles donde sólo había dos o tres habitaciones amuebladas, pero en cuya bodega nunca faltaban algunas docenas de botellas de champagne con que obsequiar a todo visitante.

Habría para llenar muchas páginas con los mil episodios y aventuras de que fué protagonista nuestro inolvidable camarada; pero ya que esto no es posible, no quiero renunciar al placer de referir una de ellas en la que me tocó hacer el papel de confidente, y que es de las que más revelan, al par que su candidez, su potencia imaginativa.

Visitaba Fernández a menudo, y saludaba yo en la calle, a una señora ya jamona, aunque elegante y de buen ver, que vivía en posición muy desahogada con una hija de veinte años, tan discreta como hermosa. Eran entrambas andaluzas, y el marido y padre, respectivamente, desempeñaba un cargo de importancia en la isla de Cuba. Frecuentaban poco la sociedad, y sus diversiones favoritas solían ser

la lectura y el teatro. No sé qué incidente o qué relación de segunda persona las hizo conocer a Fernández y González, y éste, con su lenguaje pintoresco, que les recordaba la tierra, y con las novelas y los palcos que les regalaba, había-se granjeado su simpatía, convirtiéndose en el más asiduo de sus acompañantes. Cuando escuché de su misma boca el origen y los detalles de esta intimidad, confieso que me dió miedo. Incapaces ellas de faltar al decoro; incapaz él de mantenerse en los límites de la prudencia, la cosa podía tener mal fin, sobre todo si el marido, cuya vuelta ya se anunciaba, venía a precipitar el desenlace.

Así pasó un verano, durante el cual ellas estuvieron ausentes de Madrid, y él escribiéndolas todos los días. Pero llegó el invierno y el calor del hogar tornó a reunirlos. Y una mañana llamaba a mi puerta Fernández y González.

—Querido tocayo—balbuceó—: aquí vengo a que me aconsejes o me mates.

—Pues ni lo junó ni lo jotro, como dijo un paisano tuyo; te oiré, y me parece que no es poco. ¿Qué te pasa?

—Que estoy enamorado como un bestia, o mejor como dos bestias.

—¿Y de quién?

—De dos mujeres.

—¿Hermanas, sin duda?

—No: madre e hija.

—Detente, ya sé quiénes son. ¿Y ellas?

—Ellas creo que me quieren también las dos, pero nada me dicen.

—¿Y tú?

—Nada les he dicho tampoco, pero deben de sospecharlo todo.

—Entonces me temo que lo primero que te digan sea que no pongas más los pies en su casa.

—Por eso mismo, y para evitarlo, tengo pensado un plan que voy a comunicarte: pienso robarlas...

—Eso es: las joyas, los cubiertos...

—No, hombre, no: las personas.

—Bueno. ¿Y después?

—Suponiendo que ellas consentirán, para evitar el escándalo me las llevaré a Gibraltar, y haciéndome protestante me casaré con la chica, seguro de haber encontrado mi media naranja.

—Dos minutos de parada... y cárcel. Antes de eso tendrás que matar a tu mujer.

—No, por cierto: le señalaré cien o doscientos duros de pensión al mes, asegurándola además que la querré siempre.

—¡Bravo! Y te perseguirán por adulterio y rapto.

—Compraré una embarcación y me haré pirata.

—Y te colgarán de una verga, y el sentido común batirá las palmas de gusto.

—¿Eso es todo lo que me aconsejas?

—Eso y que te bebas una copa de coñac y te vayas.

Bebió y se fué. Algunas días más tarde volví a verle. El marido de la señora en cuestión, de regreso de Cuba, había ido a su casa, exigiéndole la devolución de las cartas y retratos de su esposa y su hija, por más que no ignoraba la poca trascendencia de aquella broma.

—Y lo más terrible del lance—me decía el gran poeta—: lo que me pone fuera de mí, es que aquel monstruo, después de guardarse retratos y papeles, sacó de otro bolsillo mi fotografía y varias cartas escritas por mí, y todo junto lo arrojó al fuego que brillaba en la chimenea. Y el retrato saltaba y se retorció entre crujidos que parecían sollozos, y me miraba, recordando quizá lo pasado que, como él, se iba convirtiendo en cenizas y...

—Y tú, ¿qué hacías, grandísimo majadero?

—¡Yo! Casi puesto de rodillas y con las manos en cruz, recuerdo solamente que al ver quemarse mis cartas, exclamé con voz conmovedora: "¡Caballero!, está usted destruyendo un monumento literario..."

—¿Y el caballero?...

—¡Asómbrate! Se marchó sin despedirse y sin darme tiempo para ofrecerle la casa.

Este fué Fernández y González: niño caprichoso y mal educado a quien hicieron gigante la constancia y la inspiración.





XVII

Fernández Jiménez y la Cuerda granadina.

HARÁ cosa de año y medio o dos años que, cediendo a reiteradas instancias de mis amigos, y por entrete-
ner mis ocios de jubilado forzoso, comencé la pu-
blicación en *El Imparcial* de unas "Páginas sueltas", que liga-
das un día formarán algo así como la crónica íntima de mi
tiempo. En estas páginas, interrumpidas hoy por desarreglos
de salud, y que, Dios mediante, espero proseguir y terminar
en breve si consigo vencer la fatiga del cuerpo y del espíritu,
único regalo de Año Nuevo que he debido a los Reyes, me
ocuparé, según lo hice ya en algunas, de aquella agrupación
que con el título de *La Cuerda* existió en Granada, de 1850
a 1854, y que, trasladada después a Madrid, donde logró
hacerse famosa, ha visto desaparecer uno a uno sus indivi-
duos, de los cuales hasta hace pocos días éramos Fernández
Jiménez y yo los únicos supervivientes. Allí tendrá su pues-
to natural "Ivón el Sepulturero" o "El Moro", que tales
fueron sus nombres de guerra, debidos, aquél, a un drama
patibulario que escribió en años juveniles, y éste a sus
aficiones y sus gustos, que nos hacían ver en él, si no un
descendiente de Boabdil, un escapado de la matanza de las
Alpujarras. Con el suyo alternarán los retratos de Alarcón,
Riaño, Fernández González, Moreno Nieto, Cossío, Castro

Serrano y tanto otros, dignos en verdad de mejor retratista, pues según haré constar en el prólogo del libro,

para divertir mis penas
escribí en horas serenas
esta historia entretenida,
en que hay algo de mi vida
y mucho de las ajenas.

Pero mientras esto sucede, permitidme que, huyendo del Carnaval, cuyos rumores escucho a lo lejos, y abandonando el tropel de los vivos, evoque la memoria de uno de mis queridos muertos, con quien compartí pesares y alegrías, y con quien salí a la escena en dos ocasiones y por motivos muy diferentes: la primera, en el Liceo de Granada, representando "Pascual y Carranza"; la segunda, camino de Italia, para ir él a Roma y yo a Florencia a representar a nuestro país.

Fué José Fernández Jiménez mi introductor, si así puede decirse, en la corte de los Alhamares, cuando el deber filial me llevó allí en 1850. Iguales los dos en edad, los dos entusiastas del arte y de la literatura, no tardamos en fraternizar, uniéndonos a la escasa, pero lucida, falange que sostenía en el periodismo y en la tribuna la gloriosa tradición de los Martínez de la Rosa, Castro y Orozco, Lafuente Alcántara, Fernández Guerra y dos o tres más, de cuyas voces conservaban todavía el eco los bosques de la Alhambra. Era por entonces Jiménez un muchacho de carácter encogido y voluntad resuelta; decididor sin dejar de ser grave; conceptuoso como poeta, y elocuente aunque sin brillantez. Había estudiado teología, y con tal constancia y aplicación, que llegó a resentirse su salud y a desequilibrarse su juicio, lo cual le hizo renunciar a la carrera eclesiástica. Vivía pobremente

al lado de su abuelo, sacristán de la Colegiata, en unas habitaciones altas que tenían salida al campanario, y a las que se subía desde un patio grande, sostenido por cuatro columnas de mármol negro y en comunicación con la iglesia contigua.

Por cierto que fué en este patio donde me ocurrió una aventura que no renuncio a contar por lo enlazada que está con mis recuerdos y porque contribuyó no poco a curarme del terror que me infundían de chico las sorpresas de cierto género.

"Ivón" solía recogerse temprano, pero las noches en que Ronconi o Pablo "el Ruso", nuestros jefes y directores, preparaban recepción, cena o serenata en el palacio árabe o en el carmen de Buenavista, nuestras dos casas de recreo, corría el aviso a los más próximos, y éstos se encargaban de sacar a la calle a los morigerados valiéndose de todos los medios, incluso los prohibidos, y utilizando lo mismo la puerta falsa que la escala de cuerda; la llave doble, o el narcótico en último caso.

Una noche de invierno recibí yo el encargo de ir a la Colegiata a buscar al "Moro" y subir con él a la Alhambra de doce y media a una. Conviene advertir que, viviendo yo también en familia, y con mucho arreglo, pues mi padre, al dejar de ser militar, no había dejado de ser ordenancista, tenía que libertarme a mí antes de poner en libertad a los demás. Pretexté necesidad de averiguar una noticia en el teatro, a lo cual me obligaba a menudo mi plaza de redactor de *El Granadino*; volví a casa a eso de las once, y me acosté. Pero yo habitaba un pabellón cuya ventana caía al jardín; por el jardín se salía a otra calle; yo guardaba la llave de aquella salida, y a las doce ya estaba vestido y arropado frente a la Colegiata. Como el sitio era desierto, el patio sombrío y los vecinos pobres, rara vez se echaba el

cerrojo del portón, bastando el picaporte para abrirlo. La seña, en caso contrario, estaba de antemano convenida, y se reducía a imitar el ladrido de un perro, cosa que yo hacía entonces a la perfección y que he olvidado con otras muchas. Esta vez, sin embargo, no ladré. Empujé simplemente la puerta, y la puerta se abrió.

Creo haber dicho al empezar que la noche era de invierno, y ahora añadiré que el invierno era frío. Tan frío que aquella mañana había muerto de pulmonía el marqués de Diezma. Tiritaba yo, por consiguiente, cuando penetré en el patio, cuya entrada volví a cerrar sin ruido. Avancé algunos pasos en dirección de la escalera, y ya me preparaba a hacer la señal cuando al dar vuelta a la columna sentí que mis pies se clavaban en las losas y que mi sangre se paralizaba en las venas. El espectáculo que contemplé no podía ser más extraño ni más imponente. En el fondo de la galería y al trémulo resplandor de dos velas, tendido sobre una mesa inclinada hacia adelante, y cuyo tapete negro rozaba el suelo, se veía un cadáver medio cubierto con un lienzo blanco, y con la cara blanca también. Mi primer movimiento fué para huir, pero recordé en seguida dónde estaba y a quién iba a buscar; recordé que una de las ocupaciones más gratas de la Cuerda era la de templar el ánimo de sus asociados y corregir sus demasías o sus faltas con bromas, algunas de las cuales han quedado como legendarias, y pensé que acaso castigaban en mí alguna presunción de arrojo o algún alarde de incredulidad. A confirmarme en esta idea vinieron unos golpes acompasados y sordos como si sonaran en un subterráneo y entre los que me pareció oír voces humanas.

Tranquilo por completo, y deseando probar que la broma no me había impresionado, me coloqué junto al muerto en actitud provocativa, y exclamé:

—Salid ya, follones malandrines; y tú, vivo o muerto, haz que te laven esa cara.

Agitóse en esto el negro paño que cubría la mesa y asomó por entre sus pliegues una cabeza lívida y con los cabellos erizados, que murmuró con labios temblorosos:

—A eso he venido aquí, caballero; pero ni esto es broma ni nadie ha tratado de asustar a usted: el que ha llevado el sústo soy yo.

—¿Qué significa esto entonces?

—Pues una cosa muy sencilla. Este cadáver es el del señor Marqués de Diezma, que han traído a la iglesia depositado para cantarle a las diez un responso y llevarlo a las once al cementerio. Lo hemos sacado aquí, y me disponía a hacerle la barba cuando el ruido de esa puerta, al abrirse, me llenó de miedo por lo inesperado y me obligó a esconderme. Los golpes que se escuchan ahí dentro son los que dan los carpinteros que levantan el catafalco. Sólo al oír la voz de usted es cuando me he atrevido a presentarme.

—Es decir, que me conoces. ¿Y tú, quién eres?

—Soy el dependiente de la peluquería de Santos.

A este tiempo "Ivón", que estaba despierto y que también me había conocido, gritó asomándose a las alturas:

—¡Manolico!

—¡Presente!—le respondí.

Y diez minutos después subíamos, agarrados del brazo, por la cuesta de Gomeles...

¡Ay! ¡Ni él ni yo volveremos a subirla más!

No fué el año de 1852, como han dicho varios periódicos, sino el de 1854, cuando la mayoría de los compañeros de "cuerda" se instaló definitivamente en Madrid, sentando sus cuartos, pues sería exceso de soberbia llamarlos reales, en la calle del Mesón de Paredes, esquina a la plazuela del

Progreso, a mucha más elevación que la que logró alcanzar tras grandes fatigas y desprecios inmerecidos la estatua de Mendizábal. No es para contado en breves renglones lo que allí pasó y lo que allí pasamos de apuros y contrariedades, que sufríamos, no ya con resignación, sino con alegría tan franca y verdadera que nuestro sotabanco se convirtió en refugio de los tristes, donde más de una vez olvidaron sus pesares poetas distinguidos, artistas ilustres y políticos eminentes, quedando todavía de muestra algunos

que si fueren preguntados
os lo testificarán.

En las horas que la diversión nos dejaba libres, solíamos comer y, mayor rareza si cabe, escribir. Lo hacía con asiduidad, de que no tardó en arrepentirse, el maestro "Ivón", enviando artículos a la *Soberanía Nacional*, periódico en que oficiaba de ángel exterminador Sixto Cámara, furioso demagogo, pero que gastaba bata de terciopelo para andar por casa y guante blanco cuando iba de capa al teatro. Fernández Jiménez, sin guantes ni bata, no era tampoco de su opinión en cuanto a la necesidad, que aquél encarecía a menudo, de cortar ochenta mil cabezas como medida salvadora para el país; y se alejó de Sixto Cámara, que al fin acabó desastrosamente y sin gloria en Extremadura.

La campaña que hizo en *El Occidente* al discutirse la cuestión religiosa, acreditando su competencia, consolidó su reputación de periodista, y gracias a ella y a la amistad de Alarcón y Pastor Díaz, obtuvo un puesto en el Ministerio de Estado, sirviendo luego en varias Legaciones y en diferentes cargos, y ocupando, al lado de Vega Armijo, que supo estimarle en lo que valía, la subsecretaría de aquel centro, donde aún se citan como modelos de buen decir sus infor-

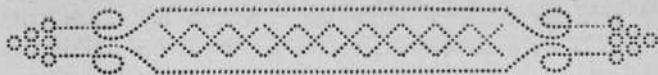
mes y notas diplomáticas. Sentóse también en el Congreso; pero no era sitio adecuado para él: hombre de arte, le repugnaba el artificio; hombre de verdad, no transigía con el engaño.

Su posición independiente y su pereza habitual han hecho que su talento no haya sido debidamente apreciado más que en el círculo de sus amigos y contemporáneos; ni aun las magníficas conferencias que dió en el Ateneo sobre la arquitectura árabe han llegado a imprimirse, y la misma Academia de San Fernando, privada de su voz, no conoce toda la extensión de los méritos y sabiduría de su elegido.

Pero yo, que le he visto en Roma discutir acerca de las excavaciones del Palatino con el comendador Rossi; que he escuchado sus diálogos con Fiorelli visitando las ruinas de Pompeya; que sé el cariño con que le han tratado aquí y fuera de aquí los más importantes personajes políticos y los más grandes artistas, yo saludo con respeto su nombre, y no ya al camarada de la Cuerda ni al amigo del alma, al poeta, de quien recuerdo que casi niño decía en una oda bíblica:

Rugió un león sediento de matanza
y con él rugió el valle resonando,

envío en estas líneas, escritas a vuela pluma y entre la música y el bullicio de las mascaradas, el testimonio de mi admiración y de mi pena, unido a estas palabras que no llegué a pronunciar, y que subieron de mi corazón a mis labios al despedir su cadáver en la estación del Norte: ¡Adiós, "Ivón"! Hasta luego.



XVIII

Un día de ayuno.—Los chicos de enfrente. La ronda de pan y queso.

I

CALIENTES todavía las cenizas del carnaval, asoma sobre los bordes de su tumba el triste y demacrado semblante de la cuaresma.

El carnaval es la época de los cólicos y de las mentiras; la cuaresma lo es de las privaciones y de las verdades. El sermón ha sucedido a la arenga; el sudario ha reemplazado al dominó, y los mismos que al dirigirse a la Humanidad preguntaban con risa burlona: "¿Me conoces"?, exclaman con dolorido acento, dirigiéndose al Rey de los reyes: "¡Te conozco!"

Para los que hacen de la vida un fatigoso viaje por el desierto, donde no se encuentra el oasis hasta el fin, la cuaresma es una cosa sencilla con puntos y ribetes de higiénica; para los que toman a juego lo presente y se entregan a las eventualidades del porvenir con la confianza de su misma impotencia, el carnaval es la suprema dicha y nada puede ofrecer mayores atractivos. Verdad es que los juegos son en muchas ocasiones un riquísimo manantial de enseñanza, del que suelen aprovecharse los hombres serios.

¿No era jugando como hacía Newton sus experiencias sobre la luz y los colores, cuando lanzaba al aire con toda la fuerza de su aliento pequeñas burbujas de jabón?

¿No aprendía Franklin a nadar dejándose llevar por una cometa, ni más ni menos que si fuera un granuja del Ava-piés o las Maravillas?

¿No ha sido y es todavía el columpio la más verdadera imagen de la vida, y sobre todo de la vida cortesana, hasta el punto de haber hecho decir a un poeta antiguo:

Ese que arriba contempla,
sueña hallarse sobre todos,
y el balance del columpio
le hace descender muy pronto.
Copia fiel de lo que pasa
en este mundo de abrojos,
donde cuando uno se eleva
es porque baja algún otro.

¿Qué tiene, pues, de extraño, que haya quien se entregue con efusión a toda clase de juegos, aun a riesgo de morir manteado, como el sobrino del cardenal Mazarino, o por jugar a la pelota, como Luis X "el Testarudo"?

Por mi parte, confieso mi debilidad; sin ser gran partidario de los juegos, veo siempre con terror la aproximación de la cuaresma, por más que venga precedida de mi estación más amada: de aquella primavera deliciosa que veinte siglos antes de Jesucristo hacía ya exclamar a Horacio:

"Jam solvitur acris", etc.

Y ¿saben ustedes qué es lo que me aterra de la cuaresma? Pues bien, lo declararé sin rodeos: no es la obligación

del ayuno presente; es la memoria de los ayunos pasados.

Porque tal como ustedes me ven en la actualidad, panzudo y reluciente como los ídolos egipcios, yo he ayunado más de una vez, no precisamente por cumplir el precepto, sino por obedecer a la ley de la necesidad, la más imperiosa de todas. Yo, esclavo fiel de aquella máxima que nos ordena ganar el pan con el sudor de la frente, he sudado en algunas ocasiones como sudan cuantos pretenden subir a una cucaña, donde, por fin, sube uno solo, y ese uno no he sido yo.

Un día, sobre todo...

II

Era la cuaresma de 1855, y comenzaba a entrar en la noche la tarde fría y melancólica de un viernes.

Yo no recuerdo si helaba en la calle, pero sí que había helado mucho dentro de nuestra casa, sobre todo en la cocina, en cuyas hornillas era ya costumbre tradicional que tomaran el fresco los gatos.

Vivíamos en compañía por aquella fecha, con la misma unión en los cuerpos que continúa reinando en las almas, seis o siete muchachos, arrebatados unos al hogar paterno por vicisitudes de fortuna, venidos otros a la corte con la esperanza de conquistarse un nombre, dueño alguno ya de una reputación que desgraciadamente no le había producido mas que gloria; todos alegres, todos hermanos por el corazón y por la suerte, y nacidos todos o criados bajo el mismo cielo: el que copian en sus corrientes Genil y Darro, y el que amenaza con sus picos Sierra Nevada.

De aquellos muchachos sólo uno ha bajado a la tumba recientemente, cuando el arte en que ya sobresalía le mostraba sus magníficos horizontes; en cuanto a los demás, los

hay que honran en distinguidos puestos la Administración y la Diplomacia; otros cultivan con fe y entusiasmo la literatura y el periodismo, y alguno, lanzado a país extraño por los azares de la política, busca en las peripecias de nuevos viajes asunto para sus bellas producciones.

Aparte de estos cambios, todos son hoy lo que eran entonces, y hasta me atrevo a asegurar que todos recuerdan lo que pasó en aquella tarde fría y melancólica de un viernes de cuaresma de 1855, que comenzaba a entrar en la noche.

Y digo lo que pasó aquella tarde, porque me consta que nada había pasado por la mañana, no solamente por nuestras imaginaciones, sino por nuestras bocas.

La dulce y serena voz de aquel a quien había correspondido hacer de administrador durante la semana, nos lo anunció muy tempranito, murmurando a la cabecera de nuestros lechos:

—Señoritos, hoy no se come.

Nadie pensó en protestar de semejante salida; nadie recibió mal al mensajero de tan triste nueva: todos estrechamos su mano y gritamos a una voz:

—Está bien, chacho; pero cuéntanos un cuento. Y entonces él, que era y es todavía un inimitable narrador, nos encantó durante media hora con su conversación amena y chispeante y con sus anécdotas de varios colores.

Todos le escuchábamos sentados en las camas, alineados en una sola habitación como en un hospital, para no separarnos ni aun en el sueño, y en la que nada faltaba, empezando por la mesa de noche, que consistía en una silla desvencijada con un sombrero viejo encima, al cual se había abierto a navaja una portezuela para meter la luz después de apagarla.

Alguna vez, en medio de la narración y turbando el silencio que por intervalos reinaba, se oía un fuerte campa-

nillazo a la puerta. Ninguno se levantaba para abrir: nada esperábamos, nada podían traernos; el importuno era por fuerza un literato o un "inglés".

—Me parece que han llamado—solía decir alguno cuando insistía mucho el de la puerta.

—No es nadie—replicaba el narrador—; es que están componiendo la campanilla.

Concluída la sección de cuentos, llegó su turno a los planes que diariamente se discutían con el objeto de ganar algo.

Allí era donde había que admirar la poderosa inventiva de cada uno. Quién proponía que nos pintáramos de negro y nos vendiéramos como esclavos; quién que abriéramos un despacho de versos, donde se escribieran por el precio más módico cartas, epitafios, felicitaciones y sátiras; quién que nos tirásemos al Canal en detalle o en junto; quién, por último, que abriéramos cátedra de buen humor, no admitiéndose más que discípulas.

Pero para todo esto se necesitaba algún dinero, y nosotros no teníamos ni para el betún que pedía el esclavista, ni para el alquiler de la tienda, ni para la muestra del colegio. Lo único que no costaba nada era el Canal; pero estaba lejos, era malsano, y lo menos que podíamos exigir era que nos llevaran en coche.

En estas y parecidas bromas pasó el día de que vamos hablando; llegó la tarde, y lo mismo que se reparte a los náufragos una ración de carne salada, se nos repartieron tres cigarrillos por persona; yo recuerdo que dí los míos por un puro de a cuarto, quizá olvidado en casa por el aguador.

Cuando principió a anochecer no quedaban ya ni cigarros ni cuentos. Entonces nos consagramos un rato a la música. Recordamos en el piano las más sublimes melodías, sobre todo alemanas, que se acomodaban con la exaltación de

nuestros espíritus; cuestionamos largamente sobre si el coro de cazadores del "Freyschütz" era o no preferible al de la bendición de los puñales de "Los Hugonotes", y convini-mos, por fin, en que en artes, como en todo, el corazón do-mina siempre a la cabeza. Pero la lógica del hambre es terrible; lo mismo fué hablar del corazón que comenzar a dar voces el estómago.

—¿Qué hacemos?—preguntaron por fin los más impa-cientes.

—Un solo recurso nos queda: apelar a los chicos de enfrente.

—Sí, sí, que se presenten los chicos—exclamaron todos con efusión.

Abrióse entonces la ventana, y una voz estentórea gritó en medio de la oscuridad:

—¡Pilatos!

Pocos instantes después el aire trajo a nuestros oídos este otro grito:

—¡Viva!

No cabía duda: los chicos estaban en casa y se disponían a venir en nuestro auxilio.

III

Antes de presentarse en escena los chicos de enfrente, ne-cesitamos decir acerca de ellos dos palabras.

Los chicos de enfrente y nosotros éramos, en realidad, una sola familia; pero estábamos divididos por una calle. Fren-te por frente de nuestro sotabanco tenían ellos el suyo; apar-te de esto, no había entre ellos y nosotros ni tuyo ni mío. Cuando ellos se asomaban a su ventana y veían las nues-tras cerradas y silenciosas, decían para sus adentros: ¡Si no

habrán comido! Cuando nosotros, a las altas horas de la noche, nos asomábamos y veíamos luces en su cuarto, exclamábamos alegremente: ¡Mañana comen!

Los chicos de enfrente viven aún (1), y España los ha colocado en la lista de sus primeros autores dramáticos; nosotros les hemos seguido con anhelo fraternal en su gloriosa carrera, y su amistad continúa siendo uno de nuestros más preciados tesoros.

El grito a que ellos habían contestado era la señal convenida para llamarnos mutuamente. Un ¡viva Pilatos! bastaba para ponernos en inmediata comunicación, cualquiera que fuese la hora y el motivo, sin respeto a los vecinos ni a los transeuntes, pues en el sitio que habitábamos puede decirse que nuestra atmósfera se hallaba sobre el mundo visible.

No habían transcurrido diez minutos desde que sonó la señal, cuando los chicos de enfrente se presentaron en nuestra habitación. Acompañando a los chicos venían otros dos o tres también del círculo, pero que no vivían en la comunidad.

—¿Qué queréis?—nos preguntaron todos con interés.

—¡Comer!—replicamos con admirable laconismo.

—¡Imposible!—volvieron ellos a decir.

Fácil es de comprender la explicación que siguió a estas palabras, explicación que, aunque parezca inverosímil, casi nos llenó de alegría, porque los chicos de enfrente no habían comido tampoco.

Serían entonces las nueve de la noche. Una lluvia lenta y monótona, que se congelaba al llegar a la tierra, había

(1) Vivían cuando se escribió este artículo; de entonces acá, la muerte, a cuyos ojos son acaso un crimen el talento y la juventud, arrebató de entre nosotros a nuestro inolvidable Luis Eguílaz. ¡Descanse en paz!

alejado a la gente de las calles, desiertas y sombrías; el frío era intenso; de los doce que estábamos reunidos, apenas tres teníamos capa.

Uno de los chicos de enfrente llamaba después a este día "el último día de Pompeya".

—¡Esto no debe seguir así!—exclamó de repente el más arrojado de la cuadrilla. Si no hay otros auxilios, que nos traigan los espirituales.

—¡Yo no puedo más!—murmuró un segundo por lo bajo.

—¡Ni yo menos!—dijo otro.

—Pero ¿no hay nadie en Madrid que tenga dinero?—grité yo.

—¡Sí!—me contestaron tres a un tiempo—; se asegura que lo tiene Sevillano.

—Señores—interrumpió uno de los de fuera—yo no sé si me atreva, pero traigo unos cuartos en el bolsillo.

—¡A verlos!—exclamamos en coro.

Los tenía, en efecto. Sumaban entre todos veintidós. Al ver este ejemplo, otro del círculo se animó. Llevaba seis cuartos, que necesitaba para franquear una carta. La carta fué sin sello. Muchos meses más tarde, alguno de los que tuvieron la culpa echó por el buzón del correo un sello suelto, en compensación de aquél. Dios le ha recompensado con usura tal sacrificio.

Una vez dueños de veintiocho cuartos, el voto general fué lanzarse a la calle y devorarlos en silencio, como si se devorara una afrenta. Arropóse cada cual lo mejor que pudo, y agarrados unos a otros, quizá porque ninguno tenía seguridad de sostenerse por sí solo, salimos en dirección del café Suizo.

Era aquella la época más brillante de este Café; no había muerto todavía Mattosi dando ocasión a que un amigo

dijera que era preciso variar la muestra del establecimiento, sustituyendo la que existe con la de "Muriosi Fanconi y Compañía"; reuniase allí lo más selecto de la literatura, lo más florido de la juventud y lo más elegante de la milicia, tres instituciones de las cuales sólo la primera ha sobrevivido; y las artes, el comercio y la industria se daban allí en espectáculo a todas horas.

Cuando nosotros llegamos al Suizo, calados y tiritando como es de suponer, el café parecía un hormiguero de gente; miramos al través de los cristales, y allí estaban a pares nuestros amigos, y a docenas nuestros admiradores; el más insignificante de ellos hubiera podido hacer en aquel momento nuestra felicidad; pero todos permanecemos en la puerta; luego, y como impulsados por el mismo pensamiento, doblamos a la derecha y seguimos por la calle de Alcalá.

En el cielo de nuestras ilusiones no se vislumbraba más porvenir que los veintiocho cuartos.

Hízose, por tanto, entrega de ellos a uno de los más caracterizados de la reunión, y éste, acompañado de otro, que fui yo, tomó a su cargo la difícil empresa de dar de comer a doce hombres con aquella suma.

Para lograrlo penetramos en una tienda de comestibles que existe aún casi a la esquina de la calle de Cedaceros, y con acento tranquilo al parecer pedimos al tendero nos diera hasta veintiocho cuartos de pan y queso, advirtiéndole que fuera barato y abundante, pues no éramos solos. El hombre nos contempló un instante, y (no sin emoción consigno este dato) al vernos, y al ver también en la calle al grupo de famélicos que alargaban el cuello como los buitres al olor de la presa, se contentó con decirnos que el queso valía a cuatro reales la libra, y nos dió, sin pensarlo, un trozo que de seguro tenía dos, acompañado de seis u ocho roscas.

Momentos después, sentados los doce en el pilón de la fuente de Neptuno, rompiendo para beber agua los caram-banos de hielo, y entre brindis y discursos tan sentidos como inspirados, saboreábamos con incomparable placer aquella comida, más deliciosa que muchos banquetes y más anima-da que algunas orgías.

Desde aquel día hasta el presente han pasado más de doce años; alguno de los que tomaron parte en el festín ha disfrutado quince mil duros de sueldo; el más pobre de todos puede dar de limosna, a cualquier hora, el pan y el queso que le tocaron en suerte aquella noche; y sin embargo, más de una vez han suspirado de alegría al recordar los sueños de entonces y compararlos con las realidades de ahora. ¿Será necesario decir por qué? Tanto valdría preguntar al niño por qué prefiere el cristal al diamante y la mariposa al cóndor.

¡Misterios incomprensibles de la edad!

En cuanto a mí, lo he dicho ya, y lo repetiré una y otra vez: miro con terror la aproximación de la Cuaresma, acaso porque es el precepto y no la necesidad lo que me obliga al ayuno; y acaso también porque desde que como todos los días voy perdiendo la fortaleza del estómago.





XIX

Cómo se fundó el Gil Blas.—Intimidades.

POR aquellos tiempos de Narváez, que los progresistas llamaban ominosos, y hoy pudieran llamarse animosos, ya que de ánimos andábamos bastante mejor que ahora, llegaron a Madrid, procedentes de la isla de Cuba, un distinguido escritor, indudablemente el primer satírico de nuestra época, y un notable caricaturista, de gran popularidad en La Habana. La *gente vieja* habrá adivinado ya a Juan Martínez Villergas y a Víctor Patricio de Landaluce.

Conocía yo a Villergas de antiguo, y aun le trataba con alguna intimidad desde que, en unión de Eduardo Asquerino, visitó años antes el humilde tugurio de la calle del Mesón de Paredes, donde la Cuerda granadina había sentado, en 1854, sus *reales*, metafísicamente hablando, y donde vinieron a buscarnos, a Pedro Antonio de Alarcón y a mí, para que nos encargásemos de redactar *El látigo*, convertido por ellos, según malas lenguas, en caña de pescar.

Villergas y Landaluce se traían de Cuba 18 ó 20.000 duros ganados con *El Moro Muza*; y víctimas de la tiranía fiscal que allí pesaba sobre el periodismo, y creyendo, ¡dulce y disparatada creencia!, que por acá sería más suave, pensaban reanudar en España su publicación. Habló Villergas

conmigo del asunto; preguntóme con qué elementos podría contar entre los escritores festivos, y yo, sin ocultarle las dificultades y peligros de la empresa, le dije que lo que debía hacer, a mi juicio, era reunir a los tres o cuatro que le indiqué, y consultarles el proyecto, que, por otra parte, no me parecía descabellado, pues carecíamos de prensa satírica, y la gente se acordaba de *El Padre Cobos*.

En efecto; Villergas y Landaluce nos invitaron a almorzar en la calle del Clavel, donde vivían, y tras animada discusión, y puestos de acuerdo con Rivera, Correa y algún otro, decidimos publicar un gran periódico satírico... que no llegó a publicarse... ¿Por qué? Porque obedeciendo las prescripciones de la ley de imprenta, enviamos a la censura un número *prospecto*, que todos habíamos escrito *con amore*, y que llevaba, además, una soberbia caricatura, y el número fué prohibido, denunciado, recogido, y hasta creo que hubo amenazas de patíbulo para los redactores. Landaluce y Villergas comprendieron la suerte que aguardaba a sus 18 ó 20.000 duros, y poco después *El Moro Muza* volvía a publicarse en La Habana.

Quedó, sin embargo, en nosotros el germen de la idea, a la que sólo el espíritu práctico de Luis Rivera, ayudado por una feliz casualidad, logró llevar a la realización. El, lo mismo que los demás, era pobre, y ¿cómo reunir las 25.000 pesetas que se exigían para depósito en metálico? Un amigo y paisano suyo, llegado por entonces de Extremadura, se ofreció a resolver el problema. El choricero, según le llamábamos, no tenía antecedentes literarios, pero tenía 5.000 duros, y lo que es más raro aún, aquéllos para tirarlos por la ventana, si llegaba el caso.

Aquellos 5.000 duros, que Luis Rivera le devolvió a los pocos meses con las ganancias del periódico, de que era el único propietario, pues yo preferí un sueldo mezquino a la

participación que me ofrecía, engendraron los 30.000 que produjo el *Gil Blas* a su director, y que éste, muerto prematuramente, pudo legar a su viuda.

¡Pobre Luis! Por trabajador, por honrado, por liberal, merecía haber gozado esa fortuna con salud. Pasó en la agitación y en la miseria la primera mitad de su vida, y no alcanzó el reposo y la paz que le brindaba la segunda. Son pocos los que le conocieron, y menos aún los que le recuerdan. Pero los compañeros que le sobrevivimos, Eusebio Blasco, Federico Balart, Sánchez Pérez y alguno más, no le olvidamos.

Como Emilio Alvarez, muerto recientemente en Chile; como Narciso Serra, inmortal por sus obras, Luis Rivera, antes de ser poeta, fué actor de los que no consiguen pasar de medianos; recorrió en alegre estudiantina, de la que formaba parte también el que después se hizo aplaudir llamándose el tenor Manuel Sanz, casi todo el territorio español y lusitano, y demostró lo mismo en sus producciones teatrales que en sus campañas periodísticas lo que hubiera podido ser si la sorda enfermedad que desde la juventud minaba su existencia no hubiese limitado sus energías ni contenido los vuelos de su imaginación.

En cuanto al papel que en la política y en la literatura tocó desempeñar al *Gil Blas*, no es a nosotros a quienes corresponde decirlo; pero sí debemos vanagloriarnos de su éxito, que no fué ciertamente un éxito de ocasión, pues aun hoy se repiten sus epigramas y se confirman sus predicciones.

No se encuentra una colección para un remedio, y el que la posee y se desprende de ella no lo hace por codicia, sino por cariño. Así me desprendí yo de la mía, cediendo a las instancias de uno de mis mejores amigos de Montevideo, y sintiéndolo en el alma, porque era la más completa de to-

das, teniendo hasta los números que no llegaban al público por haber sido prohibidos o mutilados por la censura.

Otra persona existe aún que guardaba también estos números más o menos emborronados por la tinta de imprenta. ¿Quién era esa persona? No puedo asegurarlo. Lo único que sé es que una noche en la tertulia del teatro de la Zarzuela se me acercó el eminente pianista Juan Guelvenzu, y me dijo con cierto misterio:

—Oye, Manolo, necesito de ti un favor.

—Si es cosa que está en mi mano, pide por esa boca.

—Sé que el *Gil Blas* de hoy ha sido recogido por un artículo de Roberto Robert y unos versos tuyos, y necesito a toda costa ese número, y, si no se ha llegado a tirar, una prueba.

—Te lo enviaré mañana mismo.

—Gracias. Y además, como el amigo que me ha dado este encargo lo ha de repetir en todas las ocasiones análogas, ya lo sabes; todos los números que el fiscal denuncie o la autoridad mutile, enviámelos bajo un sobre.

—Corriente, y tú me los pagarás con un rato de música.

—Trato hecho.

Aparte de la música, que oí varias veces con delicia, al día siguiente y todos los siguientes días a aquél en que se remitía a Guelvenzu algún número *secuestrado*, llegaba a mi casa, y enviaba yo a la redacción de *Gil Blas*, un paquete con dos o tres cajas de magníficos habanos, que yo ni siquiera deshacía al leer en él este rótulo: *para los redactores*. Esto no es decir que renunciara a los que me tocaban llegado el momento de la distribución.

Inútilmente trato de recordar la marca estampada en las cajas; sólo recuerdo que los cigarros tenían anillo y en el anillo una corona real.



XX

*La muerte de Quintana. — Un soneto de
Carolina Coronado.*

EL suceso más culminante de los ocurridos en 1857, y que la muerte del ilustre poeta José Zorrilla ha renovado hace poco en mi imaginación, fué sin duda alguna la muerte de Quintana. Tocóme ser testigo presencial de los últimos instantes de tan famoso ingenio, no sólo por el cariño que le profesé, y con que pagaba al anciano las atenciones y bondades que había dispensado al mozo, sino porque mi calidad de periodista me imponía el deber de estar al corriente de las cosas. Era yo por entonces gacetillero a la vez que corrector de pruebas de *La Discusión*, el periódico más perseguido de aquella época, pero también el más importante, pues lo dirigía don Nicolás María Rivero y sus redactores políticos se llamaban Pi y Margall, Fernández Cuesta, Castelar, Ortiz de Pinedo, Martos, Roberto Robert, Gómez Marín y Sorní, teniendo por colaboradores literarios a Carolina Coronado, Pedro Alarcón, Fernández y González, Juan de Dios Mora, Martínez Muller y Bernardo López García.

Para consuelo y satisfacción de los muchos jóvenes que viven hoy de las letras, conviene hacer constar que por todo mi trabajo, bastante pesado, especialmente el de corregir, pues me tenía en la imprenta hasta que el número entraba

en la máquina, o sea hasta después de amanecer, ganaba yo treinta duros mensuales, con envidia de la mayoría de mis compañeros y asombro de Juan de la Rosa González, quien me apellidó en cierta ocasión el Rotschild de la gacetilla.

Llevaba muchos días postrado en cama el insigne autor de *Pelayo*, y los *chicos de la Prensa*, como ahora se dice, acudíamos diariamente a su domicilio, calle de Pontejos, para informarnos de las alternativas de su enfermedad. Según mi costumbre, saludé la aparición del alba el 17 de marzo, y después de haber tomado un chocolate en el café de la Iberia, donde los mozos actuaban ya de barrenderos, encaminé mis pasos a la morada del gran poeta. No me atreveré a asegurar que nadie se enterara allí de mi arribo. La puerta estaba franca, y las pocas personas que asistían al enfermo iban de un lado para otro con el aturdimiento que precede a todas las catástrofes. No tardó en llegar la que se temía. A eso de las siete, y después de un sueño largo y tranquilo, el doliente levantó su hermosa cabeza, que la Reina había coronado de laurel de oro y la edad de cabellos blancos, llamó a su sobrino, y preguntando: "¿Qué hora es?", volvió a dormirse, pero esta vez para no despertar.

Corrió la noticia por Madrid como si el teléfono se hubiese anticipado a nacer para transmitirla, y pasó entonces no solamente lo que pasa en semejantes casos, sino algo que no suele pasar en la mayor parte. Don Manuel José Quintana moría en un estado de fortuna que casi se aproximaba a la indigencia. Era, pues, necesario desprenderse de algunos muebles y efectos para satisfacer deudas apremiantes; y esto hizo que varios prederos, o bien avisados de antemano o bien conocedores de la urgencia, se presentaran en la casa, confundidos con las varias personas que acudían a contemplar el cadáver o a ofrecer sus servicios para la conducción.

Carolina Coronado fué de las primeras que se acercaron

a orar a la cabecera del lecho mortuario, y cumplido este deber penetramos juntos en el modesto cuartito que sirvió de despacho al cantor de la Imprenta. Una sencilla mesa con pupitre, un tintero grande de porcelana y un frasco de vidrio con varias plumas de ave puestas en remojo, atrajeron al mismo tiempo nuestras miradas.

—Para él no se habían inventado las plumas de acero— exclamó Carolina.

—Es verdad, y sin embargo, ya quisieran las nuestras poseer la inflexibilidad y fortaleza de la suya.

—¿No le parece a usted, Manuel, que sería curioso escribir en esa mesa y con esas plumas algo a la memoria de Quintana?

—Yo no tengo ningún inconveniente.

—Ni yo.

—Pues ea: manos a la obra. ¿Qué va a ser?

—Un soneto.

—Aprobado: un soneto cada uno, pero sólo para nosotros, y dándome usted el suyo y guardándose el mío.

—Trato hecho.

—Y sonetos también.

Quince minutos después salíamos ambos de la mansión donde aquella voz robusta se había apagado para siempre. Por supuesto, llevábamos cada cual en el bolsillo el soneto del otro.

Poseo aún autógrafo el de Carolina Coronado, que a la letra dice así:

LA ALMONEDA EN CASA DE QUINTANA

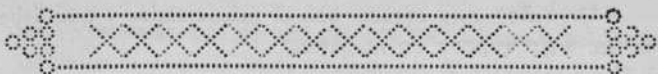
¡Honor al genio! El inmortal Quintana
Ya laureado en el sepulcro queda,
Y su morada, pública almoneda,
La multitud con avidez profana.

Sarcasmo ha sido que en su frente anciana
La corona del triunfo lucir pueda,
Si no hay virtud que muerto le conceda
Lo que nos pide la piedad cristiana.
¡Avergüénzate, raza envilecida,
De ver que así tu vanidad convierte
A Quintana en deudor!... deudor en muerte,
Quien tan justo y honrado fuera en vida...
¡Mas él no es el deudor! ¡España ahora,
España que le hereda es la deudora!

Del soneto mío no guardo ni la memoria ni la idea. Improvisación del momento, tardaría en borrarse menos de lo que tardara en escribirlo. Acaso lo conserve entre sus papeles la triste solitaria del palacio de Mitra, a quien no olvidó nunca, y cuyos dolores acompaña con silencioso dolor

MANUEL DEL PALACIO





XXI

De cómo fracasaron una Nochebuena y una insurrección.—Mi viaje a Cádiz.—Sin dinero y con barba.—Un general... por amor de Dios.—Duelos y quebrantos.

NOCHE feliz como pocas debió ser para mí la Nochebuena de 1865. Traía yo entre manos una aventurilla amorosa con una joven que pasaba por bonita, y seguramente lo era, en cuya casa y con cuya familia nos esperaba a varios amigos alegre y suculenta cena a la que cada cual aportaríamos un ingrediente.

Y lo más sabroso de la cena, según combinamos mi pareja y yo, combinación a que no fué extraño un hábil cerrajero, debían ser los postres.

Pensando en esta noche mis ojos no se cerraron la anterior, y cuando después de almorzar rogué a mi madre que no me molestaran si me dormía un rato en la butaca, un fuerte campanillazo vino a interrumpirme y echar abajo todos mis proyectos.

—Hijo mío—dijo mi madre entrando de puntillas en la habitación—, se ha dicho que no estabas, pero la persona que te busca no lo cree, y contesta que necesita verte sin falta ahora mismo.

—¿Y quién es?

—Un señor muy canoso, con el pelo rizado, y que debe de ser viejo aunque no lo parece.

—¿No ha dicho su nombre?

—La criada recuerda algo así como Milano o Millán.

—¡Toma! Será el general Miláns del Bosch; haga usted que le pasen... Entra, Lorenzo, entra y siéntate.

Era, en efecto, el general Miláns, risueño y colorado como de costumbre, y muy ligero de ropa a pesar del intenso frío que se dejaba sentir.

—Y bien, generalísimo, ¿quieres decirme qué te trae por aquí?—exclamé después de los cumplidos de rigor, y en la tesitura en que le hablábamos cuantos sabíamos que era algo tarde de oído.

—Voy a decírtelo—me contestó con cierto misterio—; pero antes, y para empezar, ¿estamos solos?

—Solos, con la puerta cerrada, y lejos de la cocina; creo que no se puede pedir más.

—Pues bueno; yo no digo nada: es el general Prim el que tiene algo que decirte, para lo cual te espera en su casa esta tarde a las cuatro.

—Hombre, justamente a esa hora tengo que ver a una muchacha, pero no importa; puedes asegurarle que iré...

—Sí, chico, no faltes; mira que los sucesos se precipitan; y no te canso más.

—¿Pero te marchas tan pronto, y sin fumarte siquiera un cigarrillo?

—No tengo tiempo: me quedan aún muchas cosas y no he almorzado.

Estaba muy lejos de ser íntima por entonces mi amistad con el general Prim. La independencia que en política como en todo ha sido siempre la base de mi conducta, me había

hecho censurar más de una vez sus vacilaciones y su apatía, llevando la audacia hasta el extremo de poner en solfa su famoso brindis de los Campos Elíseos. Trataba, sí, con la mayor confianza a todos los que formaban su escolta, o sea a todos los de la Kabila, que ya cuando la expedición a Méjico me propusieron que les acompañara, Y, como ellos, reconocía y acataba la autoridad del ilustre caudillo, apreciando en él además de su indiscutible valor, su certero golpe de vista.

Dejé, pues, a un lado mis planes de diversión, y mis propósitos amorosos, y a las cuatro en punto llamaba a la puerta del general. No tuve que hacer más que pronunciar mi nombre para que un criado me condujera a su despacho. Me recibió de pie, y haciéndome sentar me dijo con la más amable de sus sonrisas:

—No sé si Miláns habrá enterado a usted de mi deseo...

—Miláns no me ha dicho más sino que tenía usted algo que decirme.

—Bueno. Pues ese algo es esto: necesito para el desempeño de una misión reservada y urgente una persona de toda mi confianza, pero que no sea amiga mía, y he pensado en usted.

—Tal como soy me pongo a su disposición.

—En ese caso prepare usted la maleta, porque saldrá para Cádiz en el correo de esta noche.

—¿Nada más?

—Sí: encargo a usted la mayor reserva, pues el Gobierno sabe que conspiramos y ejerce gran vigilancia sobre todos los que me rodean; por esta razón enviaré a usted dentro de un rato la relación exacta de lo que debe hacer y que romperá después de grabada en la memoria; además, y para que sirva de pretexto al viaje, irá con usted Javier Mendoza, que ha dejado pendiente en Cádiz una cuestión periodística y hasta creo que un desafío, cosas ambas en que es-

pero le ayude con sus consejos, procurando quede bien y no cometa nuevas ligerezas, pues tenemos asuntos más serios en que ocuparnos.

—De modo que mi ausencia no será de muchos días...

—Tan pocos que acaso vuelva usted a tiempo de celebrar los suyos en Madrid.

—Es otro el santo de mi devoción, y sentiría no poder tomar parte en la fiesta.

—Presumo que sí. Conque adiós, y buen viaje.

—Adiós, y buena suerte, mi general.

Me apretó cariñosamente la mano, y salió.

En una de las habitaciones inmediatas encontré en animada conversación a Carlos Detendre, Campitos y el conde de Cuba. Los tres me abrazaron en silencio después de preguntarme:

—¿Irás?

A los tres contesté con esta palabra: Sí.

Javier Mendoza era por entonces uno de los tipos más simpáticos y populares de Madrid. Sus amistades con la gente distinguida de la política y de las letras, a la que solía obsequiar con espléndidos banquetes, y sus amores con una artista lírica tan celebrada por su talento como por su hermosura, le habían dado cierta notoriedad, gracias a la cual pasaban casi inadvertidas las murmuraciones que acerca del origen de su fortuna corrían cuando llegó de América. Alegre, decidido, apasionado y liberal, era en resumen un espíritu inquieto que corregía los desequilibrios de la cabeza con las prodigalidades del corazón.

Una hora antes de salir el tren estaba ya Mendoza en mi casa portador de las instrucciones del general, condensadas en tan pocas líneas que mientras las imprimía en la memoria pude esconderlas bajo la tapa del reloj. En el coche que nos

esperaba en la calle acomodamos personas y maletas y nos dirigimos a la estación, no sin dejar yo escrita una carta que mi madre se brindó a hacer llegar a su destino y que por circunstancias especiales recuerdo decía así:

“Querida M.: Asuntos reservados que no son agradables y que pudieran ser peligrosos, me alejan de Madrid por algunos días. Nuestra Nochebuena queda en suspenso, pero todas las noches son iguales cuando son buenas, y un tanto mejores cuanto más esperadas. Como yo en viaje no duermo, ésta la pasaré pensando en tí, y sintiendo no seas tú la que me prive del sueño.”

Acabábamos de instalarnos en un vagón de primera clase y ya nos sonreía la idea de ir solos, cuando en el momento de arrancar el tren subió al carruaje y sentóse frente de nosotros un oficial de la Guardia civil.

Sentí estremecerse a Mendoza, que susurró a mi oído: —¡Ya nos han cazado, Manolo!

—¡Bah!—exclamé yo sacando la petaca. Y luego añadí mostrándola al oficial:

—Vaya un cigarro, mi teniente, para que se nos haga más corto el camino.

—¿Van ustedes muy lejos?

—Casi no lo sabemos, probablemente donde usted.

—Lo dudo mucho, porque yo me quedo en Alcázar.

—¿Está usted destinado allí?

—No: estoy en una comisión de servicio.

—Hombre, qué casualidad. También nosotros llevamos si no una comisión un encargo que no nos hemos atrevido a confiar al correo.

Nuevo estremecimiento de Mendoza.

—¡Ah! ¿tan delicado es?—dijo el oficial.

—Calcule usted: vamos a Andalucía nada menos que a hacer propaganda en favor del periódico *Gil Blas*.

—¿Son ustedes redactores?

—¡Yo no!—interrumpió mi compañero—; pero lo es este amigo a quien tengo el gusto de presentarle, Manuel del Palacio.

El rostro del oficial, que hasta entonces se mantenía serio, se iluminó con una expresión de alegría casi infantil.

—¿De modo que usted es?...—murmuró tendiéndome la mano.

—Sí, señor; yo soy ese poetastro que lo mismo se ríe de la peluca de don Ramón que de la boina de Nocedal y el bonete del P. Claret.

—De los que yo también me reíría si no fuera porque gracias a unos y otros me veo aburrido y sin esperanza de ascender a pesar de mis veinte años de servicios.

Mendoza había dejado de estremecerse. Sólo cuando el tren se detuvo en Alcázar dejamos de murmurar del Gobierno.

Pero estaba escrito que nuestra tranquilidad debía ser poco duradera. Proseguíamos silenciosos el viaje, y libres de testigos inoportunos nos entregábamnos al reposo, cuando al llegar al Empalme, donde bifurcan las dos vías de Cádiz y Sevilla, oímos gritar a un hombre que recorría el andén de la estación:

—¿Viene en este tren don Manuel del Palacio?

—¡Calla!—murmuró Mendoza empujándome hasta hacerme caer en el asiento.

—¿Qué he de callar, hombre? Yo contesto siempre que me llaman.

Y abriendo la ventanilla y sacando medio cuerpo fuera, grité:

—¡Aquí está Manuel del Palacio! ¿qué se ofrece?

Un joven vestido de paisano, pero con gorra de telegra-

fista, se aproximó y después de los saludos y cumplimientos de ordenanza me dijo:

—Soy sobrino de González de la Vega, y acabo de recibir un telegrama de mi tío en que me encarga averigüe si vienen ustedes en este tren y les avise que no sigan su viaje a Cádiz, pues hay dictado auto de prisión.

—¿Contra mí?

—No sé si contra usted o contra otro, pero el aviso es para usted.

—Oye, Javier—murmuré sacudiendo el brazo de mi compañero que dormía o se hacía el dormido—. No sé por qué se me figura que el auto de prisión es para tí, a consecuencia de esos líos que te traes. *Dunque, cosa facciamo?*

—Yo no voy a Cádiz por ahora; me quedo en Sevilla y tú me escribes diciéndome lo que hay.

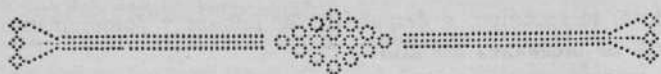
—Corriente: yo sigo mi ruta y suceda lo que suceda. Adiós y prevenido.

—Iré cuando me dejen y tú dispongas.

En esto oí gritar: ¡Pasajeros de la línea de Cádiz, al tren! Y yo y mi maleta obedecemos.

Pocas horas después dábamos vista a la perla del océano, a la tacita de plata donde el azar me preparaba algunos sorbos de hiel que hubieran sido para mí muy amargos a no venir mezclados con manzanilla y jerez seco.





XXII

Continuación del anterior.

CON ser Cádiz tan pequeño y tan conocida la personalidad de don José González de la Vega, pasé tres días buscándole en vano por todas partes hasta dar con él en el vecino pueblo de San Fernando, y vencerme, después de larga y animada conversación, de que no mentían sus amigos al asegurarme que huía de mí cuando yo le buscaba, para evitarse el disgusto de negar al general Prim el apoyo que anteriormente le había ofrecido. Así me lo dió a entender sin retóricas, añadiendo que el Comité no veía en el nuevo movimiento proyectado más que una nueva botaratada del general, de la que saldría como siempre con las manos en la cabeza, y que por tanto quedaban reducidos a pura fórmula los importantes recursos pecuniarios con que se contaba. Algo, sin embargo, debieron de impresionarle las razones alegadas por mí y la seguridad de que sus palabras serían transmitidas fielmente al general Prim, cuando me prometió volver a reunir al Comité y hacer cuanto pudiese para que se modificaran sus decisiones. Afortunadamente, yo no sé si de acuerdo con él o por cuenta propia, varios jóvenes que formaban en Cádiz la lucida hueste democrática, de la cual se destacó más tarde viniendo a ser ornamento de la tribuna parlamentaria a la vez que hábil diplomático y distinguido hombre de gobierno, mi

cariñoso y fraternal amigo Buenaventura Abarzuza, habían puesto al servicio de la revolución su influencia, su palabra y su dinero, y sólo la fatalidad, agente invisible de la Providencia en la mayoría de los casos difíciles, pudo hacer que con los elementos reunidos en Cádiz fracasara aquella insurrección por un simple cambio de ruta.

¡Porque la verdad es que la teníamos bien armada! El alma y el nervio de la conspiración en Andalucía era (y digo era porque desde entonces ni le he vuelto a ver ni sé qué camino habrá llevado, aunque presumo sea aquél que llevaremos todos), era un individuo, plantado entre los treinta y los treinta y cinco años, que por su carácter y por su figura lo mismo podía ser eclesiástico que militar, y lo mismo jefe que subalterno por su decisión y su prudencia. Llamábase Crehuet, y estaba dotado de las dos cualidades más esenciales en un conspirador: actividad y sangre fría. El solo, siguiendo las instrucciones de Prim, a quien adoraba como a un ídolo y servía como un esclavo, se había entendido ganándolos para su causa con los batallones de infantería de marina del Departamento, con los de carabineros, con muchas de esas agrupaciones que pueden llegar a ser partidas, y que se disuelven o se agrupan en un abrir y cerrar de ojos; con todo lo que a su juicio constituía un elemento de fuerza, y cuando no, de oposición contra el Gobierno; el empleadillo víctima de la injusticia, el vendedor perseguido por el agente, la viuda a quien le niegan la viudedad, el mendigo a quien le dificultan la limosna; he aquí el público de Crehuet, que él halagaba o enfurecía a voluntad, moviéndolo como las figuras de un teatro Guignol. En cuanto a él, humilde, casto, frugal, de nada necesitaba ni nada le atraía; todo por la causa y para la causa, tal era su lema, y tan pronto hacía un viajecito de tres o cuatro leguas a pie para visitar al cabo de un destacamento que iba a ser relevado, como venía

a mi casa en actitud suplicante a pedirme tres o cuatro duros (que yo solía no tener y buscaba no sé dónde, pero acaso Abarzuza lo sepa) para mandar un propio a la caballería del Puerto.

Porque, quiero decirlo de una vez y sin ambages ni repulgos: aquí, donde se ha gastado tanto en conspiraciones que hay quien se hizo rico distribuyendo fondos, hay también algún incauto—¡poeta al fin!—que, como yo, ha conspirado de balde, por inspiración propia y en beneficio ajeno, casi desde que tenía uso de razón, y siempre en pro de los liberales: los mismos que, andando el tiempo, y parados ellos, habían de jubilarme con violencia y estupidez notorias y juzgando sin duda por la suya de mi inutilidad.

Y la mejor prueba de la escasez de medios que yo aportaba a tamañas empresas, es que en la de Cádiz tuve hasta que dejarme la barba por razones de economía, pues los cincuenta o sesenta duros con que salí de Madrid y que creí suficientes para tan corto viaje, naufragaron en un "golfo" que yo no conocía, situado en el Casino, donde habían naufragado antes que yo los generales Acosta y Palanca, que entretenían allí sus ocios mientras llegaba el barco de vela que iba a conducirles deportados a las islas Marianas. Por cierto que la comunidad en la desgracia nos llevó a hablar de la comunidad de ideas, y ya en ésta no nos detuvimos hasta llegar a la comunidad de propósitos. Y era lo que yo les decía:

—Estamos en vísperas de una insurrección preparada y dirigida por el general Prim. Ustedes son sus amigos y como a tales los destierran; pero yo, lejos de compadecerles, los considero desterrados voluntarios.

—¿Y por qué?

—Pues muy sencillo: porque si ustedes en vez de esperar tranquilamente el buque donde les llevarán, se pusieran al

frente de las tropas aquí comprometidas y que esperan también en los cuarteles al general que les han anunciado, podrían ahorrarse la incomodidad del camino.

—Sin duda; pero nuestro deber como militares y por otra parte la falta de instrucciones en ese sentido, nos obligan a permanecer neutrales. Además, ¿quién sabe si el general Prim llevará o no adelante su plan? Esperemos.

Poco tiempo tuvimos que esperar. El telégrafo nos anunció el alzamiento de Prim en Villarejo de Salvanés, el tres de enero; algunas horas más tarde el vigía anunciaba la entrada en el puerto de la fragata en que debían embarcarse los generales Palanca y Acosta... que efectivamente se embarcaron.

Sólo en Palanca hubo un instante de vacilación. Al ir a salir de casa para dirigirse al muelle, se me acercó y me dijo al oído:

—Si logro se quede aquí el ayudante que ha de conducirnos y puedo yo llegar al cuartel, me sublevo.

Y luego añadió en voz alta:

—Señor ayudante: ruego a usted me esperen unos momentos, pues vuelvo en seguida; bajo a comprar unas cosillas que necesito, entre ellas unos guantes de viaje.

El ayudante se sonrió y repuso: —No se inquiete usted, todo lo que quiera tomar lo tomaremos de paso.

El general alzó los ojos al cielo, yo los bajé.

Al entrar aquella noche en el hotel de las Cuatro Naciones, donde yo vivía, me aguardaba una nueva sorpresa. Crehuet se paseaba por mi gabinete sombrío y receloso.

—¿Qué ocurre?—le pregunté alarmado.

—¡Friolera!—murmuró dando un bufido—. Que han ido a prenderme hace un rato.

—¿De veras? ¿Y cómo está usted aquí?

—Milagrosamente: me disponía a echarme a la calle con la idea de buscar otra habitación, cuando llamaron a la puerta; me aproximé con sigilo a la ventanilla por si era algún importuno, y ví una pareja de civiles armados, por lo cual aprovechando la oscuridad del recibimiento abrí sonriente y preguntándoles con mucha calma:

—¿Es al señor Crehuet a quien ustedes buscan?

—Sí, señor.

—Pues pasen ustedes, y ahí lo tienen: en su despacho, por el pasillo de enfrente, a la izquierda. Cerré la puerta dejándoles dentro, y aquí me he venido a la carrera.

—¿Y no ha dejado usted allá papeles o algo que le comprometa?

—Nada absolutamente: todo lo tengo en lugar seguro, y a mi alcance; sólo yo debo esconderme, y en sitio donde me pueda ver alguien que espero.

—Corro a buscarle, y mientras tanto arréglese usted como pueda; el fondista es de mi confianza.

Aquella misma noche quedó perfectamente instalado en el sótano de una casa grande, propiedad de un antiguo patriota que al bajar en persona a darle posesión del nuevo domicilio nos dijo mostrándonos las paredes:

—Aquí resonaron voces elocuentes cuando la tiranía ahogaba en los cadalsos la voz de los patriotas; aquí se reunían nuestros padres en épocas tristes que plegue a Dios no se reproduzcan!

Y se alejó, no sin descubrirse delante de un retrato de don Rafael del Riego y de una gran litografía que representaba apiñados en forma de pirámide "los mártires de la libertad".

Antes de separarse de Crehuet y después de pasar revista a su encierro que a luz del gas y con su techo abovedado

parecía una hermosa bodega en que sólo faltaban las pipas, éste me llamó y me dijo con mucho misterio:

—Hay una comisión importante que yo debía desempeñar mañana, y en la que usted tiene que sustituirme o al menos en la primera parte.

—Usted dirá...

—Es la siguiente: mañana por la tarde llegará un vapor del cual desembarcará un batallón con cuyo comandante tengo necesidad de conferenciar. Es preciso que presencie usted el desembarco, que vea y conozca al comandante, y que con todas las precauciones lo conduzca aquí.

—Un poquillo vago es eso, pero se hará.

—El comandante se llama Z.; no se le despintará a usted sabiendo que es viejo, grueso, calvo y con bigote y perilla grandes y canosos. Al estar cerca de él y cuando nadie pueda oírlo, pregúntele usted muy quedo: —¿Y María?— El preguntará entonces por mí, y usted, indicándole lo que pasa, hace que le siga y me lo trae.

Este y otros incidentes análogos fueron mi preocupación y mi entretenimiento durante muchos días. ¡Qué angustias!, ¡qué zozobras!, pero también ¡qué sueños!, ¡qué esperanzas! ¿Vendrá o no vendrá? Desde Despeñaperros adelante hubiera sido la suya una carrera de triunfos. Agoté mi bolsa y sangré las de mis amigos para enviarle hasta tres o cuatro emisarios. ¿Llegaron o no llegaron? No lo he sabido nunca. Lo que supe y con el dolor que pueden ustedes figurarse, es que Prim y sus compañeros habían entrado en Portugal. De la rabia que me dió estuve lo menos cuatro días sin saludar a Mendoza. Porque se me había olvidado decir que Mendoza sólo vivió ausente de mí una semana. Vino a Cádiz en seguida que le avisé que sus amigos habían puesto por él fianza carcelaria y no tenía nada que temer de la policía. En cuanto a su duelo, tuvo, como era de esperar, un

desenlace cómico, el que solían tener en aquella época y en aquella vecindad todos los lances de este género y que explicó Pepe Navarrete del siguiente modo al volver de una juerga:

—Desde que don Alejandro Llorente mató hace algunos años en desafío a una persona importante de esta población, no ha vuelto a haber en Cádiz encuentros que puedan llamarse formales. Fuera de las puñalaitas que suele repararse la plebe sin requisito de ninguna clase, lo demás se reduce a conversaciones de Puerta de Tierra. Si hay una cuestión entre dos caballeros, se nombran padrinos, se discute casi públicamente quién tiene o no tiene razón, se llega hasta a establecer las condiciones del lance; ha habido casos de ir hasta el terreno...

—Pero una vez allí ¿quién evita?...

—Pues quien lo evita todo, bueno o malo: la autoridad.

—Vamos, un padrino que avisa...

—Eso: un padrino "u lo otro".

—De modo que no debemos batirnos...

—Sí, Manolico, sí; con todo el mundo, con tal que nos dejen la elección de armas: manzanilla y ostiones.

No sé si sería en esto o si sería en que por esto y lo de más allá había yo dejado de pasar la Nochebuena en una casa de que aún guardaba la llave en el bolsillo, en lo que pensaría yo, una tarde en que la lluvia me tenía prisionero en el Casino, cuando sentí que me daban unos golpecitos en la espalda. Era Jorge Mendaro, que sacando no sé de dónde la dulzura que le negó Naturaleza, me dijo:

—¿Quieres explicarme qué haces aquí, Manolico?

—Aguardando a que pase el chaparrón.

—¿Y si no pasa?

- Hacer lo que he hecho ya tantas veces: aguantarlo.
—Mendoza me ha dicho que se marcha.
—Sí: a Lisboa, a unirse con el general Prim.
—¿Y tú?
—¿Yo? No pienso unirme a nadie por ahora.
—Vamos: sé franco, y no olvides que soy tu amigo.
—¿Qué quieres decir?
—Lo que tú debías haberme dicho: tú necesitas dinero.
—Creo que sí.
—Vete mañana por mi despacho y me dirás cuánto.
—¿Qué sé yo! Tengo que pagar en la fonda, afeitarme, y otras varias menudencias.
—Bueno: piénsalo, y hasta mañana.
—Adiós.
-

Una carta con su contestación al respaldo que encuentro entre mis papeles y anotaciones de Italia son el final de este episodio y el saldo de esta cuenta. Dicen así:

“Señor don Manuel del Palacio, encargado de Negocios de España:

Querido Manolo: Por la casa de banca Fenzi y Compañía, de Florencia, te será presentada para su aceptación un letra de mil y pico de liras, equivalentes a mil pesetas, las mismas que tuve la ocasión y el gusto de prestarte en Cádiz hace algún tiempo. Nunca te hubiera reclamado esta cantidad, cuyo generoso y patriótico empleo me consta, si a ello no me obligaran graves apuros de dinero, pues desde entonces acá mi posición ha cambiado por completo y estoy casi pobre. Te ruego no desaires mi firma, y quedo como siempre tuyo afectísimo amigo, *J. Mendaro.*”

“Señor don Jorge Mendaro, Madrid. Querido Jorge: Antes de recibir tu carta me fué presentada tu letra por el

cofrador de la casa Fenzi. Aunque a ocho días vista, la pagué en el acto. Contesté de este modo al acreedor: debo ahora contestar al amigo. Siento como propios tus quebrantos, y si crees que para remediarlos en algo bastaría que me giraras de cuando en cuando letras como la que he pagado a Fenzi, hazlo con entera libertad y seguro de que me darás un placer. También mi posición ha cambiado, si no tan radicalmente como la tuya, lo bastante para sacar de apuros a un amigo si éste los tuviera pequeños y no muy a menudo. Es tuyo de corazón y te abraza...





XXIII

Mis prisiones.—Malas obras y malos pensamientos.—Un nudo que se deshace.—Esbirros y polizontes.—La profecía de Topete.

LA primera vez que yo sufrí persecución por la justicia, si justicia puede llamarse la de estos tiempos, fué en mayo de 1867, reinando—digámoslo así—don Carlos Marfori, y asumidas en su autoridad de gobernador de la provincia facultades discrecionales en todo aquello que tuviera relación con el orden público.

No merece tal personaje los honores de una biografía, ni es acto noble ni generoso el de cebarse en los caídos y vituperar a los muertos; pero como explicación del odio de que el señor Marfori me hizo víctima y de la saña y mala voluntad con que por él fuí perseguido, debo consignar algunos antecedentes.

Allá por los años de 1850 a 1851, siendo mi padre tesorero en Granada y yo escribiente primero de la Tesorería, apeábase a la puerta de la oficina casi todos los fines de mes y penetraba en ella, después de atar a una columna del patio la mula o el rocín que le servía de cabalgadura, un hombre vestido a lo jaque, con chaquetilla corta o marsellés abrochado, según las estaciones, amén de sombrero ga-

cho, polainas y demás adornos y arrequíves. Su rostro, en armonía con su traje, ostentaba unas enormes patillas de las llamadas de "boca de jacha", y a no haber sido por su estatura, algo rechoncha, y sus labios salientes y gruesos, hubiera podido pasar por un buen mozo. Aquel individuo era administrador de las salinas de la Malá, con tres mil reales anuales de sueldo, y venía mensualmente, no habiendo remesa de caudales a Málaga, a entregar en Tesorería el sobrante de la recaudación, que rara vez pasaba de otros cuatro o seis mil.

Cuando había remesa, de la que yo era siempre conductor, el señor Marfori, a quien supongo habrán ustedes reconocido, esperaba mi paso en Loja y allí efectuábamos la operación del ingreso, añadiéndolo a la suma remitida.

Lo mismo en la oficina de mi padre que en aquella posada de Loja, donde una noche al servirme la cena se me ocurrió pedir un palillo y me contestaron que no querían traerlos de Granada, pues los viajeros se los llevaban a medio usar, tuve ocasión de hacer algunos pequeños favores al Sr. Marfori; le permití sentarse mientras le extendía la carta de pago; le despachaba después de la hora para que regresara cuanto antes a su pueblo; hasta creo que echamos juntos más de un trago, y dudo fuera él quien pagase.

De todos estos agravios míos se vengó Marfori apenas el capricho, la más estúpida de las deidades, le encaramó a las alturas del poder. Y aquí, aunque de pasada, quiero abordar otra cuestión. ¿Por qué fui yo preso y desterrado en 1867? Creyóse entonces, y hay quien lo sigue creyendo todavía, que la causa fueron unos versos doblemente indecentes—porque sobre ser indecentes eran anónimos—. Y hoy, que mayores infamias son tenidas por títulos de gloria, en Dios y en mi ánimo juro que jamás he negado la paternidad de mis obras, ni me he valido de subterfugios para ocultar

mi nombre. Hasta una vez, cuando la democracia se veía perseguida a muerte por Nocedal y tuvimos que constituirnos en sociedad secreta para poder comunicarnos y preparar ciertos trabajos electorales, en las listas donde abundaban los Mirabeaux y los Robespierres, yo seguía llamándome Manuel. Bien lo recordará, si vive, un Sr. Sánchez Ocaña, a la sazón juez de Madrid, que entendió en la causa formada con este motivo, y que cuando fuimos a declarar Pi y Margall, Roberto Robert, Castelar y varios más, me hizo entrar el primero, y después de otras preguntas capciosas, me dijo, mostrándome unos papeles hallados por la policía al registrar las mesas de la *Discusión*: "Usted, que siendo joven no puede menos de ser franco y leal, ¿es cierto que figura usted al lado de sus compañeros en esta lista de conjurados?"

—Señor juez—le respondí—, no sé nada; pero no me extrañaría, porque yo danzo en todo lo que huele a jolgorio.

—¡Sí, eh? ¿De modo que usted anda en eso de las sociedades secretas?

—A veces: tuvimos una que se llamaba "el Farol", en que nos divertíamos mucho.

—Siendo así, este nombre de Manuel...

—¡Es el mío, señor juez!

—Vamos, vamos: anote usted, señor fiscal, que el señor Del Palacio declara estar incluido en la lista de conspiradores...

—Despacito, señor fiscal, y no nos embrollemos. Yo no he declarado otra cosa sino que me llamo Manuel; pero yo tengo mi apellido.

—Entonces, si este Manuel no es usted, ¿quién es?

—A ustedes toca averiguarlo; a mí lo mismo me da que sea Manuel Ossorio que don Manuel Alonso Martínez.

Detrás de mí entró a declarar Roberto Robert. No sé lo

que pasaría entre ellos. Lo que sé es que Roberto salió de allí para un calabozo, donde estuvo más de cien días.

Hay también otra razón para que aquellos versos, no destinados a la publicidad y producto de una broma entre varios escritores, reducida a traducir al lenguaje poético lo que en prosa vil narraban las crónicas secretas, no tuvieran que ver ni poco ni mucho con mi prisión y mi destierro. Verificáronse éstos en el mes de mayo, y ya en el Carnaval había yo recorrido el Prado de máscara y en coche por haberme dicho Esteban Collantes en casa de María Bushenthal que el gobernador me iba a prender. Y prueba de ello que prendieron a Luis Rivera, el cual recobró la libertad tan pronto como ví yo a González Bravo, y que Blasco tuvo que andar a salto de mata. Nuestro delito era *Gil Blas*, y como en él satirizaba yo a menudo al santo que había conocido ciruelo, así que éste se vió investido de autoridad discrecional, hizo lo que habría hecho antes, a no formar parte de aquel Gobierno dos tan íntimos amigos míos como Severo Catalina y Tomás Rodríguez Rubí. Y por si faltara algún dato en demostración de su torcida conducta, añadiré que González Bravo, al enviarme su secretario pidiéndome excusas por lo que no había podido evitar, me anunció que no iba más que a Canarias, pues así se lo prometiera Marfori, y para Canarias llevaba yo cartas de crédito y de recomendación. Y luego, al llegar a Cádiz, en cuya cárcel pasé la noche incomunicado—al parecer, pues por los terrados vinieron a verme y abrazarme Ramón Correa, Asquerino, el duque de San Lorenzo, Fermín Salvoechea y hasta personas a quienes no trataba—, supe por el gobernador Belmonte que tenía orden de embarcarme para Puerto Rico sin dilación ni pretexto alguno, retrasando, si para ello era preciso, la salida del correo.

Tal fué don Carlos Marfori, que pasó de la privanza al

olvido con la misma rapidez que había pasado de la oscuridad a la privanza, y al cual reservaría la historia un triste papel, si la historia no supiera distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre los héroes del drama y los personajes del sainete.

Veamos ahora cómo se verificó mi prisión, que por circunstancias del momento acaso vino a cambiar la faz de mi existencia.

Aquella Nochebuena con que yo soñaba en 1865 y que dejó en suspenso mi viaje a Andalucía por encargo del general Prim, resultó prólogo de otras muchas a las que era natural siguieran iguales o parecidos días. Esto, y el contraer mi madre segundas nupcias tras prolongada viudez, me inspiró la idea de establecerme por mi cuenta, lo cual realicé en pocas horas, instalándome en una modesta pero linda casa de la calle del Ave María, cuyo interior alegraba vasto jardín contiguo a viejo caserón de la calle de la Cabeza, del que eran no sé si propietarios o inquilinos los señores Sobejano, muy nombrados en el mundo musical.

En aquel apacible sitio, sin más compañía que la de una ama de llaves de diez y ocho años y una maritornes de cincuenta, pasaba yo la vida, escribiendo diariamente versos y prosa en periódicos y revistas, o arreglando del italiano o del francés obras líricas para el teatro de la Zarzuela, de cuya tertulia—que en graciosos artículos fotografió el desdichado y mordaz Eduardo Saco—fuí asiduo y no mudo concurrente.

Si se exceptúa la santidad del hogar, base y fundamento de la familia, según autores muy respetables, nada faltaba en el mío, donde la salud y el buen humor suplían la escasez de dinero, que además no era tanta que no nos permitiese de vez en cuando el placer de vernos acompañados a la

mesa por algún amigo. Solían ser nuestros comensales Enrique Tamberlick, sublime hasta en su ocaso; Francisco Pla, célebre y malogrado pintor de los Campos Elíseos; Cosme Algarra, que lo mismo dibujaba una figura que refería un chascarrillo o cantaba un trozo de ópera; el cura Laforga, cuyo carácter alegre y aficiones mundanas disculpábamos los que conocíamos su corazón de oro, y Pepe Casares, el único viviente de todos ellos, que continúa usando su bastón-batuta y no quitándose el cigarro de la boca más que para comer. Iban así corriendo los días, y así llegó la noche del 25 de mayo, en que se estrenaba un drama de Patricio de la Escosura en la Zarzuela—titulado, si no recuerdo mal, *La Corte del Buen Retiro*—y subía yo a felicitar al actor al final del segundo acto, cuando tropecé con Narciso Serra, que en voz baja y misteriosa me dijo:

—Manolo, te prevengo, por lo que pueda convenirte, que anda por abajo un inspector a quien conozco, y creo te busca las vueltas.

—Pues la única que tengo es la que me ha dado el cochero al venir.

—Sí, sí; riete lo que quieras, pero ponte en guardia por si acaso.

—Muchas gracias, Narciso; mas lo que fuere sonará.

Llegamos al saloncillo, donde ya había corrido la noticia, siendo muchos los que me rodearon para aconsejarme. Salas y Gaztambide proponían que no saliera del teatro, seguros de que escondido allí era imposible empresa dar conmigo. Algarra me brindaba su estudio de la calle de San Agustín, al que me llevaría disfrazado, a las altas horas, dándole aviso al conde de San Luis, vecino y propietario de la casa. Hasta hubo quien insinuó la idea de organizar una ronda que, armándose en la guardarropía, cerrara a cuchilladas con los

polizontes, si éstos esperaban en la calle el término de la función.

Por fin no se resolvió nada de extraordinario, pues a todo me opuse. A la hora acostumbrada salí del teatro, y solo y despacito, pues la noche convidaba a pasear, me dirigí a mi casa, donde llegué sin otra novedad que la de haber llevado de escolta durante el trayecto varias sombras, que lo mismo podían ser de amigos cuidadosos que de miserables espías.

Y eran, sin duda, lo último, pues a la mañana siguiente, al salir la criada a la compra, dos hombres la sujetaron por los brazos, preguntándola el más resuelto:

—¿Es usted la sirvienta de don Manuel del Palacio?

—Sí, señor—exclamó asustada la infeliz.

—¿Trae usted la llave de la puerta?

—Sí, señor.

—Pues ea, suba usted y entraremos.

—Pero ¿qué tienen ustedes que ver con mi señorito? Yo no abro sin que él me lo mande.

—Calle usted, y no replique a la autoridad.

Esto, seguido de un violento empujón, bastó para decidir a la pobre mujer, que subiendo en cuatro brincos la escalera, penetró en mi alcoba gritando:

—Señor, ahí están unos tíos que buscan a usted...

—Ya sé quiénes son—exclamé filosóficamente. Y después y con la misma tranquilidad, añadí, volviéndome hacia el ama de llaves:

—No llores ni te inquietes: he puesto la casa a tu nombre, y todo cuanto hay en ella es tuyo; por mi parte, nada te exijo. Si no puedes hacer lo que debes, haz lo que quieras.

Mis acompañantes tuvieron la bondad de no atarme, y salimos. Ya en la calle, pude observar que la casa estaba cercada y que algún vecino indiscreto me hacía señas desde el balcón.

Fuí tres días huésped del Saladero; al cuarto, o sea el 30 de mayo, a las dos de la tarde, zarpaba de Cádiz el vapor de la Transatlántica "Infanta Isabel", y sentado en la popa veía yo alejarse el bote en que habían venido a despedirme muchos amigos, y entre ellos el marino don Juan Topete, que estrechándome la mano, me dijo al oído:

—Iremos pronto por usted.





XXIV

*Camino del destierro.—A pedir de boca.—
Un coronel triste y un general mareado.—
La partida de tresillo. — Un pagaré más y
un canónigo menos.—El botón de muestra.*

DECÍAMOS ayer (porque desde Fray Luis de León hemos convenido en que “ayer” es toda fecha muy atrasada) que el 30 de mayo de 1867, a las dos de la tarde, zarpó de Cádiz el vapor “Infanta Isabel”, que me llevaba a Puerto Rico en clase de pasajero forzoso, y precisamente en la época en que por medida de higiene suele estar prohibido el embarque de tropas. Confieso con toda ingenuidad que aunque mi situación distaba mucho de ser envidiable, no sentía el menor asomo de abatimiento ni tristeza; al contrario: el espectáculo del mar, que por primera vez contemplaba en toda su magnificencia, después de haber vivido años enteros a su orilla; el panorama encantador que ofrece la ciudad gaditana, alzándose como un canastillo de flores en medio del Océano; el movimiento y animación que acompañan la salida de un buque en el instante de dar el último adiós a la tierra, que a menudo no volvemos a ver, entretenían de tal modo mis ojos y mi espíritu, que acabé por sumergirme en una especie de éxtasis, del que hubiera

tardado en salir si la presencia y el saludo del capitán del buque no reclamaran mi atención.

—Muy buenas tardes, capitán—le dije.

—Tengo que hablar con un usted un rato, lo cual no hice antes por no interrumpir las despedidas de sus amigos. Supongo sabe usted que viene confiado a mi custodia, en virtud de un pliego que he recibido de la autoridad gubernativa, y que debo entregar con su persona a la superior militar de Puerto Rico. Sin embargo, las noticias que tengo de usted me relevan de toda prohibición y vigilancia, y me permiten cumplir otro encargo, más grato, sin duda, para usted y para mí.

—¡Hombre!, ¿qué es ello?—pregunté con cierta curiosidad.

—Pues que he recibido un telegrama de la Casa consignataria, en que don Antonio López, suponiendo que podría usted venir en este barco, me previene que lo ponga por entero a su disposición y le facilite, cargándolo a su cuenta, no sólo el mejor camarote, sino todo aquello de que usted pueda tener deseo o necesidad en el viaje.

—Siempre fué don Antonio muy bondadoso para mí; mas, por ahora, nada necesito.

—Entonces, si a usted le parece, bajaremos a la cámara, en donde le arreglarán su litera y le harán sitio para su equipaje.

¡Mi equipaje! Se reducía a un saco de noche que Delgado Jugo me regaló al saber mi marcha, y para llenar el cual bastaron dos o tres camisas, un trajecillo de alpaca y unas botas. El resto de mi ajuar, que no era escaso, quedaba en Madrid, a disposición de los traperos, por incompatibilidad climatológica. Esto, y una cartera de bolsillo con su pequeño estuche de aseo, que mi buen amigo Fermín Salvoechea me llevó a la cárcel en Cádiz, constituía toda mi im-

pedimenta. El capital lo formaban una bolsita de cuero con varias monedillas de oro, recuerdo de una amiga cariñosa, pobre a la sazón, y hasta unos dos mil reales en billetes, debidos a mi trabajo y no sé si al de los demás. Lo que sé es que en los pocos días que estuve en el Saladero, en particular el que precedió a mi partida, recibí, ya personalmente ya por escrito, ofrecimientos de dinero en cantidad sobrada para haber podido dar la vuelta al mundo. Todos los rechacé, incluso los de una elevada persona, que ya en otras ocasiones había dado pruebas de sus simpatías a los redactores de *Gil Blas*, y los de mi previsor hermano Pepe, que con mucho misterio me entregó un sobre cerrado diciéndome lúgubramente: "¡Ahí tienes mis ahorros!" y a quien contesté riendo: "Guárdalos, porque en tus manos fructificarán y en las mías corren riesgo de disolverse."

—Pero ¿a dónde vas y con qué cuentas?—me preguntó.

—Ni lo sé, ni trato de averiguarlo; la casualidad me empuja, y me dejo llevar. Yo digo lo que cien veces he oído decir a don José Salamanca: que me conduzcan en unión del hombre más hermoso, más sabio y más forzudo, a una isla desierta; que nos dejen allí a los dos solos y desnudos, y a ver cuál de los dos es el primero que sale vestido a la calle.

Algunos llamarán a esto fortuna; yo lo llamo simplemente buena sombra. Esa sí; la he tenido como pocos; no es suya la culpa si no he sabido aprovecharla.

Así que hubimos perdido de vista a Cádiz, comenzó sobre cubierta el desfile de pasajeros. La tarde era espléndida. Cuatro o seis muchachas congregadas en un corro discurrían acerca de si era preferible bailar a jugar, por la noche. Las infelices no contaban con la huéspeda. Ni bailaron ni jugaron. Las ví a las altas horas vagando como espectros por el salón, apoyadas unas en otras, o dejándose caer en ajenos brazos, sin que su hermosura inspirase más que lástima, ni

más que alejamiento el olvido de su pudor. Las corrientes del Estrecho fueron más poderosas que sus encantos. Respecto a mí, había salido vencedor de la prueba. Lo comprendí entonces, y la experiencia me lo ha confirmado después. Cuatro veces he cruzado el Atlántico, sin que ni los arrullos de la bonanza ni las convulsiones de la tormenta hayan podido marearme. Declaro, a pesar de todo, que a medida que me aproximo a la tierra voy perdiendo la afición al mar.

Paseábame yo de popa a proa embebido en mis reflexiones, cuando creí escuchar un sollozo a uno de los lados de la cubierta. Me aproximé, y aunque con dificultad, pues comenzaban a extenderse las sombras, reconocí a un caballero que había comido a mi misma mesa, si bien a distancia, y que por su aspecto parecía militar.

—¿Qué es eso?—le pregunté afectuosamente, tendiéndole la mano.

—¿Qué ha de ser? El sentimiento y la ira que me rebosan por todo el cuerpo, y que acabarán por volverme loco.

—Pues ¿qué le pasa a usted?

—Que siendo como soy un hombre que jamás se ha metido en política ni se ha ocupado más que de cumplir su deber, he sido hace ocho días arrancado de mi casa, en Valladolid, y aquí me tiene usted camino del destierro y sin saber qué será de mi mujer y mis cuatro hijos.

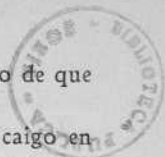
—Y ¿cómo se llama usted y dónde va, si se puede saber?

—Me llamo Pedro Caro, soy coronel de Caballería y voy a Canarias.

—Consuélese usted sabiendo que en peores condiciones hay quien va más lejos todavía. Yo soy paisano, y no pararé hasta Puerto Rico.

—Pero ¿tiene usted también familia, intereses?...

—No señor, ni lo uno ni lo otro. En cambio tengo buen



humor, y lo pongo a la disposición de usted, seguro de que ha de agradecerlo.

—Siento ya sus efectos, compañero, pues ahora caigo en quién es usted, y veo confirmadas las noticias que hace poco me ha dado el general Primo de Rivera al ir a ofrecerle mis respetos.

—¡Hombre!, ¿qué Primo de Rivera es ése? Los conozco a casi todos, y Fernando es años hace muy amigo mío.

—Este es su hermano mayor, don Rafael.

—Y ¿cómo no le he visto yo por ninguna parte?

—Porque está mareado desde que puso el pie en el buque, y ha comido en el camarote. Ahora van a subirle en unos colchones a tomar el aire.

Efectivamente, de allí a poco presenciamos su instalación bajo la toldilla de popa, donde quedó medio acostado, sostenido por unas almohadas y dominando con sus imprecaciones el ruido de las olas, pues siendo como era en su estado normal amable y bueno, tenía cuando se sulfuraba un genio y una literatura imposibles.

—Vamos, general, un poquito de calma—le dije, aproximándome para saludarle—; eso no dura más que dos o tres días.

—¡Dos o tres legiones de diablos que me lleven! No es la primera vez que lo sufro, y sé que el mareo me dura hasta que vuelvo a poner los pies en la tierra.

—Siendo así, no comprendo...

—¡Claro! No comprende usted cómo hago la barbaridad de embarcarme... Pregúnteselo usted a los que me obligan a ello.

—¡Cómo! ¡Si acaban de decirme que va usted de segundo cabo a Puerto Rico!

—Y es verdad, ¡mil bombas! Pero voy tan desterrado como usted.

—Sin más que la pequeña diferencia de haberes...

—¡Pues esa es la villanía! Quitarme de enmedio y hacer creer a mis amigos políticos que les abandono.

Empezaron a menudear las visitas, y pusimos fin a nuestro diálogo.

La monotonía y el fastidio de la vida del mar suben de punto y llegan a hacerse insufribles por la noche. Un ratito de piano, y aun de baile, si lo consiente el balanceo y hay jóvenes de ambos sexos en disponibilidad, y el consabido té con pastas, entretienen algo las primeras horas; al sonar las once apáganse ruidos y luces, y uno a uno desaparecen damas y caballeros para ir a sepultarse en aquellos nichos llamados literas, donde con asombro he oído decir a algunos que duermen, ¡cosa que yo no logré nunca! Y gracias si por concesión especial pude tener alumbrado mi camarote y aguardar el día escribiendo versos que todavía existen en las páginas de *Un liberal pasado por agua*.

Amaneció por fin, y dió principio a mis goces la imprescindible y divertida operación del baldeo. Butacas y mecedoras fueron colocadas en su sitio, y no tardaron en irse ocupando por algunas viejas, más codiciosas de aspirar la brisa de la mañana que del aseo y embellecimiento personal, y no pocos mozos que se encontraban allí menos encogidos que en la cama. Volvieron a subir, abrumados con su peso, los colchones del general, y media hora después, gracias a una serie de hábiles maniobras, que éste precipitó con cuatro gritos, quedó instalada delante de él una mesa de tresillo, en torno de la cual nos sentamos para hacerle la partida un señor del cual sólo recuerdo que era de Matanzas y que tenía un hijo bastante conocido en Madrid y orador en el Ateneo; otro, cuyo nombre he olvidado también, que iba a Cuba con

un destino de cierta importancia, y yo, que ni iba a ninguna parte ni estaba destinado a perder el dinero jugando con maestros, sin haber salido de la categoría de los chambones.

Así, entre puestas y codillos, se deslizaba nuestra existencia a bordo, sin que nos preocuparan un instante las pequeñas intrigas de que oíamos hablar, y que nunca faltan en donde hay hombres y mujeres; ni el temor de que a veces se sentía poseído el pasaje a la idea, enunciada por la tripulación, de que el gran buque de vela que se veía en lontananza pudiera ser una fragata chilena que, estando como estábamos en guerra con Chile y el Perú, tratara de darnos caza; ni siquiera la resolución que nos anunció el "Chato" (mote con el que fué popular en la provincia de Santander y entre los marinos nuestro capitán) de izar bandera inglesa a la aproximación de cualquier barco sospechoso. Lo único que solía turbar nuestra tranquilidad eran los rosarios de palabrotas y letanías de dicterios con que el buen general celebraba los desaciertos de los jugadores. De "viejo imbécil y caduco" calificó al rico matancero; quiso tirar al mar, por haberle cortado una bola, al pobre empleado; a mí, como tenía más confianza, y yo lo tomaba todo a risa, me reñía muy en serio, gritándome de vez en cuando con ira: "¡Vaya usted... a hacer versos!" —A la noche—le replicaba yo con calma, seguro de que no era a eso a lo que él hubiera querido mandarme.

Uno de los mirones más constantes de la partida era el coronel Caro, que ya resignado con su suerte, sólo deseaba llegar a Canarias para tener noticias de Valladolid. No tardó en realizar su deseo. El día 3 de junio, a través de la bruma, vislumbramos las islas Afortunadas, cuyo pico de Tenerife habíamos ya divisado muchas horas antes. Por cierto que aquella mañana me convencí de lo bien educados que tenía a sus servidores don Antonio López. Para corresponder a la

galantería de un viajero que en la comida anterior había obsequiado con sorbetes por ser su cumpleaños, se me ocurrió, a los postres del almuerzo, festejar nuestro feliz arribo y el fin del viaje de mi compañero de destierro, pagando yo el champagne, y cuando, después de apurar ocho o diez botellas pedí la nota del extraordinario, el jefe de mesa, sin consultar a nadie, me respondió:

—Para usted, señor Palacio, no hay aquí extraordinarios de ninguna especie: esto, y todo lo que usted tome, está pagado por la Compañía, según órdenes terminantes.

Me contenté con dar un duro a los mozos que lo habían servido, y no volví a pedir más champagne, si bien no renuncié al que me ofrecieron los demás.

Apenas fondeado en el puerto, muchos botes se acercaron al vapor, y aun éste echó los suyos al agua para conducir a los pasajeros que por necesidad o por placer querían ir a tierra. Pensé yo hacerlo, para tener el gusto de acompañar y despedir al amigo Caro; pero el capitán me detuvo diciéndome:

—Lo siento en el alma, pero no puedo permitir salga usted del buque. Una circunstancia cualquiera podría impedirle regresar a él a tiempo, y como nuestra marcha no admite demora, su falta constituiría una tremenda responsabilidad para mí.

Algo me contrarió la medida, pero comprendí que era razonable, y callé. No conozco, por tanto, Canarias más que de lejos, ni ví a ninguna de las personas para las cuales llevaba cartas de recomendación que me facilitaron en Madrid cuando se creía que iba allí destinado. Lo que hice fué dar estas cartas a Caro, y encargarle que si veía a alguna de aquellas personas la saludara de mi parte.

Una, sobre todo, de dichas cartas tenía para mí gran interés. Llevaba dentro un pagaré endosado en toda regla y

firmado por un señor canónigo de la Catedral, que debía entregarme a la vista diez mil reales, los mismos que María Bushenthal le había prestado tiempo atrás generosamente. Convine con Caro en que me escribiría las señas y el estado financiero del deudor para proceder contra él. Me escribió, en efecto, y María y yo quedamos iguales: el canónigo estaba enterrado hacía dos años.

En los once días que siguieron a éste y que tardamos en llegar a Puerto Rico, nuestra vida no sufrió la menor alteración. Continuaba mareado Primo de Rivera, bailaban alguna que otra vez las señoritas; perdía yo, como siempre, al tresillo, y todo sobre un lago apacible y con un apetito digno, si no de mejor, de más abundante comida. Debo consignar, sin embargo, un hecho que ha de servirme de base para ulteriores observaciones, tan pronto como la hermosa Borinquen me reciba en su seno.

Desde los primeros días de navegación, había yo notado entre los pasajeros uno que me miraba con marcada benevolencia; que reía, al parecer de buena fe, todas mis bromas, y que a pesar de no ocultarme sus simpatías, no me hablaba nunca o me hablaba con recelo y casi de pasada. Esto despertó mi curiosidad, y procuré conocer sus antecedentes y su historia, lo que conseguí sin trabajo. Era un portorriqueño con puntas de industrial y ribetes de literato, gran entusiasta de su país cuando trataba con filibusteros y gran amigo de España cuando para sus negocios necesitaba de las autoridades; gozando entre los unos de cierto prestigio por más que le acusaron de haber vendido como esclava la negra que le había amamantado, y obteniendo de los otros halagos y consideraciones que llegaban hasta darle verdadera importancia política. Era, en fin, lo que se llama un vividor, en camino de ser un millonario. La noche que pasamos dando bordadas frente a San Juan de Puerto Rico para entrar por

la mañana, hallábame inclinado sobre la borda viendo las luces de la ciudad, cuando se me acercó el hombre misterioso diciéndome con melifluo tono:

—Perdone, mi señor don Manuel, si sólo ahora cumplo el grato deber de saludarle. Pero, por lo mismo que le aprecio, no he juzgado prudente intimar con usted, pues aquí donde todo se observa y espía, esto hubiera podido perjudicarnos, en particular a mí, dada la relación en que vivo con el elemento oficial, con el que le supongo divorciado. La misma razón me ha impedido presentarme al segundo cabo hasta verle en la fortaleza. Hoy ya es otra cosa. Está usted en mi país y entre gente que rinde culto a sus ideas, y me ofrezco a usted para todo con la esperanza de que será de los nuestros. Encontrará usted aquí una patria nueva. Deje usted en la suya un ocaso; quizá en la nuestra le sorprenda la aparición de una aurora.

Necesité morderme la lengua para callar, y por primera vez pensando en el destierro sentí humedecerse mis ojos, y una ola de tristeza pasó por mi imaginación. Había adivinado que iba a poner mi planta en un suelo enemigo.





XXV

En Puerto Rico.—Un ayudante que me ayudó... a desembarcar.—Mi recepción en el muelle.—El general y el particular.—Lo que se siembra se coge.

SUJETA por el triple cinturón de sus murallas y acariaciada por las olas de un mar tan escaso de merluzas como pródigo en tiburones, dormía la capital de Puerto Rico, casi en la misma ignorancia, ya que no en la misma inocencia, que cuando cosechaba el oro del país aquel famoso cacique de Luquillo, imitado después por tantos caciques. Y digo que dormía, o debía dormir por lo menos, pues eran las primeras horas de la mañana del 14 de junio de 1867, y acabábamos de echar el ancla en la bahía, mucho más espaciosa que profunda.

Nada tan alegre y curioso como el espectáculo que ofrece una embarcación al llegar al punto de su destino. Aparecen sobre cubierta personas a las cuales no se ha visto ni oído durante la travesía; jóvenes que en el abandono y languidez del mareo se nos antojaron antipáticas resultan encantadoras al presentarse ataviadas como para una fiesta; hacen las paces los hombres que por cualquier incidente se habían declarado enemigos, y a la vez que se consolidan con brindis las nuevas amistades, los pasajeros que siguen abrazan y felici-

tan a los que quedan con tanto cariño como envidia. Tocóme ver todo esto bajo la toldilla de popa, mientras llegaba el instante de mi desembarco, que no pude hacer en unión de mis compañeros, y no por dificultades de equipaje ni de tocador, sino porque el capitán había bajado a tierra acompañando al general Primo de Rivera, diciéndome al marchar:

—Usted, señor Palacio, tendrá la bondad de no moverse de aquí hasta que yo vuelva, y sepamos lo que la autoridad dispone, en vista de los pliegos de que soy portador.

—Como usted guste, mi amigo y carcelero—le contesté—, me encuentro muy bien a bordo, y lo que divisó de la tierra no me inspira gran curiosidad.

Dicho lo cual, me arrellané en una mecedora, y sacando el portamonedas, hice el recuento de mis fondos. De los dos mil y pico de reales con que salí de Madrid, me quedaban apenas cuatro duros. Todo lo demás, excepto diez o doce que distribuí en propinas al mozo de comedor, a la camarera y al barbero, se lo habían repartido los tresillistas. Tentado estuve por arrojar al agua mi caudal, imitando a Espronceda al desembarcar en Lisboa; pero reflexioné que cuatro duros son algo más que dos pesetas, y que con ellos todavía se puede comprar algo útil; por ejemplo, un revólver.

Ya era cerca de medio día cuando el "Chato" regresó al vapor, y con él un ayudante del general, que con exquisita cortesía me saludó, diciendo:

—Vengo de orden del señor general Marchesi, para acompañar a usted al palacio del Gobierno, donde le aguarda.

—Estoy a la disposición de usted.

Tras esto, y un cordial abrazo del Capitán, al que correspondí con verdadera efusión, pues a pesar de su carácter rudo y autoritario era un buen hombre aquel santanderino, bajé la escalera cargado con mi saco de noche; monté, sostenido por el Ayudante, en una preciosa falúa cuyos reme-

ros nos esperaban en pie, y me reí una vez más de los peligros de la navegación y de las tristezas del destierro.

Llevaba casi un mes de grandes emociones, pero la mayor de todas la recibí al pisar el muelle, donde la gente se agrupaba, y oír que del grupo salían más o menos ruidosas, pero siempre alegres, éstas y otras exclamaciones:

—¡Manolo! ¡Manolico! ¡Dios te bendiga! ¡Bien venido seas!

Habló el Ayudante con varios de los alborotadores, y yo me detuve a pasarles revista. Allí estaban no pocos de mis amigos más queridos; Mariano Gómez, médico militar, en quien por igual encarnaban la bondad y el talento; Elicio Berriz, Comandante de Artillería, que por hacer de todo hizo hasta de ministro de la Guerra con don Carlos; el canónigo Pedro Llorente, gran corazón y mediana cabeza; el Marqués de Camposanto y José María Valverde, tan cumplidos caballeros como ejemplares magistrados; Antonio Quintanilla, que era Juez después de haber sido Secretario de Montemolín, y Pablo Camacho, a quien por ser el primero dejó el último, mi camarada de escuela en Soria, antes de que los valencianos hubieran asesinado a su padre. Junto a éstos que me conocían estaban muchos más deseosos de conocerme y algunos que no me llegaron a conocer.

Sucedíendose los ofrecimientos y las preguntas, llevaba aquello traza de ser largo, a no interrumpirlo una voz que murmuró a mi oído: —Señor Palacio, recuerde usted que nos espera el General.

General fué también la exclamación con que me despidió la muchedumbre, y a la que puse fin con un sonoro y expresivo ¡hasta luego! Partieron en distintas direcciones los que componían el grupo, y partimos también hacia la Fortaleza el Ayudante y yo, acompañados por Mariano Gómez, que no quiso abandonarme, y seguidos de un negrillo conduc-

tor de mi saco. Diez minutos más tarde me hallaba en presencia del Excmo. Sr. D. José María Marchesi.

* * *

No sé si antes o después de ser director del arma de Caballería había sido Marchesi Capitán General de Valencia, a donde iba yo los veranos con Asquerino, que tenía una casita de campo en el Cañameral; y allí le conocí y traté bastante, lo mismo que a su bella esposa Guillermina Butler, sobre todo en casa de mis buenos amigos los Barones de Cortes, a quienes visitaba a menudo y con los que me unió fraternal afecto en aquella época en que, por su distinción, elegancia y finura, se llamaba a Pepita, primera mujer de Pascual, la duquesa de Alba valenciana. Pero no queriendo yo que mi conocimiento con el General influyera para nada en su ánimo, en vez de acercarme a él afablemente, me cuadré delante y a distancia de la mesa en que escribía, y le dije con tanta firmeza como respeto:

—¡Señor! Soy un periodista de Madrid arrancado por la violencia de mi domicilio, y vengo a ponerme a las órdenes de V. E.

—¿Qué V. E. ni qué niño muerto?—me contestó en tono de risa y haciéndome señal de que me aproximara—, ya sé quién es usted, y casi me alegro de que la casualidad le ponga en mis manos para vengarme del autor de *Cabezas y Calabazas*.

—¡Cómo, General! ¿Acaso se le agravia a usted en ese libro?

—No, y sí; me considero agraviado porque no me haya usted creído digno de figurar en él.

—Ciertamente que es un olvido imperdonable, y avisaré a mi compañero Luis Rivera para que lo corrija en la nueva edición.

Ya en esta tesitura el diálogo, sentados el uno junto al otro, y encendido el magnífico habano con que me obsequió, hablamos largo y tendido de las cosas de España, y por incidencia de las cosas mías.

—De modo, amigo Palacio, que el Gobierno le ha jugado a usted una mala pasada...

—No echo yo la culpa al gobierno, General; tengo en él amigos, como Tomás Rubí y Severo Catalina y el mismo González Bravo, incapaces de tal felonía, que sólo ha podido cometer una autoridad investida no sé por qué de facultades discrecionales. Pero, sea como sea, estoy aquí, donde me han recibido bien, y espero no pasarlo mal.

—Me alegraré de todas veras, por más que contra mi voluntad sea muy poco lo que puedo ayudar a ello.

—Según eso, ¿nada le dicen a usted respecto a lo que debe hacer conmigo? Yo creía que aquél a quien se expulsa de la patria y se quitan los medios de vivir tenía, cuando menos, derecho a la subsistencia.

—Por lo visto, los que mandan creen otra cosa. Lo único que me previenen es que tenga por residencia esta isla, lo cual quiere decir que puede usted recorrerla a su antojo y habitar donde le acomode, con tal de no salir de ella. En cuanto a mí, conociéndole como le conozco, me considero relevado de toda vigilancia, y relevo a usted de todas esas formalidades de presentación mensual en las oficinas del Gobierno y demás que se acostumbra. Particularmente debo añadirle que nosotros recibimos los miércoles, y que tanto Guillermina como yo tendremos mucho gusto si nos acompaña a comer ese día.

—Doy a usted gracias, General, y le suplico me dispense, pero sólo volveré a esta casa cumplimentando sus órdenes. Mi posición de desterrado me aleja, a pesar mío, de la autoridad, pues teniendo ésta el deber de guardarme, y pudiendo

yo tener, si no ahora, algún día, interés de lo contrario, no quiero poner a mi libertad la traba del agradecimiento.

—Hace usted muy bien, y crea que el amigo no dejaría de disculparle con la autoridad. Con que, muchas felicidades, y cuidado con la salud, hoy poco envidiable, y que ponen en peligro el tifus, la fiebre amarilla, el vómito y demás que suelen visitarnos en este tiempo.

—Nada de eso me preocupa, a Dios gracias. Enviaré a usted, para los efectos legales, las señas de mi domicilio cuando esté instalado, y mientras tengo el honor de saludarla donde la encuentre, póngame usted a los pies de Guillermina.

Esta fué mi primera y última entrevista con el Capitán General de Puerto Rico. No volví a verle, ni siquiera cuando, descubierta una conspiración de las que diariamente se tramaban allí contra España, conspiración a consecuencia de la cual se suicidó el Coronel de artillería Sr. Cela y fueron pasados por las armas dos o tres artilleros, creyó, o por lo menos dijo en una de sus reuniones, que temía que yo estuviese comprometido con los revolucionarios. A quien ví fué al Segundo Cabo Primo de Rivera para darle el encargo de que hiciera presente a Marchesi en la reunión inmediata, y a presencia de todo el mundo, que yo era revolucionario en mi país, pero que en Puerto Rico no era más que español, y que pedía desde luego un puesto en la vanguardia si llegaba el caso de pelear. Sé, porque me lo hizo saber, que elogió mi conducta, y hasta trató de dar cuenta de ella al Gobierno de Madrid; el único favor que le debí fué el de que no lo hiciera.

* * *

A la puerta de la Fortaleza me esperaban Mariano Gómez y el negrillo con el saco de viaje.

—¿Qué piensas hacer?—me preguntó Mariano.

—Tú dirás—le respondí con indiferencia.

—¿Tienes dinero?

—Una moneda de cuatro duros.

—Me alegro. ¿Te ha hablado el General de darte algo?

—Si voy a su casa a recitarle versos, me dará de comer los miércoles.

—¿Piensas ir?

—Ni pienso ir ni pienso volver.

—Perfectamente. Quiere decir que en vez de estar a sus órdenes vas a estar a las mías.

—Que obedeceré sin replicar.

—¡Pues, ea!, dame el brazo, y ancha Castilla. Tú, macaco, carga con ese bulto y aguárdanos en el hotel del Universo.

Y a trote largo, y tarareando un paso doble, tomamos por una calle muy mal empedrada, pero muy cuesta arriba. No tardamos en llegar al hotel. Su dueño, un mallorquín que se llamaba Obrador, estaba en el portal.

—¿Qué desea, señor doctor?—dijo sonriendo.

—Que ponga usted en la lista de sus huéspedes a don Manuel del Palacio; que le preparen una buena habitación cerca de la mía y un cubierto a mi derecha en la mesa redonda.

—Pero ¿va usted a subir a su cuarto, don Mariano? Ya le han llevado el correo.

—Sí; voy un instante, porque tenemos mucho que hacer.

Subimos, efectivamente, y mientras él abría cartas y periódicos, abrí yo las persianas del balcón, pues allí no se usan cristales, y gocé con delicia del espectáculo que se presentaba a mis ojos.

Todo lo que de hermoso ofrece la ciudad: el castillo, la

bahía, cubierta de embarcaciones; los jardines del presidio y la Capitanía del puerto; la costa de enfrente, donde como un nido de palomas se destaca el pueblecillo de Cataño, todo lo ví en risueño panorama agrupado bajo un cielo sin nubes, que al horizonte parecía una prolongación del mar.

La voz de Mariano vino a sacarme de aquel éxtasis.

—Ven acá, Manolo, y escucha. Nos conocimos hace algunos años, y acaso tú no te acordarás, pero yo no he olvidado que en una ocasión solemne para mí, y crítica y tremenda para mi familia, tuviste con nosotros generosidades de rico, siendo pobre, y solicitudes de hermano, siendo acreedor. Hoy que yo soy el rico, debo ser también el hermano...

—Pero ¿qué historias son esas que me cuentas? Ya sé que tienes que prestarme unos cuartos mientras escribo a Madrid y arreglo con el *Gil Blas*, la *Ilustración* y la *Zarzuela* el modo de enviarles trabajos y que ellos me envíen dinero; que te pago entonces lo que me des, y que estamos en paz y queriéndonos como siempre...

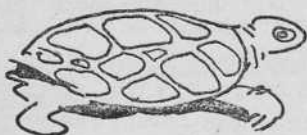
—Ni yo te presto, ni tú me pagas, ni se habla una palabra más del asunto; recuerda que estás a mis órdenes y calla.

Tapóme la boca con una mano, y asiéndome de un brazo con la otra, me llevó junto a la mesa de escritorio, colocada no lejos de su lecho, y abriendo uno de los cajones me dió después la llave, murmurando:

—Lo mismo ésta, que una igual que yo tengo, sirven para abrir ese cajón sin necesidad de pedir permiso a nadie. Ahora, toma de ahí lo que quieras y vamos a gastarlo, pues urge te proveas de ropa, sombrero de paja, camisas de algodón y todo lo que es preciso en este clima.

Según habíamos convenido, le obedecí. El cajón estaba casi repleto de oro. Tomé cinco o seis onzas, como quien toma del Océano un vaso de agua.

Algún día contaré cuál era la deuda de gratitud de Mariano para conmigo y añadiré una lágrima a las muchas con que he llorado su ausencia y su muerte, sintiendo no haberle podido satisfacer de otro modo.





XXVI

El teatro de Puerto Rico. — Mujeres que encantan y alacranes que pican. — Mi vida y la de otros. — La prensa independiente. — Mis ángeles negros. — ¡A la fuerza, no!

LA misma noche de mi llegada a Puerto Rico, ya convenientemente equipado de ropa, gracias a las onzas de Mariano Gómez, y después de alegre y suculenta comida en el hotel, salimos a la calle, dirigiéndonos, él al Casino, y yo al teatro, donde actuaba una compañía de zarzuela en la que era tenor un joven cuyo nombre no recuerdo, pero a quien conocí de corista en Jovellanos, y tiple la Ragner, mediana como cantante y más que mediana de figura, sobre todo de perfil, por ser reparada de un ojo.

Entretenido con las muchas personas que vinieron a saludarme, casi no me fijé en la representación, cuyo final no logré ver por peregrina e inesperada causa, suficiente para dar idea de los atractivos de aquel país.

Volvía yo en uno de los entreactos de hacer una visita a los cómicos, para los cuales no había pasado inadvertido el libretista de "Don Bucéfalo" y de la "Vuelta de Columela", cuando al ir en busca de mi butaca sentíme sujeto por unos brazos adheridos al cuerpo de un mozo de buen porte, el cual me decía sin dejar de oprimirme:

—Tocayo, querido, ¿no te acuerdas de mí?

—¡Hombre!—le contesté haciendo esfuerzos para desasirme—. Sé que te conozco, recuerdo tu fisonomía, pero no adivino quién eres.

—¡Válgame Dios, Manolito! Te has olvidado de García Maitin, vuestro compañero de mesa en el café Suizo hace ocho o diez años; el pequeño sinsonte, como me llamaban Roberto Robert y Luis Rivera; el que tantas veces os acompañó a comer en la fonda del Carmen y a silbar en el paraíso de la Opera.

—Sí, tocayo, sí; te reconozco y te envidio, porque supongo que tú no estarás aquí como nosotros los desterrados, hijos de Eva.

—No, chico; estoy en mi casa y con mi familia, a la que voy a presentarte, pues te esperan.

—¿Dónde?

—En aquel palco principal; tres señoras que nos saludan.

—¿Aquella es tu familia?

—Sí, hombre, sí.

—¡Qué casualidad! Estamos de coqueteo hace una hora.

—¿Cómo es eso? Cuéntame, chico.

—Pues verás; yo noté que me miraban mucho, que se sonreían, y me he creído en el deber de corresponderlas.

—Es claro; pero te miraban y se sonreían porque yo les había dicho quién eras, y se saben de memoria tus versos.

—Entonces, vamos allá, que algo es la aproximación para el que no aspira al premio grande.

A poco entramos en el palco. Y ciertamente eran dos hermosas mujeres las dos hermanas de mi amigo. Las acompañaba su madre, que tampoco habría sido en sus tiempos costal de paja, y las tres me recibieron con muestras de verdadero afecto y simpatía. Y confieso que casi tanto como sus rostros encontré poéticos y lindos sus trajes de telas

claras y transparentes, a través de las cuales aparecían rosadas y apetitosas turgencias, que unidas al sofocante calor de la atmósfera, convidaban al desvanecimiento. De las dos jóvenes, una era rubia y esbelta, y yo no me cansaba de admirar su busto escultural, en cuyo escote lucía un magnífico grupo de rosas, y el desnudo brazo, digno de una Venus, que apoyaba en el barandal de madera del palco. Porque es de advertir que en el teatro de Puerto Rico, como en las casas de la ciudad, los antepechos y los balcones son todos de madera pintada, pues el hierro no resiste la humedad del clima, y hasta las monedas de oro y plata suelen oxidarse en el bolsillo.

Contemplaba yo con deleite a mi rubia, y digo mía porque era la que tenía a mi lado, cuando de repente la ví palidecer y doblar la cabeza sobre mi hombro, dando un grito. Su hermana me ayudó a sostenerla, mientras la madre procuraba tranquilizarnos, diciendo:

—No hay cuidado; yo lo he visto huir por una rendija de la balaustrada después de picar.

—Pero, ¿quién, señora?

—El alacrán; el alacrán, que la ha picado en un brazo; mire usted.

En esto llegó el hermano, que se hallaba de tertulia en un palco de enfrente; con él venía uno de los acomodadores.

—Vé en seguida—le dijo mi amigo—y haz que arrimen un coche a la puerta; nosotros la bajaremos.

La pobre muchacha continuaba desmayada. Mientras su madre y su hermano cubrían su espalda con un ligero abrigo, yo ceñí un pañolito de batista a su hermoso brazo, en el que se notaba una mancha rojiza, que iba hinchándose por momentos. Dada su inmovilidad, y mi agitación, nadie extrañará que mis labios tropezaran con el grupo de rosas que llevaba al pecho. Sentí el aroma de la mujer, pero no el de

las rosas; sé desde entonces que las rosas de Puerto Rico no huelen.

Momentos después, cuando la señorita empezaba a volver en sí, la bajamos entre todos al coche, en el cual la vimos alejarse, acompañada de su madre y de su hermana.

Nosotros nos fuimos a pie. Dejé a García Maitin en su casa, donde supe que la dolencia seguía mejor y que un negro se disponía a hacerle la cura por el procedimiento que ellos emplean, y con el cual resultan inofensivas las picaduras venenosas, y me dirigí al Casino, recordando al alacrán, con terror no exento de envidia, y sintiendo estar lejos de mi buen amigo Paco Camprodón para que me recitara por centésima vez, como él sabía hacerlo, aquello de

¡Bello país debe ser
el de América, papá!...

* * *

Hace ya bastantes años que no existen murallas en la capital de Puerto Rico. Cuando existían, y apelo al testimonio de los que las hayan alcanzado, la vida en el interior de la población era de todo punto imposible. Aquella barrera puesta al aire, que es allí el único amigo del hombre; aquel vaho de horno que vomitaban las puertas de las casas, en cuyos bajos tenían los negros sus guaridas; aquel hacinaamiento de piedras mohosas y desquiciadas por los huracanes y las lluvias, imprimían a la ciudad un sello tal de vetustez y de tristeza, que cualquiera la habría escogido para morada del aburrimiento. Yo de mí sé decir que ni el tifus, ni el cólera, ni la fiebre amarilla me inquietaron un solo instante; la única enfermedad que llegué a temer, y cuyo contagio

creía inevitable, era el fastidio. Véase la receta que usábamos para combatirlo:

Acostarnos de cinco a seis de la mañana, después de pasar la noche en el Casino, donde se jugaba a eso y a lo otro, se contaban cuentos, se tocaba el piano y se hablaba mal del Gobierno, lo mismo ni más ni menos que en la Península.

Dormir unas cuantas horas en una buena hamaca, por encontrar que la cama ordinaria, o sea la de lona tirante, no pasa de ser un quebrantahuesos.

Levantarnos a las once, o antes si era preciso, y desnudarnos o vestarnos a balcón abierto, contemplando la entrada de los barcos en la bahía, o la salida a la azotea con traje blanco y pelo tendido de las niñas del comandante de marina Sr. Viñalet.

Almorzar sin calor y libres de moscas, gracias a un aparato de listones de madera con flecos de papel recortado que un negrito ponía en movimiento por medio de una cuerda.

Hacer la visita diaria al Hospital militar, donde abundaban las enfermedades y los enfermos, y donde iba yo con los médicos en clase de ayudante, para lo cual solicité y obtuve el correspondiente permiso.

Reunirnos todas las tardes, de seis a siete, en la plaza con otros amigos, y saliendo por Puerta de Tierra, tomar el camino de Cangrejos, único sitio en que el aire circulaba libremente, y volver por el mismo camino, después de llegar a la altura de la quinta de D. Jorge Látimer, cónsul inglés, que vivía y bebía muy bien, y que nos obsequiaba algunas veces.

Comer a la vuelta Mariano y yo solos, o a la mesa redonda del hotel, excepto los días en que comíamos con amigos y camaradas del calibre de Manolo Camposanto, de Obregón, comandante del presidio, que tenía un gran cocinero chino, del padre Llorente, y otros más o menos padres.

Pasar las primeras horas de la noche en alguna casa de las dos o tres que se daban allí el tono de recibir, una de las cuales, la más distinguida y en la que mejor se entretenía el rato, era la de un maestro de obras negro y rico, que sumaba hasta cuatro hijas como cuatro tizonas, pero admirablemente educadas, pues lo mismo hablaban el alemán que el francés; igual tocaban el piano que el violín y el arpa, y tan pronto se hacían aplaudir cantando trozos de Rossini o de Verdi como destrozaban los corazones bailando aquellos tanguitos que con tanta gracia improvisaba Tavares, otro negro. Las cenas con que generalmente terminaban los bailes, eran notables por la esplendidez, y debo decir en honor del anfitrión que su copa se alzaba siempre la primera al brindar por España.

Tales fueron mis ocupaciones en el mes y medio o dos meses que San Juan me tuvo cautivo entre sus muros, hasta que por consejo y por mediación de Mariano Gómez me llevaron a Ponce los hermanos Alomar, cuya compañía y cuyo cariño convirtieron las amargas horas del destierro en deliciosos días de campo, en los cuales, y sin duda para obsequiarme también, la naturaleza me brindó todos sus atractivos y a la vez todos sus horrores: huracanes, inundaciones, terremotos y demás de que hablaremos, Dios mediante.

Se me figura que oigo a alguno de ustedes preguntar:

—Y si ni aun viviendo en la indolencia y en la crápula estaba usted contento, ¿cómo no trató de dedicarse a algún trabajo que le proporcionara utilidad y distracción?

Contestaré a tu pregunta, si me lo permites, lector simpático y juicioso.

En mi tiempo, y en las circunstancias por que atravesaba la isla, el ingenio, y no ya el poético, sino el de azúcar, producía poco. La gente se alimentaba de prosa, y los

versos habían llegado a ser artículo de lujo. A duras penas pude pasar algunos en el Liceo y entre mis amigos. No es esto negar que me faltaran proposiciones para mover la pluma con provecho. Pero me bastará citar uno de los casos, y el más duro de mis acusadores que me juzgue.

Al segundo o tercer día de mi llegada a la capital, un mozo del hotel me anunció la visita de un caballero. Entró, le hice sentar y me dispuse a escucharle. Me habló bastante de mí, y casi nada de él; no me dijo más sino que se llamaba Fontán, y que dirigía un periódico titulado el *Boletín de Puerto Rico*.

—¿Y en qué puedo servir a usted?—le interrogué.

—Es un servicio mutuo el que me atrevo a proponerle—me respondió—. Mi periódico no es hoy más que útil, y me convendría hacerle ameno.

—¿De qué trata hoy?

—De todo lo que puede interesar en la localidad: noticias oficiales, comerciales, marítimas, telegramas del extranjero, mercados, crónicas...

—¿Y qué debo yo añadir a todo esto?

—Lo que a usted le parezca, mientras no se roce con la política, pues hay que enviarle antes al gobierno para que lo examinen y le den el pase...

—Y yo cobraría por ese trabajo...

—Ochenta pesos al mes, corriendo a su cargo la dirección del periódico, que yo le cedería desde luego.

—Pues, lo siento mucho, pero puede usted guardarse la dirección y los ochenta pesos: como desterrado, me cumple acatar las órdenes de la autoridad; como escritor, no reconozco aquí más autoridad que la mía.

—Crea usted que mi propósito...

—Es, sin duda alguna, generoso y noble, y se lo agradez-

co, pero no se aviene con mi carácter ni mis antecedentes. Busque usted la amenidad por otro lado.

—¿Y dónde encontrarla?...

—¡Bah! Repase usted los documentos oficiales...

Despidióse el caballero y salió. Más tarde me dijeron que era un funcionario de Hacienda que trataba de hacerse agradable a sus jefes.

Antes de salir de San Juan tuve el gusto de ofrecer a todos mis amigos un banquete, al que invité y al que hice asistir casi a la fuerza al negro maestro de obras, que se negaba suponiendo que su presencia entre nosotros equivaldría a echar un borrón en el mantel. Sus mismas hijas me ayudaron a convencerle. Conservo de ellas dulce y grato recuerdo, y por su bondad, modestia y discreción las tengo colocadas en mi coro de ángeles, donde los hay de todos colores.

Lo único que no hice, a pesar de haberlo prometido y de haber estado no lejos de ella varias veces, fué saludar a mi amiga Guillermina Butler, esposa del general Marchesi. Dejé de cumplir lo que me aconsejaban el deber y el deseo al saber que la policía y los dependientes de la autoridad hacían obligatorio el saludo a la generala. No creo ahora, ni creí entonces, que ni por vanidad ni por capricho dictara o consintiera ninguno de los dos medida semejante; pero ello es que estaba en vigor y que dió más de una ocasión a murmuraciones y desmanes, inspirándome este pensamiento, que traslado de mi libro de apuntes:

—El día que imparcial y serenamente se escriba la historia de la dominación española en América se verá que muchas de nuestras supuestas tropelías no fueron más que ridiculeces.



XXVII

Viaje alrededor de una negra.—Un soneto de color.

SE llamaba Inocencia.

Yo me había representado siempre a la inocencia blanca y pudorosa, coronada de flores, y alegre como los primeros días de la juventud.

La Inocencia que tenía delante era negra retinta, con esa fría tersura del mármol, a cuyo contacto se siente algo parecido a una descarga eléctrica, y con esa belleza de formas que hace de las mujeres de su raza una especie de Venus oxidadas.

Por lo demás, nada tan gallardo como Inocencia cuando se presentaba los domingos a la puerta del cuartel, arrastrando la enorme cola de su vestido de percal, que dibujaba admirablemente los contornos de su espalda medio desnuda, y cuando al oír los primeros acordes del tiple o del atambor, que preludiaban una bomba, se lanzaba en medio del círculo retorciéndose como una serpiente y lanzando de tiempo en tiempo lastimeros aullidos.

Porque Inocencia, aunque nacida entre los manglares de Puerto Rico, era africana de corazón y de sangre: su madre había sido arrancada de la costa de Zanzibar y traída en unión de algunos centenares de esclavos por un negrero que logró a duras penas echar en tierra las dos terceras partes

de su cargamento, después de haber arrojado otra tercera a las profundidades del mar Caribe; y fruto de una pasión tan ardiente como desventurada, había Inocencia venido al mundo para vivir también en la esclavitud; ella, que por su hermosura parecía la soberana de un cuento oriental o el genio protector de los alcázares de la noche.

Fuerza es confesar, sin embargo, que Inocencia no se quejaba de su situación: antes al contrario, cualquiera hubiera creído que estaba muy satisfecha de ella.

Una tarde había yo colgado mi hamaca bajo la sombra de una ceiba, y me balanceaba tranquilamente en tanto que los últimos rayos del sol se desvanecían en el mar, cuando por un sendero del bosque vi aparecer a Inocencia con un cántaro de agua, que debía de tomar sin duda de un manantial vecino.

—¡Oiga, niño Manuel!—exclamó al verme, con una satisfacción conquistada por mí a fuerza de propinas—. No se duerma en ese sitio, que está rodeado de manzanillos.

—¡Ah, Selika!—murmuré yo por lo bajo.

—¿Su mercé quiere agua?—continuó después de un momento.

—Sí, morena; pero no quiero beber en el cántaro: acércame mi jipijapa.

Dejó entonces el cántaro en tierra, y tomando mi sombrero, que estaba colgado en una rama, llenó de líquido sus anchurosas alas, y arqueándolas en forma de caño, aplicó a mis labios un extremo.

—¿El niño quiere algo más?—me preguntó en seguida, disponiéndose a continuar su viaje a la hacienda.

—Yo, nada; y tú, Inocencia, ¿quieres algo?

—Si su mercé me diera un medio...

Me incorporé en la hamaca, saqué del bolsillo una peseta de cinco reales, que era el doble de lo que me pedía, y se la

di. Ella tomó la moneda, apretó mi mano con la suya y suspiró.

—¡Niño bueno!—la oí balbucear débilmente.

Habría andado ya algunos pasos, cuando un impulso, no sé si de hombre o de filántropo, arrancó de mis labios este grito:

—¡Inocencia!

La negra giró sobre sus desnudos pies con la velocidad de un resorte.

—¿Qué manda su mercé?—exclamó.

—¿Amas la libertad?—le dije.

—¡La libertad! ¿Y qué es eso?—añadió con amargura.

Y volvió a tomar lentamente su camino.

Cuando ya de noche regresé yo a la hacienda, seguramente sabían ya todos lo ocurrido, pues no había blanco que no se burlara de mí ni negra que no me pidiera un medio.

Poco tiempo después, una tarde también, leía yo no sé qué libro, sentado en una galería corrida que daba al campo.

De pronto sentí debajo de mis pies un ruido como el de un trueno lejano, y árboles, muros y edificios comenzaron a rechinar y a bambolearse. La tierra se movía también ondulando, y la oscilación era tan sensible, que yo, que me había levantado al sentir el ruido, no pude andar, y me vi obligado a asirme con ambas manos a la balaustrada del balcón.

En esto veo salir del soportal que formaba la galería una negra medio desnuda, trémula, casi loca, que quiere correr hacia el campo, y que al volverse a contemplar la casa de que huía, y al mirarme solo en el balcón, extiende los brazos hacia mí, alza los ojos al cielo, da un grito y cae en tierra como herida del rayo.

Había ya pasado el terremoto, y la gente corría en todas

direcciones. Hice transportar a Inocencia, desmayada aún, a una sala baja donde había un catre, y yo mismo le di a aspirar un pañuelo empapado en vinagre. Cuando volvió en sí estábamos solos. Abrió sus grandes ojos dulcemente, me miró con inefable ternura, y antes que yo pudiera evitarlo me besó la mano.

Yo me incliné entonces hacia ella, y entonces fué cuando en una mesa que había en el mismo cuarto escribí el soneto siguiente, que figura en mi colección, y que no todos han encontrado inteligible:

A UNA NEGRA

Ya el matiz del rubor me causa enojos,
de hipócrita virtud mentido sello;
ya no me encantan el nevado cuello,
la tez de rosa y los azules ojos.

Placen de mi capricho a los antojos
de bronce y mármol el conjunto bello,
ondas del mar copiadas en cabello,
labios de fuego trémulos y rojos.

¡Ven hacia mí, mujer! Con dulces lazos,
bajo un bosque de palmas y laureles
mi corazón te entregaré a pedazos:
ven y tus gracias tímida no veles;
quiero estrecharte en mis amantes brazos...,
pero, ¡ay, alma del alma, qué mal hueles!

—¿Qué ha sido de Inocencia?—me preguntará algún curioso.

Continúa en Puerto Rico, tan negra y tan hermosa como siempre; pocos días antes de perderla de vista me enteré de por qué no amaba la libertad: lo que ella amaba era un ne-

gro bozal que trabajaba de carpintero en la hacienda, y con el cual se ha puesto de acuerdo—sin duda para mayor gloria y fomento de la esclavitud.

¡Dios les dé numerosa prole, y me libre a mí de mujeres negras y de ingraticudes más negras todavía!





XXVIII

Cómo fui yo empleado.—La vida diplomática en Florencia.—Mi vida.—Los «hermanos de la Misericordia».

CUANDO la revolución de 1868 me sacó de las Prisiones militares, tenía yo treinta y seis años, era soltero, y jamás se me había ocurrido la idea de ser empleado del Gobierno, ni alto ni bajo. Pero he aquí que un día recibo una carta de mi antiguo amigo Juan Valera, anunciándome que era subsecretario de Estado a las órdenes de Lorenzana y diciéndome que fuera a verle cuanto antes al Ministerio.

—¿Qué queréis de mí, don Juan?—fué mi saludo al poner por primera vez la planta en la planta baja del Palacio de nuestros reyes.

—Quiero lo que vos queráis—me respondió el ilustre académico; y después haciéndome sentar a su lado, añadió:—Nos estamos ocupando del personal diplomático, mucha parte del cual es incompatible con el nuevo orden de cosas, y el ministro y yo deseamos saber dónde le conviene a usted ir.

—Pero, don Juan de mi alma, si a mí lo que me conviene es quedarme.

—No es posible: los amigos son para las ocasiones.

—En ese caso, acéptenme ustedes como una víctima propiciatoria del “destino”.

—¿Le convendría a usted ir de encargado de Negocios a Constantinopla?

—He oído ponderar la hermosura del Bósforo, pero tengo poca afición a los turcos y menos aún a las turcas.

—¿Y a Italia?

—¡Ah! Eso es otra cosa; a Italia iré con mucho gusto, y sin reparar en categorías: de embajador o de portero, de secretario o de canciller.

—Entonces, no hay más que hablar; irá usted de primer secretario y encargado de Negocios, toda vez que hoy no tenemos allí representación.

—Bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que sea quien sea el que desempeña ese cargo, no ha de quedar cesante por culpa mía.

—Eso, dígaselo usted a Lorenzana.

—Usted lo arreglará con él, haciendo constar que de no ser así no aceptaré el puesto.

Pocos días después ascendía a encargado de Negocios en Constantinopla Mariano Zarco del Valle, y salía yo para Florencia, corte a la sazón del rey Víctor Manuel.

En prosa y en verso me he ocupado de Florencia bastantes veces; cuantos me tratan saben la adoración que profeso a esa ciudad, templo del arte después de haber sido su cuna, y que sostiene vivo en mí acaso el único deseo que me resta: el de no morirme sin volverla a ver.

Aunque mi residencia en ella no fué larga, tengo la pretensión de haberla estudiado y conocerla como sus propios hijos, es decir, viéndola no con ojos de diplomático, sino

con ojos de artista, dos cosas entre las cuales parece debería existir algún enlace, y que, sin embargo, son perfectamente antitéticas. Y por si hay quien lo dude, allá va la demostración:

La vida diplomática en Florencia por los años de 1868 a 69 se reducía poco más o menos a lo siguiente:

A vivir en uno de los mejores hoteles, pagando sólo de habitación las dos terceras partes y aun las tres cuartas partes del sueldo que el Gobierno español suele pagar a sus funcionarios.

A comer diariamente, cuando no había banquete oficial, en casa de Donney, que viene a ser allí lo que aquí Lhardy, con gran ventaja en el local, ya que no en la comida, siendo de rigor la asistencia en traje de etiqueta, el sentarse en mesas distintas, el comer a la carta y el atisbar las marcas de los vinos que le servían a cada uno, para discurrir con conocimiento de causa acerca de sus recursos y de sus aptitudes.

Del *restaurant* Donney solíamos ir a algún teatro, o bien a alguna Embajada o Legación donde se recibía; casi siempre a la de Inglaterra, que ocupaba un magnífico palacio y en el que el gasto de cada fiesta grande excedía al sueldo del embajador. Recuerdo con placer entre estas noches varias pasadas al lado de una discretísima señora alemana a quien los diplomáticos aburrían soberanamente, y que, gran entusiasta de nuestros clásicos y de nuestro idioma, hallaba más de su gusto refugiarse en un ángulo del salón, donde al par que lucía su entendimiento daba tortura a mi memoria. No quiero hablar de otras reuniones de menor cuantía a que nunca asistí, en las cuales no ya las mujeres, las amigas de funcionarios modestos eran las encargadas de hacer los honores de la casa.

Tardé poco, por fortuna, en comprender lo ruinoso y estúpido de semejante existencia, y apenas habría pasado un

mes cuando deserté de Donney; vestí el hongo y los trajecitos de pana que del rey abajo veía usar a todo el mundo, reservando el frac para las recepciones y ceremonias oficiales, y cambié mi ostentoso cuarto del hotel Stignani por una linda y alegre "camera mobigliata" en el Borgo Ognisanti, que tenía a más de un buen salón con los techos pintados al fresco, una gran alcoba y un comedor con una terraza que caía sobre los soberbios jardines de Fossombrone, y que me costaba por junto ciento veinte liras al mes. Allí me hacía traer un almuerzo de tres o cuatro liras del café más cercano; me fumaba después un rico tabaco de los que gracias a mi amigo Sussini estaba siempre bien provisto, y según me sentía de humor, leía un rato o me echaba a la calle, y pasando por la oficina, que no estaba lejos, para enterarme del correo y de los asuntos, iba a perderme tan pronto en las callejuelas intrincadas de los suburbios como en los claustros espaciosos de Santa María Novella, o en los *cuartieres* ocupados por estudios de artistas.

Llegaba en esto la hora de comer y... permitidme que al evocar estas dulces memorias me detenga en este momento histórico, que si es en todas ocasiones un momento importante, jamás lo ha sido para mí como en aquellos momentos.

Situados el Senado y el Congreso en el viejo palacio de la Señoría, y siendo esta plaza el punto más céntrico y más animado de la ciudad, muchos diputados y senadores que no comían en casa, o a quienes faltaba tiempo para hacerlo por haberse suspendido o prorrogado la sesión, se reunían a comer en cualquier sitio próximo, y teniendo yo entre ellos algunos amigos que habían aplaudido mi desertión de Donney, formamos un grupo que en ningún caso debía pasar de ocho o diez, con el propósito de comer juntos, y a la usanza italiana, excepto en el pago, que había de ser a la inglesa.

Y apenas sonaban las siete empezaban a llegar y a tomar asiento en el banco de piedra de la Loggia dei Lanzi los seis u ocho comensales, entre los que figuraban el general Angelini, ayudante y gran amigo de Víctor Manuel; el conde Arrivabene, compañero de prisión de Silvio Pellico; el banquero y senador Servadio, en cuya casa comía yo además a menudo en compañía del tenor Mario, la Grissi y sus dos hermosas hijas, y tras ellos algún otro de no tan alto renombre, pero todos gente amable y discreta, como lo es la de aquel país. Y ya reunido el grupo y sin salir de la misma plaza, penetrábamos en una elegante "trattoria", y en habitación aparte nos servían una succulenta comida en que no faltaba el indispensable y variado plato de macarrones, ni la sustanciosa mortadella, ni el cuellilargo y panzudo frasco de Chianti, con todo lo demás que tanto en sólidos como en líquidos ofrecen la Naturaleza y el gusto a los paladares bien educados.

Tal comida, sazónada ya con profecías políticas, ya con juicios literarios, ya con narraciones y chistes de todo género, no solía costarnos arriba de siete u ocho liras por barba. Terminado el banquete, unos se volvían a la Cámara, otros se encaminaban a sus tertulias y sus clubs, y yo corría, si se había hecho tarde, a ocupar mi butaca del Teatro Niccolini, donde Ernesto Rossi, el primero de los actores dramáticos italianos, y al que me unía fraternal cariño, me preguntaba todas las noches al acabarse la función: —¿Qué obra quieres que te represente mañana?

Lo cual me permitió ver muchas de Víctor Hugo y de Shakespeare, que no conocía más que de nombre, por estar ya casi fuera del repertorio.

Y en una de aquellas tardes, mientras, sentado al pie del *Perseo* de Benvenuto Cellini, esperaba la llegada de los compañeros, fué cuando presencié el espectáculo que voy a na-

rrar, y cuyo recuerdo me produce viva impresión todavía.

Las sombras habían comenzado a caer sobre la inmensa mole del Palazzo Vecchio y llenaban ya por completo la vasta galería que concibió el genio de Orcagna. Por la anchurosa plaza cruzaba en todas direcciones la multitud, que yo veía pasar indiferente, absorbido más que por ella por la contemplación de las colosales estatuas obra de Miguel Angel y Baccio Bandinelli, que tenía muy cerca, y del alto "campanile", cuya esbeltez obliga a pensar cómo durante siglos ha podido resistir el impulso del aire.

De pronto, entre la muchedumbre vi destacarse una figura extraña que caminaba apresuradamente, y a la cual seguían no pocas personas, después de saludarla con reverencia. Aquella figura, que lo mismo podía ser hombre que mujer, iba vestida de pies a cabeza con una larga túnica de tela negra, sujeta a la cintura por un cordel, y una alta caperuza del mismo color, en que dos agujeros redondos ocupaban el lugar de los ojos abriendo paso a las miradas. Era una especie de encapuchado por el estilo de los que suelen acompañar en Andalucía las procesiones de Viernes Santo, y en Madrid, en la pradera del Canal, el entierro de la sardina; pero no tratándose de lo uno ni lo otro, me quedé en ayunas respecto a la significación de aquel máscara, encontrándole a la vez imponente y grotesco. Le hubiera seguido de buena gana hasta descubrir la clave del enigma, mas lo solemne de la aparición no logró hacerme olvidar la solemnidad del momento que se aproximaba.

En efecto, a poco de haberse desvanecido aquella sombra, vi delante de mí el cuerpo del conde Arrivabene, a quien hice relación del suceso, pidiéndole noticias.

—Va usted a tenerlas ahora mismo—me contestó—; detrás de mí viene la explicación del misterio.

Y lo que venía detrás del conde era una fúnebre comitiva

formada por treinta o cuarenta encubiertos como el que yo había visto solo, de los cuales cuatro llevaban en una camilla sin cubrir el cadáver de una mujer joven y hermosa que, según el clamoreo de las gentes que lo escoltaban, se había arrojado al Arno media hora antes desde el *Ponte degli Orefici*.

—Pero esos encapuchados ¿quiénes son?—volví a preguntar a mi amigo.

—Son *los hermanos de la Misericordia*—me respondió el conde.

Aquella misma noche, y narrada por unos labios juveniles que me enseñaron eso y otras muchas cosas, supe yo la historia de la famosa hermandad, que bien vale la pena de ser conocida.

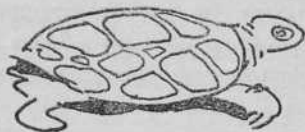
En Florencia, que mereció amargas censuras del Dante por la inestabilidad de sus leyes, vive pronto hará seis siglos esta caritativa institución.

Seis siglos hace que el sonido de una campana, siempre que una desgracia o una catástrofe inesperada acontece en la vía pública, congrega, en modesto albergue al principio y hoy en suntuoso hospital próximo a Santa María dei Fiori, una legión anónima de que forman parte aristócratas y plebeyos, mercaderes y sacerdotes, los cuales, ocultos bajo sus caperuzas y sus hábitos negros, acuden solícitos a prestar socorro al necesitado y al doliente, atendiendo a su curación y alivio, cuando es posible, o acompañándole a la última morada. En este largo espacio de tiempo, veinticinco epidemias han assolado aquella ciudad sin par en la hermosura, y ni uno solo de los hermanos ha faltado al deber que se impuso, sin vanagloriarse jamás de haberle cumplido. Si hay entre ellos quien supere a los demás en caridad y celo, sábelo

únicamente aquel a quien se encomiendan, cuando al separarse, después de llevar a cabo sus piadosas acciones, se dicen uno al otro en voz baja: "¡Dios se lo pague, hermano!"

Tal es la hermandad de la Misericordia, al paso de la cual presentan las armas los centinelas, se forman las guardias y se descubren los transeúntes desde que en una ocasión—hace bastantes años—, habiendo aún duques soberanos en el país, necesitó la hermandad apelar al auxilio de la fuerza pública por no sé qué incidente, auxilio que el jefe del puesto negó al hermano que lo solicitaba. Este, en vez de retirarse como le prevenían, alzóse la caperuza y el oficial dobló la rodilla, desenvainando la espada.

Había reconocido al gran duque de Toscana en el humilde hermano de la Misericordia.





XXIX

Páginas sueltas.—Recuerdos de Italia.—II
Re galantuomo.—El palacio Pitti.—Un
motín modelo.

LLEVABA yo algún tiempo de vivir en Florencia, y aún no conocía personalmente al rey Víctor Manuel. Mi cargo de primer secretario de la Legación no me autorizaba para entablar relaciones más que con su Gobierno, ni era posible otra cosa, dado que el nuestro apenas estaba constituido. Únicamente solía verle de lejos, por la circunstancia de estar situada mi casa en el Lungarno, a cuyo extremo comienza el paseo de "Le Cascine", por el que todas las tardes daba dos o tres vueltas en un ligero carruaje descubierto, casi siempre solo, y vestido con americana de terciopelo oscuro y sombrero calabrés. Pueden figurarse que lo han conocido como yo cuantos saludan en la calle o aplauden en la Zarzuela al maestro Caballero, pues era notable su semejanza, si bien el monarca tenía los ojos grises y vivos, y no alcanzaba la estatura ni el volumen del músico.

Confieso que desde el primer momento encontré altamente simpático aquel soberano que hacía todo lo posible por no parecerlo, sin perjuicio de demostrar a menudo que lo era, pues en él se unían, como no tardó en comprender Europa, tales condiciones de valor, de prudencia y de patriotismo,

que gracias a ellas logró, triunfando de los más fuertes, convenciendo a los más incrédulos y engañando a los más hábiles, realizar lo que hasta entonces había parecido un sueño: la absorción de la Italia por el Piamonte y el predominio absoluto de la casa de Saboya sobre el vasto territorio convertido durante siglos en feudo de algunas familias afortunadas.

Por esto y porque tengo para mí que la diplomacia es el más tortuoso y molesto de los caminos cuando se trata de llegar a cualquier parte, decidí apelar a la franqueza, que a lo menos es una cualidad de hombres, y con ella y la amistad que siempre me dispensó Natale Aghemo, jefe del gabinete particular del rey, que le trataba como un padre, y no sin motivo, según pública voz, me propuse realizar mi deseo de ofrecer mis respetos a S. M. Antes, y aprovechando la oportunidad de hallarse próximo el día de Reyes, en que había solemne recepción en Palacio, pregunté a uno de los colegas más antiguos:

—Dígame usted, para las ceremonias cortesanas, ¿es indispensable el uniforme?

—Sí, señor—me contestó—, pero usted no debe preocuparse por eso.

—¿Por qué?

—Porque sólo concurren a esos actos los embajadores y los ministros, únicos que traen cartas credenciales.

—Ya sabía eso, pero me faltaba lo otro.

Inmediatamente me fuí en busca de Natale Aghemo. Le hallé en vía Calzaioli, y le dije sin más circunloquios:

—Amigo Natale, ¿de qué medio me valdría yo para saludar al rey en nombre de mi Gobierno y en el mío propio en su festividad? No puedo ir con el Cuerpo diplomático, porque no estoy acreditado, y además no me ha concluído Bellini el uniforme, cuyos bordados ha encargado a Milán.

—¿Quiere usted dejar a mi cargo el asunto?—interrumpió Aghemo.

—Es precisamente lo que iba a pedirle.

—Pues bien, mañana en casa de Servadio, donde recordará usted comemos con Mario y la Grissi, diré a usted lo que me prevenga el rey.

Sin duda graves ocupaciones impidieron al jefe del gabinete particular asistir a la comida; pero no había comenzado ésta cuando recibí una carta suya en que, después de encargarme presentara su excusas a las damas, añadía estos dos renglones: "Su Majestad me ha dicho que tendrá mucho gusto en recibir a usted el mismo día de Reyes, con o sin uniforme, a la misma hora que al Cuerpo diplomático."

Me guardé para mí solo la noticia y no volví a ocuparme del asunto hasta que las salvas de los cañones y el estrépito de las campanas me anunciaron la fiesta de los Reyes, y en que vestido de etiqueta y acomodado en un elegante cupé, al que no faltaba ningún detalle, pues hasta los aurigas y los caballos lucían escarapelas de gala, di con mi cuerpo en los salones del palacio Pitti, que acaso no sea el más bello, pero es el más grandioso de todos cuantos han servido y puedan servir de residencias reales.

Detengámonos un momento en él, ya que tuvimos la dicha de asistir a sus brillantes y animadas recepciones, presididas por aquel soberano que había de abandonarle muy pronto, dejando instalado en su lugar ese otro soberano que nunca muere: el Arte.

Acabado de construir en Florencia el palacio Strozzi, modelo de elegancia y de buen gusto en el género gótico, un comerciante, Lucas Pitti, se permitió criticarlo, poniéndole, entre otras faltas, la de que era pequeño. Esto dió origen a una polémica, que en aquel pueblo de artistas no dejó de apasionar los ánimos, y a la que puso término Pitti prome-

tiendo construir un palacio cuyo patio central tendría las mismas dimensiones del palacio Strozzi, de tal modo que pudiera encerrarse en él como en un estuche. Reunió con este fin millares de operarios; hizo desmontar una gran colina de las que dominaban la ciudad desde la otra orilla del Arno, y poco a poco fué convirtiéndose en palacio la montaña, pues de tal le dan apariencia los enormes bloques sin labrar de que está edificado hasta el primer piso, y las proporciones colosales de su fachada y salientes de los costados.

En armonía con el edificio están sus soberbias y altísimas estancias, muchas de las cuales ostentan magníficos frescos, habiendo sido preciso, para revestir de cristales los huecos que dan entrada a la luz, colocar sobre los marcos de madera de cada balcón otro de forma cuadrada y otro redondo encima, que en verdad no producen buen efecto vistos desde fuera. Más tarde se completó este real sitio agregándole los extensos terrenos que ocupan los jardines de Bóboli, dignos de admiración, aun en el país clásico de los jardines, no sólo por sus árboles y sus flores, sino por las estatuas y monumentos arquitectónicos que los avaloran.

Ahora bien; a este palacio y a un salón achicado como otros varios para hacerlo habitable por los antiguos duques de Toscana, fuí yo conducido, atravesando lujosas habitaciones y vastas galerías, sencillamente ataviado de negro y sin más que una florecilla en el ojal del frac, siguiendo la costumbre del país. En aquel salón, y esperando la hora señalada para la audiencia, resplandecía en toda la plenitud de sus casacas y de sus condecoraciones el Cuerpo diplomático.

No hay para qué decir el movimiento de asombro y casi de indignación con que fué acogida mi presencia. A la sorpresa siguieron los cuchicheos, que no tardaron en conver-

tirse en preguntas; respondí a los primeros con una sonrisa, y a las segundas con estas lacónicas palabras:

—Tranquilícense ustedes, señores; aunque de la familia, vengo solo; Su Majestad el rey me hace el honor de recibirme sin credenciales.

De este modo fuí yo recibido por Víctor Manuel, que me habló largo rato de sus simpatías y su interés por España; que me hizo explicar cuanto yo sabía de los orígenes y desenvolvimiento de la revolución, y cuanto ni yo ni nadie sabíamos de los proyectos del Gobierno provisional, ocupado entonces en preparar el terreno para la candidatura del príncipe Tomás de Génova, que pocos días después me obligó a hacer un viaje a Pisa para anunciar al general Cialdini la próxima y misteriosa llegada de un emisario que venía a ponerse de acuerdo con él, el cual emisario, que no era otro que Paco Montemar, llegó en efecto disfrazado de Mr. Martin.

Poco tiempo permanecí en Florencia; pero durante él no dejé de recibir pruebas de la amabilidad del monarca, que dos o tres veces me envió a decir con Natale Anghemo que fuera a verle sin etiquetas ni cumplimientos, pues bastaba que pasase aviso al gabinete particular. Así lo hice, y pude convencerme de lo que hoy está convencido todo el mundo: de que era un gran rey aquel buen hombre. Naturaleza un tanto selvática, pero dotado de admirable instinto y de un profundo conocimiento del corazón humano, jamás avanzaba sin estar seguro de no retroceder; más que el representante de una dinastía, era el símbolo de una raza, raza de regeneradores en esta vieja Europa, donde sólo quedan razas de degenerados.

En cuanto a su temple de alma y su serenidad y sangre fría, creyendo, como creo, que estas cualidades se demuestran lo mismo en las luchas heroicas que en los pequeños

accidentes de la vida, me bastará referir un suceso, del que fuí testigo presencial.

Aunque modelo de pueblos cultos y bien avenidos con la quietud y el orden, no deja el pueblo de Florencia de tener, como vulgarmente se dice, su alma en su almarío, que no en balde lo habitaron güelfos y gibelinos ni manchó las losas de una iglesia con la sangre de Alejandro de Médicis, ni vió quemar por hereje a Savonarola.

Uno de sus accesos de furia, disculpable hasta cierto punto, si se atiende a que más que a sus derechos se atacaba a sus intereses, fué el que produjo en 1869 el establecimiento de la nueva contribución que se llamó del "macinato", o sea la molienda de los cereales. Protestaron contra ella los pueblos en masa; hubo acaloradas discusiones en el Parlamento; motines y choques entre el paisanaje y la tropa en no pocas ciudades, y corriendo de boca en boca y repetida en cafés, casinos, peluquerías y mercados, llegó a tomarse por artículo de fe la noticia de que era inminente una revolución en la capital.

Solía acompañarme, lo mismo a teatros que a paseos, siéndome a la vez agradable y útil, en cuantas horas le dejaba libre el servicio militar, un joven subteniente de infantería de ilustre apellido y distinguida familia española, alejado de ella y de su país por no sé qué calaverada de esas que cambian la faz de una existencia, y que le llevó a sentar plaza en el ejército italiano, donde había hecho toda la campaña con Garibaldi. Unido a mí por el doble lazo de la amistad y de la gratitud, era, a la vez que un servidor leal, un compañero inapreciable, y a sus relaciones con muchos jefes de la milicia, sus hermanos de armas, entre ellos Ricciotti, el hijo mayor del solitario de Caprera, con quien también intimé en breve, debí no pocas alegrías de las que guardo perdurable recuerdo.

Del brazo de mi buen amigo el "sottotenente" pasaba yo una noche por la plaza de la Signoria, cuando comenzaron a afluir de todas las bocacalles, con la misma puntualidad que si acudieran a una cita, multitud de grupos de hombres y mujeres, sobre cuyas cabezas tremolaban algunas banderas y de cuyas gargantas salían, en desacorde estruendo, sordas imprecaciones. Interrumpíanlas a veces gritos que demandaban silencio, y entonces un individuo, destacándose del grupo, bien trepando a una silla, bien a los hombros de sus camaradas, daba principio a una arenga, especie de sinfonía sobre motivos del "Macinato", que terminaba siempre con el socorrido tema de ¡abajo el Gobierno!

Tan pronto deslizándonos entre los grupos, como envueltos por su tumultuoso oleaje, seguíamos nosotros con más curiosidad que inquietud nuestro paseo, y a haber estado en armas la muchedumbre hubiéramos creído asistir a alguna de aquellas contiendas de los Pazzi con los Albizzi, que siglos antes tenían por teatro la misma plaza, y que sólo cesaban un momento para recoger el brazo del *David*, de Miguel Angel, roto al apoyar en él la escala de asalto, o para cubrir con unos tablones que le sirvieran de defensa el coloso de Baccio Bandinelli. Pero ¡vana ilusión! el torrente humano apagaba su rugido en la llanura, sin que alcanzara la vista más fusil que el del centinela, que con lentos pasos medía la distancia de una a otra esquina del Palazzo Vecchio.

Cerca de dos horas llevaban ya de gritar los amotinados, y casi era de temer dedicarían a este ejercicio toda la noche, cuando un incidente inesperado, de que fuimos los primeros en darnos cuenta, vino a fijar nuestra atención. Cruzábamos mi compatriota y yo por delante de la galería de "Gli Uffizzi" a tiempo que desembocaba por ella una pareja que a la espléndida luz de los faroles que iluminaban la logia

dei Lanzi reconocimos en seguida. Eran el rey Víctor Manuel y su ayudante el general Angelini. Cambiamos de dirección al verles, y aunque íbamos ya de retirada, nos pusimos en su seguimiento, como correspondía a un militar y un diplomático.

Tranquilos y sonrientes penetraron en la anchurosa plaza, a la sazón convertida en hormiguero, deteniéndose allí donde el escándalo y la bulla parecían mayores o donde los tribunos de la plebe despotricaban a más y mejor. A todo esto, el público iba apercibiéndose poco a poco de la presencia del rey, y los que le veían próximo comunicaban la nueva en forma de rumor a los más distantes. Hubo un momento en que la masa, replegándose, formó una especie de muralla que impedía el paso, y en que uno de los que en ella figuraban en primera línea, hombre por cierto de luenga barba y con facha de obrero, gritó con voz en que la energía luchaba con la timidez: ¡Viva la República! El rey y el general siguieron indiferentes su camino, y empujando y dejándose empujar, llegaron a fundirse en la masa. Y yo ví a Víctor Manuel sacar un cigarro negro del bolsillo de su americana, y dirigiéndose al demagogo vocinglero, que fumaba en una pipa de barro, decirle con toda la suavidad que cabía en su rudo acento piamontés: *¡Fatemi il piacere!*

Y entonces ocurrió una cosa extraña. Muchas mujeres de las que componían las avalanchas de aquel ejército, y de las que más habían chillado, se miraron, y de entre ellas salió claro y vibrante el grito de ¡viva el rey!

Instantáneamente cesaron el estrépito y las voces, y diez minutos después en la plaza de la Signoria no quedaban más que las estatuas.

Estoy seguro de que Víctor Manuel comió aquella noche con su apetito de costumbre las cuatro o seis libras de carne

que le servían de alimento una vez cada veinticuatro horas, y que a la madrugada siguiente, con la escopeta en la mano y el cuchillo de monte a la cintura, tomaría el camino de San Rossore, incansable en su afán de perseguir "ai cervi" y de "mangiar la cipolla", como él decía.





XXX

Hojas de un álbum.

POR tener lo que pueden tener todos, ya que desgraciadamente no tengo lo que tienen algunos, tuve yo en Granada un álbum de esos que los pintores emplean para tomar apuntes, y que tal vez hubiera quedado en blanco a no haberseme ocurrido un día estampar en su primera página esta quintilla:

A LOS LITERATOS Y ARTISTAS EUROPEOS

En cien álbums escribí,
y hoy como venganza fiera
un recuerdo os pido aquí:
¿dejaréis de hacer por mí
lo que hago yo por cualquiera?

Desde entonces, lo mismo nacionales que extranjeros, así los que la saludaban al paso como los que vivían en relación con la Cuerda granadina, no se desdeñaban de llevar a aquel modesto libro sus más o menos concienzudos trabajos, que acabaron por constituir un verdadero tesoro artístico cuando con otras cuatro o seis prendas de equipaje vinimos a Madrid el album, el propietario y la maleta.

De las tres cosas sólo el propietario se mantiene entero y

en mediano uso: la maleta ha tenido bastantes sucesoras, y en cuanto al álbum quedan pocas de sus hojas desprendidas ya y amarillentas; los dibujos bonitos han servido para embellecer álbums de muchachas bonitas también; los versos y la prosa fueron en su mayor parte a manos de coleccionadores de autógrafos, y si algo guardo todavía es lo puramente personal: lo que simboliza afectos no extinguidos, memorias gratas, impresiones que dejaron honda huella en mi vida.

Quizá no interesen a muchos, pero nada se pierde con sacarlas a la luz.

Casi inmediatamente después de mi dedicatoria encuentro sobre el papel descolorido siete u ocho renglones escritos muy en alto y muy juntos; después un ancho espacio, y muy abajo el nombre de "Pedro A. de Alarcón". Los renglones dicen:

"Querido Manuel: Escribe aquí lo que se te antoje y lo creeré mío, porque tú eres yo y yo soy tú; y nuestra vida y nuestras ideas son las mismas y una sola firma basta para representar nuestros pensamientos, nuestros compromisos, nuestro pasado, nuestro porvenir, nuestras opiniones, nuestro dinero, nuestro crédito y nuestros puños."

En 1855, cuando estábamos juntos en *La Discusión*, me decía "Emilio Castelar":

"Querido Manolico: Como las grandes ideas no tienen adecuada forma, las grandes ideas no tienen fieles palabras. La amistad que tu buen corazón me inspira y la admiración que profeso a tu fácil y flexible ingenio se sienten, mas no se explican."

Véase un consejo de amigo que seguí durante largos años, y del que acabé por olvidar lo más importante sin duda alguna:

"Mio caro Manuele: Non ti maritare, non essere soldato;

non pensare al avvenire, perchè son tre cose da morire.—Gior-
gio Ronconi, 1856.”

En la misma hoja, y contradiciendo sus palabras con sus
obras, discurre así el gran poeta “Fernández y González”:

“Es el amor en la vida
del hombre una enfermedad:
la mujer, fatalidad
que le sigue fementida,
abismo donde se anega,
sirena que le fascina,
sér fatal que le domina
y al que insensato se entrega.”

Conservo también en el álbum curiosas cartas salvadas
de la rapacidad de los cazadores de firmas, y de una de
ellas, con la que un distinguido escritor me remitía un libro
que acababa de publicar, copio este párrafo:

“Celebro esta ocasión que me proporciona la proporción
de proporcionar a usted manera de proporcionarme la venta
de algunos ejemplares, cuyo producto sabrá usted que es
tan mío como yo soy de usted afectísimo amigo y s. s., “An-
tonio Flores.”

Mal tiempo debía hacer por Sevilla en diciembre de 1856,
según se desprende de estos renglones que entresaco de una
larga epístola:

“¡Dios mío! ¡Sol y avispa, aunque me piquen! Esto en-
tra diciendo en este momento la desesperada lavandera. ¿Ha
oído usted cosa más graciosa y significativa? ¡Qué pueblo!
¡Qué bien hacemos Bécquer y yo en pintarlo!—“Fernán
Caballero”.

De un vate cómico, que andando el tiempo llegó a escribir
Pan y Toros:

"Hombre que no necesita
para vivir el calor
de la amistad y el amor,
es una planta maldita."

"Pepe Picón".

De otro, a quien la desgracia había herido trocando en
amargas quejas lo que fueron donaires:

"Perder un hijo ausente inspiraría
a Campoamor magnífica dolora:
¡Quién supiera escribir!—gimió algún día;
¡Quién supiera llorar!—grito yo ahora."

"Ricardo Puente y Brañas".

Uno de los hombres más notables y simpáticos que he
conocido, cuya habilidad como prestidigitador no tuvo rival,
y le proporcionó grandes triunfos y grandes riquezas, dice,
y respondo de que decía verdad:

"Mon talent appartient à mes amis
comme mon âme appartient à Dieu."

"Ch. Herrmann".

En la misma página, y en el mismo idioma, se lee este
cuarteto:

"La vie a deux versants tout pleins d'émotions:
L'un est peuplé de fleurs, d'oiseaux, d'illusions,
C'est le frais paysage où tout brille, où tout chante.
L'autre est le pic aride où tout nous désenchante."

"Louis Ernest".

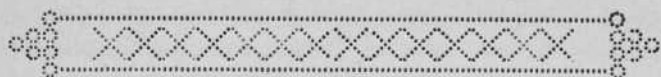
Por último, y prescindiendo de notables manuscritos que avaloran los nombres de Rossini, Ayala, Florentino Sanz, Eguílaz, Rafael Calvo y otros muchos muertos ilustres, copiaré un trozo de carta de un artista de quien fuí más que amigo hermano:

"Attendo con ansia e impazienza le tue nuove poesie, che puoi indirizzare a Firenze alla mia villa di Montughi,

dove m'en vivo in solitario chostro,
saltar vedendo i capri snelli e i cervi.

Oh! perchè la sorte ne tiene così divisi? Io resterò in seno della mia famiglia sino ai primi del mese di dicembre. Dopo riprenderò il mio bordone e quale antico Romeo dell'arte mi metterò in camino verso il Nord."—"Ernesto Rossi".

¿No es verdad que, al recoger y reunir estos fragmentos que tan elocuentemente nos hablan del pasado, se siente la misma tristeza que al penetrar en unas ruinas? ¡Cuántas columnas destrozadas! ¡Cuántas reliquias hechas polvo! Fortuna grande que la memoria resida en el cerebro, y no en el alma, porque de ser así habría que creer en la eternidad del dolor.



XXXI

Crónica de sucesos: Mayo de 1872.—Los carlistas.—El Parlamento.—La «Internacional».

NOS hallamos en plena insurrección carlista. Y no una insurrección así como se quiera, sino preparada y dispuesta de largo tiempo, al amparo de las garantías constitucionales, y que por lo visto no esperaba para estallar otra cosa que la desunión—calculada, sin duda, de antemano—en que se encuentra, por torpezas de unos y de otros, el bando liberal.

Renuncio a explicar a ustedes los detalles y pormenores de esta nueva expedición de los cruzados de la barbarie, con tanto más motivo cuanto que repetidos hasta la saciedad los hallarán en todos los periódicos; no debo ocultar a ustedes, sin embargo, que el asunto es más grave de lo que generalmente se cree, y sería realmente peligroso si la cosa no estuviera tan desacreditada.

Cuente con los elementos que quiera; apóyenle o no los descontentos de dentro, que no son pocos, y los esperanzados de fuera, que son muchos, el carlismo, a pesar de la propaganda del clero y del oro de los legitimistas, es una planta que no arraigará jamás en nuestro país. Rechazado a un mismo tiempo por la conciencia pública y por el interés pri-

vado; combatido por la historia y la civilización; con un ejército de fanáticos y un imbécil por caudillo, podrá en momentos dados producir alguna perturbación y arruinar alguna comarca, pero no llegará a la meta de sus deseos. Hoy por hoy, podría triunfar en España la restauración, que es el absurdo; podría triunfar la demagogia, que es lo terrible; no puede triunfar el absolutismo, que es lo ridículo. Si por un milagro de la Providencia o por una broma del destino, Carlos VII apareciera un día sentado en el trono, de seguro antes de la noche le habría derribado de él, no ya la indignación popular esgrimiendo la espada de la cólera, sino la manifestación unánime del sentido común por medio de la más estrepitosa de las carcajadas.

No sé si ustedes habrán tenido ocasión de conocer en sus viajes al duque de Madrid, como hoy se hace llamar, ni si tienen noticia de la especie de corte que le rodea, y de hasta qué punto es cómico todo lo que a su persona se refiere. Yo tuve hace años ese placer, y aseguro a ustedes que al ver la cara del atrevido pretendiente; al mirar aquel labio inferior grueso y caído y aquella frente deprimida y estrecha, casi sentí no ser carlista para probar la inmensa satisfacción de dejar de serlo. Entonces supe que dentro de su casa imperaba la más rigurosa etiqueta; que se hacía llamar "Majestad" hasta de los amigos más íntimos, y que su mismo Gobierno—pues Gobierno y todo tenía formado para su uso particular—se burlaba de él y hacía comentarios grotescos de sus palabras y de sus acciones. Conocí también a muchos de sus cortesanos, merodeadores todos de oficio; algún noble empobrecido por la ignorancia o la vanidad; algún tahir jubilado que veía en aquel rey su última carta, y algún inválido de la política que después de haber explotado las ideas nuevas vivía a la sombra de las viejas, como esos plateros que no teniendo ya joyas que comerse, se dedican

a fabricar moneda falsa. La única figura simpática, a decir verdad, de aquel círculo era la que ellos llamaban su reina Margarita, mujer agradable y discreta, el alma entonces de aquella sociedad, como ahora el alma de esta conspiración. Su marido la presentaba a cuantos iban a verle, y la hacía presidir las juntas y reuniones, sin duda para atraer prosélitos, pues él estaba seguro de no conseguirlo.

Recuerdo que hablándome de esto, me preguntaba uno de sus partidarios:

—¿Qué te parece la conducta de nuestro rey?

—Magnífica—le contesté—; pero creo que hace lo contrario de lo que previene el refrán.

—¿Pues qué hace?

—Echar "margaritas" a puercos.

Por fin, Ríos Rosas fué elegido presidente del Congreso por 168 votos, los mismos que obtuvo en la legislatura anterior el señor Olózaga. Esto, por lo menos, es una garantía de que las discusiones serán ordenadas, pues el fogoso orador, ya que no el arte de dominarse a sí mismo, posee el de dominar a los demás.

Ya verán ustedes en el discurso de la corona los párrafos relativos a Cuba; supongo que les gustarán como a mí, y más por el fondo que por la forma, que en verdad os digo no es todo lo correcta y castiza que pudo y debió ser.

En cuanto al interés de los debates parlamentarios, ha menguado mucho por efecto de las circunstancias, y hasta creo que la oposición no será tan acentuada como lo hubiera sido en otro caso, sobre todo cuando la ausencia de los diputados carlistas ha venido a dar una gran fuerza a la mayoría.

Estos días se han hecho numerosas prisiones de gente conocida por sus ideas reaccionarias; el único que no parece por

más que se le busca es el señor don Cándido Nocedal, hoy pontífice unánime del neocatolicismo; verdad es que la autoridad cometió la triple inocentada de ir a prenderle con el coche del gobernador, a las siete de la mañana y a casa de su esposa. ¡Qué poco conocimiento de las gentes y de las costumbres!

Ayer salió para Navarra, donde se pondrá al frente del ejército de operaciones del Norte, el general Duque de la Torre, a quien acompañan los mariscales de campo Acosta y López Domínguez, los brigadieres Cerutti, Cos Gayón, Negrón, Palacios, Primo de Rivera, Zorrilla y Sagasta; el coronel Bermúdez y algunos otros oficiales subalternos. Todo hace creer que la campaña será muy corta, y más aún si, como se dice, los federales permanecen indiferentes al movimiento. Aunque así no fuera, podría darse por bien empleada si sirviera para abrir los ojos de cuantos se precian de patriotas, y hacerles ver el triste resultado que producen los odios injustos, las ambiciones exageradas y las rencillas personales.

Por lo menos, ahora tienen una buena ocasión de recordar aquella conocida fábula:

"En esta disputa,
llegaron los perros..."

Aquí también hemos tenido algunos días de alarma, y aun ha llegado a creerse como artículo de fe que el orden estaba seriamente amenazado. Pero ni ha sucedido nada, ni es verosímil que suceda, dadas las condiciones de sensatez y cordura que distinguen a la heroica villa, hoy más animada que nunca, y que se halla además muy satisfecha de la libertad que disfruta.

Lo único que inquieta a las personas sensatas entre tanta

alharaca de guerra y tanto dicterio como vomita diariamente la prensa de oposición, es el incremento que han tomado ciertas ideas disolventes, que apenas si se atrevían antes a insinuarse en las páginas de un libro, y hoy se proclaman abiertamente en periódicos y asambleas.

Dudamos, sin embargo, que la "Internacional" pueda llegar aquí, no solamente a realizar sus descabellados planes, sino a constituirse en escuela: pues ni la cuestión del trabajo tiene en España la importancia que en otros países, ni el pueblo es tan incauto que se deje alucinar tan fácilmente por los que quieren explotarlo.

Respecto a lo que hayan ustedes oído decir de que pasan ya de cuatrocientos mil los afiliados a esa Sociedad, no deben vacilar en negarlo; aparte de las razones serias que hay para ello, toda vez que no hay en España cuatrocientos mil hombres que quieran trabajar.

La prensa literaria ha celebrado con preciosos artículos y notables grabados en las dos *Ilustraciones* que se publican —la de Madrid y la Española y Americana— el aniversario de la muerte del insigne Cervantes. También el señor Tubino ha consagrado a la memoria del autor del *Quijote* un libro lleno de altos conceptos y de interesantes noticias sobre su vida y su obra.

Esto, y una comedia estrenada hace tres o cuatro noches en el teatro Español con el título de "Amar a ciegas", primera producción del joven don Luis Calvo, que ha demostrado en ella grandísimas dotes de poeta y no pequeñas de autor dramático, son los únicos acontecimientos de que las Letras tienen que regocijarse. Todo lo demás se reduce a algún que otro folleto sin interés; alguna que otra piececilla

sin argumento, y dos o tres tomos de polémica, espiritismo y versos; polvo, ceniza, nada, como suelen decir los epítafios.

He esperado hasta poco antes de la salida del correo para ver si podía comunicarles alguna noticia de importancia antes de cerrar esta carta. Nada se sabe. Las facciones aumentan, y puede decirse que Navarra y las Provincias Vascongadas están en completa rebelión, habiendo ya varias partidas de mil y dos mil hombres. No se les puede negar que se han reunido y organizado bien pronto; veremos si les sucede lo mismo cuando se toque a combatir.

Las opiniones están divididas; pero, en honor de la verdad, son pocos los que creen que el carlismo podrá resistir el empuje de las tropas, y menos aún los que temen que pudiera triunfar en ningún caso.

Aquí tropecé en la calle con uno de estos pocos.

—¿Qué dice usted de los carlistas?—me preguntó asustado.

—Hombre, digo lo que todo el mundo dice: que crecen, pero no engordan.

—Y, hábleme usted con franqueza: ¿le parece probable que entre don Carlos en Madrid?

—No señor; y lo siento, porque desearía verle entrar.

—¡Cómo! ¿usted también?

—Sí, señor; desearía verle entrar de la única manera que es posible que entre: prisionero.





XXXII

Las iniciales.—Mi coche.—Gente conocida.

MÁS de una vez, al contemplar, bien en los botones de una elegante librea, bien sobre el frontispicio de entrada de un aristocrático palacio, bien a la portezuela de un blasonado carruaje, una, dos o tres iniciales simbolizando el nombre o el título de su dueño, se me ha ocurrido lo que podría resultar de la interpretación de esas iniciales por uno que no tuviera idea de lo que significaban y las empleara con relación al carácter o la historia de ciertos y determinados personajes.

Aplicando este sistema a las fórmulas usadas en el lenguaje epistolar, es como varios amigos descubrimos, hace tiempo, que las cuatro letras que habrán ustedes visto en muchas esquelas de muerto Q. S. G. H. querían decir: "Que Salió Ganando Horas"; que el Q. B. S. M. que anteponen a la firma los altos funcionarios debe traducirse: "Que Buen Sueldo Mama", y que el B. S. P. final obligado de todas las cartas amorosas equivale a "Buscar Sus Patacones", cuando se trata de una vieja, y "Bailar Sobre Puñales", cuando la aludida es una joven hermosa y pobre por añadidura.

Sobre todo, donde yo he hecho curiosas observaciones de este género ha sido en los paseos y en los besamanos, cuando los trenes van en hilera o desfilando uno por uno.

Apenas hay inicial que no se preste a un epigrama; que

no signifique, al aplicarle a la vida real, algo cómico, cuando no terrible; que no condense en su misterioso laconismo una historia de la más alta importancia, o dibuje un retrato tan perfecto como la misma fotografía.

Sin tratar de profundizar esta cuestión, peligrosa como todas las que se rozan con la vida íntima, vamos a presentar un pequeño cuadro de estas observaciones, limitándonos a las que son absolutamente inofensivas y se refieren al corto número de escritores y periodistas que pasean por Madrid en carruaje.

Ustedes habrán visto, de seguro, una berlina que pertenece al director de *La Correspondencia*, y que tiene las iniciales M. M. S. Pues bien: esas iniciales no quieren decir Manuel María Santana, sino "Madrid Me Sostiene".

Enrique Pérez Escrich, uno de nuestros más fecundos y populares novelistas, suele ir a su casa de campo, situada en un pueblo cerca de Madrid, en un modesto birlocho, adquirido—como lo indican sus propias iniciales E. P. E.— "Escribiendo Por Entregas".

Carlos Frontaura, el discreto y festivo propietario de *El Cascabel*, posee también un carruaje que, con las iniciales C. F., va diciendo por todas partes "Cascabel Fui".

Manuel Fernández y González, el príncipe de nuestros literatos, que cultiva con igual exuberancia de imaginación la poesía, el teatro y la novela, parece que ha querido escribir su biografía literaria en la portezuela del coche con estas tres letras: M. F. G. Todos los que conocen sus obras las traducen así: "Mentiras Fabrica Grandes".

Eduardo Asquerino dejó hace poco de tener coche propio, sin que nadie llegara a creer que lo tenía. Y es natural: todos los que se fijaban en la E. A. leían como de corrido: "Es Alquilado".

Hay algunas iniciales que a primera vista se creerían hijas

de un excesivo orgullo si el nombre que simbolizan no les sirviera de disculpa. Tales son, por ejemplo, las de Bretón de los Herreros, que con su M. B. H. nos está recordando continuamente: "Mucho Bueno Hice".

Hay otras que revelan una particularidad del carácter de un individuo, haciendo de ella casi un sistema: en este caso se encuentra Gutiérrez de Alba, que lleva su afición a la crítica hasta el punto de haber puesto en su victoria este que casi parece un cartel de desafío: J. M. G. A.: "Jamás Me Gustó Aplaudir".

Cuando mi amigo Ramón Correa puso coche, se empeñó en que el coche no había de tener iniciales. Muchos creyeron que este empeño era una tontería; pero yo comprendí desde el primer momento la causa. Sin duda temió que al escribir en las portezuelas R. C. iba a leer todo el mundo: "Rara Casualidad".

Si yo me hallara alguna vez en su caso, que no lo espero, no vacilaría en imitarle, porque de fijo mi M. P. no tendría más explicación que: "Milagro Patente".

De buena gana seguiría interpretando iniciales, haciendo para ello una excursión entre la gente de dinero y la de buen tono; pero esto podría tener graves inconvenientes, y el más grave para mí sería el de que nadie quisiera llevarme en coche, cosa que hoy sucede a menudo, a pesar de cuanto digan las iniciales.

APENDICE

Han pasado diez y seis años desde que escribí el artículo anterior. La mayor parte de los que tenían coche por aquel tiempo no lo tienen; verdad es que muchos de ellos no lo necesitan tampoco, pues hicieron ya su último viaje. En cambio han echado coche algunos que ni dignos parecían

de andar a pie, y bastantes que encuentran este medio el más cómodo para huir de los acreedores. Yo sigo con mi manía de interpretar iniciales, en prueba de lo cual os ofrezco la siguiente tabla, cuya aplicación queda encomendada a vuestra malicia y vuestro ingenio:

M. A.: "Me Arruiné".

J. V.: "Jugando Vivo".

S. M. G.: "Soy Muy Gracioso".

A. L. P.: "Alguno Lo Pagará".

C. de P.: "Carlita de Profesión".

M. de V.: "Memorias de Vltratumba".

D. de S.: "Daré de Sí".

V. de M.: "Verdugo de Maridos".

A. B.: "¡Ah, Bruto!"

F. G.: "Farsante Gordo".

P. de E.: "Procedente de Empeños".

V. G.: "Valiente Gaznápiro".

A. M. C.: "Aquí Me Cuelo".

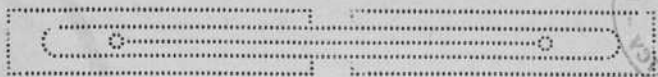
C. de G.: "Cazador de Gangas".

M. de F.: "Muñeco de Feria".

A. S.: "¡A ése!"

Creo que con muy poco trabajo alcanzaréis la solución de estos enigmas.





XXXIII

Sobre la falsedad de las cosas y de las personas. — Mis coches; mis pesetas; mis cantores. — Una proposición de ley.

DESDE que leí no hace mucho en un periódico que se había descubierto en esta corte una fábrica de moneda falsa, la cual, según antecedentes y noticias, llevaba puestas en circulación más de ochocientas mil pesetas, estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

Porque debo confesarlo, siquiera sea en mengua de mi penetración y de mi antigua práctica en el manejo de caudales, de todos esos miles de pesetas, lo menos dos o tres centenares han venido o vendrán a morir en mis manos, tan cándidas y tan dóciles para recibirlas como rígidas e inflexibles para endosarlas a otros tan incautos como yo, que algunos debe haber, a juzgar por los resultados.

Y dirán ustedes, y no les faltará razón: ¿de quién y cómo recibe usted tanta moneda falsa? Voy a explicarlo, sometiendo de paso a la autoridad una idea, cuya realización sería aplaudida por todos los que no somos monederos falsos.

Yo tengo una debilidad que nace de otra: debilidad de andar en coche, nacida de la debilidad de piernas. Y como no soy rico, ni tengo la presunción de aparentarlo, claro está que mis coches son los que por las esquinas y plazuelas se en-

cuentran a la disposición de todo el mundo. Suelo dar propinas con escandalosa frecuencia; no niego un cigarro al cochero que me lo pide, y gozo entre el gremio, principalmente en las paradas de mi barrio, la popularidad del que paga y el crédito del que no debe. Pero al lado de una docena de aurigas de confianza está el número inmenso de desconocidos de quien uno se sirve a la conclusión de los teatros, o a quienes se entrega en medio de la calle, y esos son los que me han obligado a inventar para mi uso este aforismo: cochero nuevo, peseta mala.

No acabaría nunca si conviniera a mi propósito referir los lances y primadas que casi han hecho de mí una notabilidad en el género; pero no renuncio a narrar uno para que se vea hasta dónde pueden llegar la alevosía y el ensañamiento.

Fué a la salida del teatro del Circo. La noche, serena durante las primeras horas, se había enturbiado, y a la sazón, que serían las once y media, caía un chaparrón de tomo y lomo. Yo no llevaba paraguas, y me hallaba lejos de mi casa. Por fortuna, como aún no había terminado la función, pude permanecer unos minutos a la puerta y ver desde allí un coche que estaba parado a poca distancia. Llaméle, di al cochero la dirección y partimos a escape. Quince minutos después me apeaba enfrente de mi domicilio.

—¿Qué te debo?—pregunté al automedonte, sacando un duro del bolsillo.

—Dos pesetas, porque son ya más de las doce.

—Adelantas—murmuré sacando mi reloj—; son ahora las doce menos diez, y hemos tardado en venir cerca de un cuarto de hora.

—Podrá ser—refunfuñó el simón—, pero yo cargué a las doce, y además me hizo usted arrimar a la puerta del teatro, y además hace una noche muy perra, y además vengo calado hasta los huesos...

—Basta—le interrumpí, ya conmovido—; exceptuando lo de las doce, te asiste en todo la razón; cóbrate, pues, las dos pesetas, y otra que te regalo para que remojes un poco por dentro ese cuerpo que tanto has remojado por fuera.

Sonrióse el hombre, balbuceando unas palabras ininteligibles; dióme la vuelta con la mano izquierda y con la derecha un fuerte latigazo al penco, que salió al galope, mientras yo, mojándome como un bendito, le veía alejarse, murmurando: —Pobre gente; ¡cuánta fatiga para ganarse un pedazo de pan!

A todo esto, y por no desabrocharme en la calle, aún tenía en mi mano las dos pesetas; aproximé distraído pesetas y mano al farol del sereno, que venía alumbrándome la escalera, y creo que me hubiera desmayado si no acierto a agarrarme a la barandilla.

—¡Miserable!—grité con la energía y el desentono de cualquiera de nuestros primeros actores.

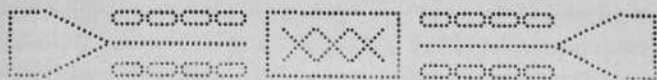
—Pero ¡válgame Dios, señuritu!—dijo riéndose en mis barbas el astur—: ¡si son más falsas que el alma de Judas!

Aquella noche no pude pegar los ojos; di vueltas y más vueltas en la cama, buscando en mi imaginación los medios de vengarme; pero ¿cómo? Ni yo sabía el número del carruaje, ni me había fijado en el color del caballo, envuelto como su verdugo en mantas y capotes y protegidos ambos por la oscuridad y la lluvia. Por fin pude dormirme al amanecer, convencido una vez más del daño que produce al hombre la ingratitud de un semejante; por más que tratándose de un cochero no sea mucha la semejanza.

Y ahora, y para que no se crea que esta historia no ha sido más que un pretexto para hilvanar un artículo, ¿no habría una autoridad bastante caritativa que hiciese por evitar los abusos que con el público cometen los conductores de carruajes? ¿No podrá ser verdad, como algunos sospe-

chan, que más de cuatro de ellos ayudan al cambio y a la circulación de la moneda falsa? Habría por de pronto un medio para averiguarlo. Gírese, por quien corresponda, una visita al interior del bolsillo de los cocheros, sobre todo por la noche, y véase la proporción en que se encuentran las pesetas buenas y las pesetas falsificadas.





XXXIV

Sepan cuantos...

... porque así conviene a mi propósito, y lo hago constar por lo mismo que nadie me lo pregunta, ni a nadie tal vez le interese, que no soy enemigo personal de "Clarín", ni tengo con él resentimientos atrasados, pues al ocuparse de mí lo hizo siempre en términos mucho más corteses y apacibles que los que suele emplear en sus controversias y relaciones con el género humano.

Sin embargo, la peregrina idea vertida por él en uno de sus estudios, o más bien vapuleos literarios, de que yo no era más que medio poeta, me sugirió la de dirigirle una epístola protestando de esta especie de juicio de Salomón, tanto más discutible cuanto que "Clarín", a medida que se acerca a Salomón, se va separando del juicio. Hubiérame callado si me llamara mal poeta, pues hartó sé que dar gusto a todos no lo consiguen ni los billetes de Banco; pero ya por horror a la cirugía, ya por evitar esa pesadumbre a los amigos, indiferente como soy a la resta, no me resigno ni me resignaré nunca a la división.

Y pongo a Dios por testigo de que en este empeño no entra para nada la vanidad. A nadie se le ocurre llamar vanidoso al que hace alarde y demuestra tener buena vista, buen oído, un órgano de voz privilegiado o un estómago privilegiado también. Del mismo modo, ¿por qué tratándo-

se de una facultad natural que pertenece a la categoría de los dones no ha de ser permitido al que la posee, y puede por consiguiente apreciarla mejor que ninguno, regocijarse de ella y combatir al que la pone en duda?

Conste, pues, ya que la tenacidad de "Clarín" me obliga a hacer esta declaración, que creyendo como creo que podrá haber muchos y seguramente hay algún poeta que escribe versos más profundos, más meditados y más trascendentales que los míos, en cuanto a inspiración, o si se quiere potencia poética, me coloco al nivel de los más completos, de acuerdo con el parecer de lo que él llama vulgo; y si no bastaran las pruebas que llevo dadas en mi ya larga vida, no tengo reparo ni dificultad en someterme a cuantas sea preciso. Véase por dónde un vanidoso llega a conseguir que lo parezcan los que no lo son.

Escribí, según decía, una epístola para reprender a "Clarín" y moderar de algún modo sus instintos destructores, y en esa epístola nada había que pudiera tomar por ofensa personal, estando convencido como debe estarlo—y lo estamos todos—de que las musas no asisten a su cátedra ni siquiera en clase de oyentes. Aparte de alguna broma por el estilo, cuatro generalidades sobre los malos poetas, conceptos más o menos alambicados a propósito del arte y de la inspiración, y dos o tres alusiones no dirigidas a nadie en particular, pero que el travieso crítico, con su notoria malevolencia, ha supuesto encarnan en personas que merecen y gozan todo mi cariño y respeto; sentimientos que no dejan lugar en mi corazón al de la envidia.

En prosa y en verso ha contestado "Clarín" a mi epístola; las notas que constituyen la respuesta en prosa son hasta dos docenas de observaciones, discretas o chistosas las menos, ridículas algunas y falsas bastantes, puesto que arrancan de una falsedad, como "el yunque de la fama", donde

yo escribí "el yunque de la forma"; "prurito chabacano", que debe leerse "purista chabacano", y otras erratas de imprenta que cualquier lector de buena fe y de mediano entendimiento corrige con un poco de voluntad.

Tampoco es cierto que yo haya pensado casar a Apolo con Talía; se puede tomar a una máscara por mujer o por hombre sin que uno comprometa su libertad en lo más mínimo. De igual modo, no admito que la concepción material se asemeje a la concepción intelectual. En aquélla el dolor sólo se produce en el parto; en ésta el parto es una sencilla obra mecánica: pensar, o lo que es lo mismo, concebir, sobre todo epístolas, habrá costado a "Clarín" muchos dolores de cabeza; escribirlas—aparte del remordimiento—, alguna ligera picazón en las manos.

Por lo demás, ¿es que existe poesía donde no pueda encontrarse un ripio, una palabra poco castiza o una incorrección de lenguaje? El día que "Clarín" dé con ella, le autorizo a suponer que yo no la he escrito, pero aseguro desde luego que sería más raro—y no caerá nadie en tal tentación—presumir que la escriba él.

Aquí concluiría este preámbulo, pues su epístola en verso está contestada en la segunda y última mía, si no me conviniera aprovechar esta ocasión de decir algo respecto a las calumnias de que Clarín se hace eco, y que al tratarse de mí son el tema obligado de Clarines, clarinetes y bajoncillos.

En períodos de entusiasmo y de lucha, y dentro de las prescripciones de leyes de imprenta casi tiránicas, gané mi reputación de escritor satírico, sin faltar a la ley y sin esconder jamás ni mi nombre ni mi persona. El favor del público por un lado y el odio de alguna camarilla por otro cubrieron con ese nombre varias producciones engendradas en la calma del despecho o en el arrebatado de la ira. Mientras en ello hubo peligro, yo fuí con mi silencio cómplice de tales

locuras; el día en que dejó de haberlo y en que podían servir de título de gloria, yo me apresuré a renunciarlo y lo hice así constar en algún libro. Hoy sabe todo el que ha querido saberlo, cuya fué la mano que arrojó al aire de la publicidad murmuraciones de café o entretenimientos livianos nacidos al calor de la confianza y de la broma entre hombres solos, acostumbrados a manejar más nobles armas y a vencer en más gloriosos combates.

Y ahora voy a concluir con "Clarín", en el buen sentido de la palabra, se entiende, pues bien gordo, alegre y satisfecho viviría si se cumpliera mi deseo.

Yo le conservaría su ingenio y su laboriosidad; le aumentaría la discreción y el apetito; le suprimiría el orgullo y la bilis, y le condenaría a no escribir versos hasta que a fuerza de leer los de los demás adquiriera la mansedumbre necesaria para sufrir con paciencia las satisfacciones y los ripios de nuestros prójimos.

Una vez conseguido este resultado, y en perfecto estado de desarrollo sus buenas cualidades, pediría a Dios que hiciera de modo que echaran punta las malas y se le fijaran en los pies, que es lo que menos necesita para escribir—prosa, se entiende—; y cuando esas callosidades aparecieran en la superficie, yo, volando con mis dos alas de pájaro cantor, puesto que ya hemos convenido en que todos los que cantan son pájaros, y para convencerle de lo mal que hacía dividiéndome y dejándome sin un alón por consiguiente, tomaría a mi cargo el buscar al pedicuro, comprometiéndome también a pagar los gastos de la extirpación.

En esto ganaríamos todos; en lo otro no sé si él esperará ganar, pero después de vistas las cartas, sólo se me ocurre añadir: ¡Tute!



XXXV

Notas autobiográficas. — Para «Gente Vieja».

DE los setenta y dos años que por clasificación me corresponden, y que siento no poder ofrecer a ustedes, puedo decir que he empleado lo menos sesenta en convencer a la gente de que no soy andaluz, habiendo todavía quien crea fábula lo de que nací en Lérida la Nochebuena de 1831, la misma noche—con alguna diferencia de años—en que vino al mundo Antonio Trueba, gran amigo mío cuando aún no se había convertido en estatua y borroneaba en la ferretería de la Cava Baja sus primeras inspiraciones. Por algo se dijo que los nacidos en Navidad suelen tener buena fortuna. Tampoco, gracias a Dios, me quejo yo de la mía, si bien renunció desde hoy y para siempre a todo lo que huele a monumento, nombre de calle o lápida conmemorativa, dándome por satisfecho con los diplomas que guardo en cartera, donde no faltan ni el del Instituto Canadiense de Quebec ni el de la Sociedad Magnética de Bolonia, y con la docena de cruces entre chicas y grandes con que poder, el día que la chifladura me dé por ahí, cubrir no solamente el pecho, sino también la espalda.

Ahora, si ustedes, por un refinamiento de curiosidad que no debo llamar malsano, puesto que en mí se emplea, quie-

ren conocerme más a fondo, les diré que todo lo que recuerdo del período de mi lactancia es que me crié saludable y robusto, siendo por lo rubio y apacible encanto y regocijo de padres y niñeras, a las cuales me aficioné tanto, que conservé la afición hasta la mayor edad; que pasé de la papilla al gazpacho y de los jarabes a los licores con una alegría y una resistencia que no he desmentido después en mi larga vida; que hice versos a los ocho o diez años, y me gradué a los once de bachiller en Valladolid, y que mi aparición en la arena literaria, donde empecé como novillero, pero alterando con espadas de cartel, se verificó en el café del Príncipe, o sea en el Parnasillo, en una de aquellas noches de 1848 que solía convertir en lúgubres el paternal Gobierno de don Ramón María Narváez.

Si algo conservo de andaluz en el estilo, ya que no en las hechuras, conste que lo adquirí en Granada, donde viví de 1850 a 1854, formando parte de la famosa Cuerda granadina, de que soy el último nudo, si bien comienzo ya a deshilacharme.

Vivamente impresionado por el triste desenlace de unos amores tan cándidos como yo lo era entonces, salí casi huído de Granada en compañía de Perico Alarcón y Leandro Pérez Cossío, después de haber iniciado juntos el alzamiento de 1854 y ser desarmados y aun perseguidos por la Junta revolucionaria que, pasado el peligro, formaron los caciques de la localidad. Por cierto que uno de ellos, abogado de gran talento y mayor presunción, a quien tocó en el reparto el puesto de gobernador civil, tomando en serio su papel, hizo llamar a su despacho a todos los empleados y los arengó, amenazando con severas penas a los que se mostraran desafectos al nuevo orden de cosas. Era yo también empleado como primer escribiente en la Tesorería de Hacienda, y al ver las canas de mi padre, liberal de toda su vida, y pensar

en sus setenta y cinco años, de los cuales más de sesenta sumaban los servicios a la patria, sentí que le ofendían, y calándome la chistera mandé a la Junta y al gobernador a paseo. Porque eso sí: dudo que me haya ganado nadie en lo de faltar al respeto a las autoridades constituidas, lo cual, hoy que lo medito en calma, creo no debió ser defecto mío, sino de las autoridades.

Al bajar mi padre a la oficina, me saludó con las palabras más generosas de su diccionario militar; me dijo que le había comprometido y que ya no contaba seguro el pan de su familia; pero logré tranquilizarle demostrándole que aquel no era más que un gobernador de ocasión, viniendo al día siguiente a darme la razón la *Gaceta de Madrid*, que traía el nombramiento de los gobernadores de provincias.

No hay para qué añadir que el sucesor no hizo suyo el desaire inferido a la autoridad.

Una vez en la corte, Alarcón, Cossío y yo tratamos de buscar acomodo, poniendo por mi parte la proa a un desti-nillo de seis mil reales que había vacante en una dependencia de Fomento. Con este fin, y provisto de varias recomendaciones, entre ellas las de Narciso Escosura y la del maragato Cordero, me presenté a un alto funcionario de aquel Ministerio, que con la mesura y moderación de quien fué siempre moderado rabioso, me preguntó de buenas a primeras:

—¿Ha estado usted en las barricadas?

—No, señor—le contesté—; no estuve porque no me hallaba en Madrid; pero aseguro a usted que no faltaré en las primeras que se levanten.

Pocos días después Alarcón y yo entrábamos de redactores en *El Látigo*. Creo que todos los lectores me conocen bien desde aquella fecha, y no necesito decir lo que he sido. En cuanto a lo que soy, está a la vista. Un pobre viejo que afortunadamente no ha perdido todavía el buen humor, y a

quien produce júbilo hasta la misma jubilación con que le favoreció el aplaudido cosechero don Juan Sánchez. N. P. U. en la marca de sus vinos (¡Noble Por Usufructo?). ¡Santa Lucía conserve la vista al elegante Duque consorte!

30 marzo 1904.

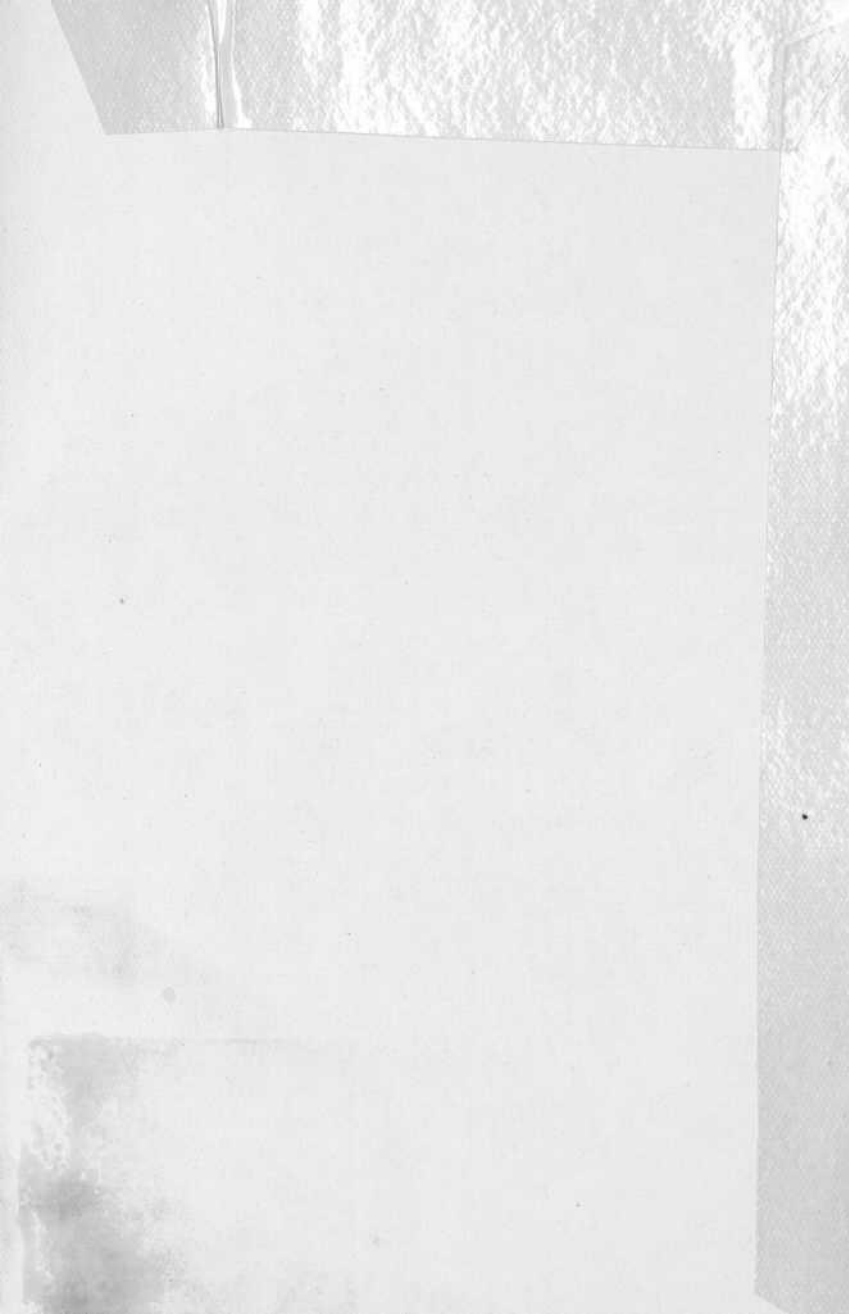


INDICE

	<u>Páginas</u>
"El autor a los lectores"	5
I. Antigüedad de mis recuerdos.—Mi primera visita a Madrid.—Cómo se viajaba en mi tiempo	7
II. La mujer de Soria: en sociedad y en el hogar, en lo físico y en lo moral, ante el arte y ante el amor	15
III. Numancia: Sus vestigios.—Historia de un proyecto de obelisco conmemorativo	26
IV. Un soldado de ayer.—Dos hombres que se conocieron en Barcelona y que volvieron a encontrarse en Soria	30
V. El sargento Simón.—Un episodio en la noche del segundo día de mayo de 1808	40
VI. El sargento refiere historias de lobos.—Inspiranle aversión y luego simpatía	53
VII. Soldados y guerrilleros.— <i>El Empecinado y el Manco</i> .—Balduque y entorchados	61
VIII. Mis primeras armas literarias.—El espaldarazo.—Salida a la palestra.—Mi esperanza en flor.—Mi esperanza en fruto	69
IX. Cómo yo soy de Cataluña, aunque no lo parezca.—Mi viaje a Granada.—Una parienta apócrifa de Alhamar el Magnífico.—Antecedentes literarios.—Fray Chirimiqui Andana. Mi conocimiento con Fernández y González	75
X. En Granada.—Un estudio de mujer.—Ronconi en la Cuerda	85

XI. La "Cuerda granadina".—Su origen y sus antecedentes.—¿Quién la bautizó?—Algunos bocetos que llegarán a ser retratos.—La "Cuerda", en la opulencia.....	92
XII. Un príncipe artista y un artista príncipe....	98
XIII. Otra vez la "Cuerda".—La alianza curdo-rusa.—Una fortaleza imaginaria y un capitán de llaves real.—Episodios.....	104
XIV. Jorge Ronconi y la Cuerda granadina.—Recuerdos íntimos.....	111
XV. Todavía la Cuerda.—Algo de sus motes.—Por qué me llamo yo "Fenómeno".—Un ciego que se pierde de vista.—Las cacerías de Riaño.—Un triste recuerdo.....	120
XVI. Muertos que viven.—Las glorias de la Cuerda.	127
XVII. Fernández Jiménez y la Cuerda granadina....	136
XVIII. Un día de ayuno.—Los chicos de enfrente.—La ronda de pan y queso.....	143
XIX. Cómo se fundó el <i>Gil Blas</i> .—Intimidades....	153
XX. La muerte de Quintana.—Un soneto de Carolina Coronado.....	157
XXI. De cómo fracasaron una Nochebuena y una insurrección.—Mi viaje a Cádiz.—Sin dinero y con barba.—Un general... por amor de Dios.—Duelos y quebrantos.....	161
XXII. Continuación del anterior.....	168
XXIII. Mis prisiones.—Malas obras y malos pensamientos.—Un nudo que se deshace.—Esbirros y polizontes.—La profecía de Topete.	177
XXIV. Camino del destierro.—A pedir de boca.—Un coronel mareado.—La partida de tresillo.—Un pagaré más y un canónigo menos.—El botón de muestra.....	185
XXV. En Puerto Rico.—Un ayudante que me ayudó... a desembarcar.—Mi recepción en el	

	muelle.—El general y el particular.—Lo que se siembra se coge.....	195
XXVI.	El teatro de Puerto Rico.—Mujeres que encantan y alacranes que pican.—Mi vida y la de otros.—La prensa independiente.—Mis ángeles negros.—¡A la fuerza, no!.....	204
XXVII.	Viaje alrededor de una negra.—Un soneto de color.....	212
XXVIII.	Cómo fui yo empleado.—La vida diplomática en Florencia.—Mi vida.—Los "hermanos de la Misericordia".....	217
XXIX.	Páginas sueltas.—Recuerdos de Italia.—Il Regalantuomo.—El palacio Pitti.—Un motín modelo.....	225
XXX.	Hojas de un álbum.....	234
XXXI.	Crónica de sucesos: Mayo de 1872.—Los carlistas.—El Parlamento.—La "Internacional".	239
XXXII.	Las iniciales.—Mi coche.—Gente conocida...	245
XXXIII.	Sobre la falsedad de las cosas y de las personas.—Mis coches; mis pesetas; mis candores.—Una proposición de ley.....	249
XXXIV.	Sepan cuantos.....	253
XXXV.	Notas autobiográficas.—Para "Gente Vieja"...	257





REINVESTIGACIONES

MANUEL
DEL PASAD^o

—————

WATSON
DIPLOMA
1929

SS
929
PAL
miv